



NATHAN EL SABIO

G. E. LESSING



Lessing creó al personaje de Nathan el Sabio a imagen de su amigo el filósofo judío Moses Mendelssohn. *Nathan el Sabio* es una obra de teatro escrita por Gotthold Ephraim Lessing y publicada en 1779. La obra es un fervoroso llamamiento a la tolerancia religiosa y, como tal, su representación fue prohibida por la Iglesia en vida de Lessing junto con otra de sus obras, *Los judíos*. Los nazis también prohibieron su puesta en escena.

La obra transcurre en Jerusalén, durante la Tercera Cruzada, y describe cómo el sabio judío Nathan, el sultán ilustrado Saladino, y un Templario (inicialmente anónimo) salvan las diferencias existentes entre el Judaísmo, el Islam y el Cristianismo. Sus principales temas son la amistad, la tolerancia, el relativismo de Dios, un rechazo rotundo a los milagros y la necesidad de comunicación entre distintos credos.

La obra demuestra que no sólo los parientes cercanos de las tres religiones, sino todos los hombres, son hermanos, y que la verdad se encuentra en los lazos fraternales que unen a los hombres, y no en sus luchas e intrigas.



Gotthold Ephraim Lessing

Nathan El Sabio

Poema dramático en cinco actos

ePub r1.1

Titivillus 24.02.2017

Título original: *Nathan der Weise*
Gotthold Ephraim Lessing, 1779
Traducción: Emilio José González García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Introite, nam et heic Dii sunt!
Apud gellium.*

PERSONAJES

El sultán SALADINO.

SITA, *su hermana.*

NATHAN, *judío rico de Jerusalén.*

REHA, *su hija adoptiva.*

DAYA, *cristiana, pero en casa del judío Nathan, está como dama de compañía de Reha.*

Joven TEMPLARIO.

DERVICHE.

EL PATRIARCA *de Jerusalén.*

HERMANO LEGO

EMIR *y varios* MAMELUCOS *de* SALADINO.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El escenario, en Jerusalén.

(Escenario: El vestíbulo de la casa de NATHAN)

Llega NATHAN de viaje. DAYA le sale al encuentro.

DAYA.—¡Es él! ¡Nathan! Gracias por siempre a Dios que volvéis finalmente a casa.

NATHAN.—¿Sí? Daya ¡gracias a Dios! Pero ¿por qué *finalmente*? ¿Es que quise volver antes? ¿Y pude volver? Babilonia dista de Jerusalén sus buenas doscientas millas por el camino que hube de tomar por fuerza, torciendo ya a la derecha ya a la izquierda; y cobrar deudas, tampoco es trabajo que adelante a ojos vistas, que se pueda despachar así como así.

DAYA.—¡Oh, Nathan!, cuán mísera, míseramente podríais haber acabado aquí, mientras vuestra casa...

NATHAN.—Se incendió. Ya me he enterado. ¡Quiera Dios que no quede nada más de que enterarse!

DAYA.—Y por poco no arde desde los cimientos.

NATHAN.—Pues nos hubiéramos construido otra, Daya; y más cómoda que ésta.

DAYA.—¡Ya lo creo! Pero por un pelo no quedó abrasada también Reha.

NATHAN.—¿Abrasada? ¿Quién? ¿Mi Reha? ¿Ella? Eso no lo he oído. ¡Bueno! Entonces no me habría hecho falta ya casa alguna. ¡Que por un pelo no se abrasó! ¡Ah! ¡Sí que lo ha sido!

¡Es verdad que se ha abrasado! ¡Dilo ya abiertamente! ¡Dilo ya de una! Mátame, y no me atormentes más. Sí, se ha abrasado.

DAYA.—De haber sucedido, ¿estaríais oyéndolo de mí?

NATHAN.—Pues ¿por qué me aterrorizas? ¡Oh Reha! ¡Oh Reha mía!

DAYA.—¿Vuestra? ¿Reha vuestra?

NATHAN.—¡Si tuviera que desacostumbrarme a llamar mía a esa criatura!

DAYA.—¿Llamáis vuestro con el mismo derecho a todo lo que poseéis?

NATHAN.—¡A nada con mayor derecho! Todo lo demás que poseo, Naturaleza y Fortuna me lo dieron. Sólo esta propiedad se la debo a la virtud.

DAYA.—¡Oh Nathan, qué cara me hacéis pagar vuestra bondad! ¡Si puede llamarse aún bondad la practicada con tal intención!

NATHAN.—¿Con tal intención? ¿Con cuál?

DAYA.—Mi conciencia...

NATHAN.—Daya, deja que te cuente antes que nada...

DAYA.—Mi conciencia, digo...

NATHAN.—Qué bonito paño te he comprado en Babilonia. ¡Más rico, y rico con gusto! Ni el que le traigo a la misma Reha es tan bonito.

DAYA.—Y con eso ¿qué? Porque mi conciencia, tengo que decíroslo sencillamente, no se deja adormecer más.

NATHAN.—Y cómo te van a gustar los broches, los pendientes, el anillo y la cadena que he escogido en Damasco para ti: teníais ganas de verme.

DAYA.—¡El mismo de siempre! ¡Con tal de poder hacer regalos, de poder hacer regalos!

NATHAN.—Tú recibe tan a gusto como yo te doy: ¡y calla!

DAYA.—¡Y calla! ¿Quién duda, Nathan, de que sois la honradez y la magnanimidad en persona? Pero, a pesar de todo...

NATHAN.—A pesar de todo no soy más que un judío. ¿Quieres decir eso, verdad?

DAYA.—Lo que quiero decir, lo sabéis vos mejor.

NATHAN.—¡Pues entonces calla!

DAYA.—Me callo. Lo que de vituperable ante Dios está pasando aquí y no puedo impedir yo, no puedo cambiar, no puedo, ¡recaiga sobre vos!

NATHAN.—¡Recaiga sobre mí! Pero ¿dónde está ella? ¿Por qué no viene? ¡Daya, si me engañas! ¿Sabe ya que he llegado?

DAYA.—¡Eso os pregunto yo! Aún tiembla del pavor que le recorre todos los nervios. Aún pinta fuego su fantasía en todo lo que pinta. Durmiendo vela, y en vela está dormido su espíritu: tan pronto es menos que animal, como más que ángel.

NATHAN.—¡Pobre criatura! ¡Cómo somos los hombres!

DAYA.—Esta mañana estuvo un buen rato tendida con los ojos cerrados, y estaba como muerta. De repente se incorporó sobresaltada gritando: «¡Escucha, escucha! ¡Ahí llegan los camellos de mi padre! ¡Escucha, su misma voz sosegada!» En esto, abre otra vez los ojos y, perdido el apoyo del brazo, cae sobre el cojín su cabeza. ¡Yo me asomo al portal! ¡Y va y es verdad que venís por allá, es verdad que venís! ¡Qué hay de extraño! Toda su alma, desde que os fuisteis, estuvo con Vos y con él.

NATHAN.—¿Con él? ¿Quién es ese él?

DAYA.—Con quien la salvó del fuego.

NATHAN.—Y ¿quién fue, quién? ¿Dónde está? ¿Quién me salvó a mi Reha, quién?

DAYA.—Un joven templario traído días atrás prisionero, y amnistiado de Saladino.

NATHAN.—¿Cómo? ¿Un templario a quien el Sultán Saladino hizo gracia de la vida? ¿Por menos de tal milagro no era posible salvar a Reha? ¡Dios!

DAYA.—Sin él, si no arriesga enseguida lo que inesperadamente acababa de ganar, se acabó ella.

NATHAN.—¿Dónde está él, Daya, ese noble varón? ¿Dónde está? Guíame hasta sus pies. Supongo que de momento le daríais los tesoros que os dejé. ¿Se lo disteis todo? ¿Le prometisteis más, mucho más?

DAYA.—¡Que pudimos!

NATHAN.—¿No? ¿No?

DAYA.—Vino, y nadie sabe de dónde. Fuese, y nadie sabe adónde. Sin la mínima idea de la casa, guiado solamente de su oído, extendiendo por delante la capa, se abrió, audaz, paso entre llamas y humareda en dirección a la voz que nos pedía socorro. Ya lo dábamos por perdido, cuando de entre llamas y humareda se planta de pronto ante nosotros llevándola en alto con su fuerte brazo. Frío e insensible a los gritos de júbilo de nuestra gratitud, deposita en el suelo su botín, se abre paso entre la gente y ¡desaparece!

NATHAN.—Espero que no por siempre.

DAYA.—Luego, los días siguientes, lo veíamos ir y venir bajo las palmeras que envuelven en su sombra el sepulcro del Resucitado. Yo me acerqué a él con efusión, le di las gracias, ponderé, ofrecí, supliqué que viera una vez más, por lo menos, a la inocente criatura que no podía descansar hasta desahogar en llanto su gratitud, a sus pies.

NATHAN.—¿Y qué?

DAYA.—¡Como si nada! Era sordo a nuestra petición; y me largaba unas ironías amargas, a mí en particular...

NATHAN.—Hasta que amedrentada por eso...

DAYA.—¡Ni mucho menos! Volví a abordarlo todos los días; dejé que se burlara de mí todos los días. ¡Qué no sufrí de él! ¡Qué no hubiera soportado aún, a gusto! Pero ya hace tiempo que no viene a visitar las palmeras que envuelven en su sombra el

sepulcro de nuestro Resucitado; y nadie sabe dónde para. ¿Os admiráis? ¿Meditáis?

NATHAN.—Quiero hacerme una idea de la impresión que habrá hecho esto en un espíritu como el de Reha. Verse tan desdeñada por una persona a cuyo aprecio nos sentimos obligados; ser tan rechazada y al mismo tiempo tan atraída; la verdad, mucho van a tener que pelearse ahí corazón y cabeza, a ver quién vence, si la misantropía o la melancolía. También sucede a menudo que no venzan ni una ni otra; y la fantasía, que se entremete en la pelea, hace exaltados de éstos en quienes tan pronto funciona la cabeza como corazón, tan pronto funciona el corazón como cabeza. ¡Mal recambio! Este último, me conozco bien a Reha, es su caso: está exaltada.

DAYA.—Sí, pero ¡tan inocente, tan gentilmente!

NATHAN.—¡Eso no quita para que sea también exaltada!

DAYA.—En particular da mucha importancia a una ocurrencia, tonta si queréis. Dice que su templario no es terreno ni de origen terreno; que es uno de esos ángeles a cuya guarda tanto gustaba de creerse confiado su corazoncito desde la infancia, dice que, de su nube donde suele ir oculto y que planea en torno a ella envuelta en llamas, que surgió de repente en forma de templario. ¡No sonriáis! ¿Quién sabe? ¡Sonreíd, pero dejadle por lo menos una ilusión donde un judío, un cristiano y un musulmán se unen! Verdaderamente, ¡una dulce ilusión!

NATHAN.—¡También para mí es dulce! Ves, valiente Daya, ves; mira a ver qué hace; por si puedo hablarle.— Enseguida me pongo a buscar a ese salvaje y jovial ángel de la guarda. Y si ha tenido a bien quedarse vagando por aquí abajo entre nosotros, si ha tenido a bien seguir practicando tan tosca caballería, seguro que lo encuentro y lo traigo.

DAYA.—Mucho acometéis.

NATHAN.—Y entonces, la dulce ilusión cederá el sitio a la verdad, que es más dulce: porque créeme Daya; el hombre prefiere

siempre un hombre a un ángel ¿no es cierto que no te enfadarás conmigo, conmigo, de ver curada a la exaltada angélica?

DAYA.—¡Sois tan bueno y al mismo tiempo tan malo! ¡Me voy! Pero ¡escuchad, mirad! Ahí viene ella misma.

ESCENA SEGUNDA

REHA y los anteriores

REHA.— Pero ¿sois vos mismo en persona, padre mío? Yo creía que habíais enviado por delante sólo vuestra voz. ¿Por qué no venís? ¿Qué montañas y desiertos, qué corrientes nos separan todavía? Estáis respirando pared por pared con ella, ¿y no os apresuráis a abrazar a vuestra Reha? ¡Pobre Reha que, mientras, se abrasara! ¡Casi, casi se abrasó! Casi, solamente. ¡No te estremezcas! Fea muerte, abrasarse. ¡Oh!

NATHAN.—¡Mi niña, niña mía querida!

REHA.— Tuvisteis que cruzar el Eufrates, el Tigris, el Jordán; cruzar ¿quién sabe cuántas aguas? ¡Cuántas veces temblé por vos antes de que se me acercara tanto el fuego! Pues, desde que se me acercara tanto, morir en el agua pareceme refrigerio, alivio, salvación. Sí, vos no os habéis ahogado; yo, yo, pues no me abrasé. ¡Cómo vamos a alegrarnos y a alabar a Dios, a Dios! Él, él os trasladó a vos y a vuestras naves sobre las alas de su ángel *invisible* a la otra ribera de las traidoras corrientes. Él dio la señal a mi ángel para que *visiblemente*, sobre sus blancas alas, me llevara a través del fuego.

NATHAN.—(¡Blancas alas! Sí, sí; la blanca capa extendida del templario.)

REHA.— Él, visiblemente, visiblemente, me llevó a través del fuego que su capa iba apagando. Yo, pues, yo, he visto un ángel cara a cara; y a *mi* ángel.

NATHAN.—Reha merecía esto, y no habrá visto ella en él nada más bello que lo visto por él en ella.

REHA.— (*Sonriendo.*) ¿A quién aduláis, padre mió, a quién? ¿Al ángel, o a vos mismo?

NATHAN.—Sin embargo, aunque no fuera más que un hombre un hombre como los que engendra la Naturaleza a diario, quien te hubiera prestado ese servicio: para ti tendría que ser un ángel. Tendría que serlo y lo sería.

REHA.— No; ¡un ángel así, no! Un ángel de verdad; ¡seguro que fue de verdad! ¿No me habéis enseñado acaso vos, vos mismo, que es posible que existan ángeles, que Dios puede hacer milagros en favor de quienes lo aman? Pues yo lo amo.

NATHAN.—Y él te ama a ti; y hace a cada hora milagros en favor tuyo y de tu igual; más aún, los hizo por vosotros desde toda la eternidad.

REHA.—Me gusta oírlo.

NATHAN.—¿Cómo? ¿Porque suene a cosa bien natural y cotidiana, va a ser menos milagro que te haya salvado un templario de carne y hueso? Lo más admirable de los milagros estriba en que los más verdaderos y auténticos pueden y deben resultarnos así de cotidianos. Sin este milagro general, bien difícilmente hubiera llamado milagro, alguien que piense, a lo que se ha de llamar así para los niños, que, pasmados, sólo van tras de lo más insólito y novedoso.

DAYA.— (*A NATHAN*) Pero ¿no veis que, con semejantes sutilezas, vais a hacer que le estalle el sobreexcitado cerebro?

NATHAN.—¡Déjame! ¿No sería bastante milagroso para mi Reha acaso que la salvara un *hombre* que tuvo que ser salvado antes, a su vez, por un milagro nada pequeño? ¡Sí, un milagro nada pequeño! Pues ¿cuándo se oyó decir que Saladino haya perdonado alguna vez a un templario; que templario alguno le haya pedido, o haya esperado de él perdón; que le haya ofrecido

por su libertad algo más que el cinturón de cuero del que arrastra su fierro, y como mucho, su puñal?

REHA.—Eso arguye en mi favor, padre mío. Precisamente por eso no se trata de ningún templario; lo parecía solamente. Ningún templario preso viene a Jerusalén a otra cosa que a una muerte segura; ninguno circula por Jerusalén con tal libertad: ¿cómo hubiera podido salvarme de noche, uno, por propia iniciativa?

NATHAN.—¡Mira, qué ingeniosa! Habla tú ahora, Daya. Por ti sé que lo mandaron aquí preso. No hay duda de que tú sabes más.

DAYA.—Está bien. Eso dicen; pero también dicen que Saladino amnistió al templario porque se parece mucho a un su hermano por quien sintiera especial cariño. Claro, como hace ya veinte años largos que no le vive ese hermano, no sé cómo se llamaba, no sé adonde fue a parar: sucede que todo esto suena a cosa tan tan increíble, que bien pudiera no haber nada en todo este asunto.

NATHAN.—¡Toma, Daya! ¿Por qué iba a ser tan increíble? ¿No será acaso como sucede en efecto para darse el gusto de creer algo aún más increíble? ¿Por qué Saladino, que tanto ama a sus hermanos, no podría haber amado en su juventud particularmente a uno de ellos? ¿No se da el caso de que se parezcan dos rostros? ¿Se pierden las impresiones recibidas hace tiempo? ¿Ha dejado lo semejante de obrar lo semejante? ¿Desde cuándo? ¿Dónde está aquí lo increíble? Claro, claro, sabía Daya, para ti ya no sería milagro, y sólo *tus* milagros exig... digo son dignos de fe.

DAYA.—Os estáis burlando.

NATHAN.—Porque te burlas tú de mí. En efecto, Reha, también así sigue siendo tu salvación un milagro que sólo puede cumplir Aquel que gusta de dirigir las más rígidas resoluciones de los reyes, sus más arriesgados proyectos, su juego, si no su burla, moviendo los hilos más flojos.

REHA.—¡Padre mío! Padre mío, ya sabéis que no me gusta equivocarme.

NATHAN.—Antes bien, te gusta que te enseñen. Mira: Una frente curvada así o asá; el arranque de una nariz dirigido así más bien que asá; cejas que se deslizan así o asá sobre unos huesos salidos o romos; una línea, una curva, un ángulo, un pliegue, un lunar, una nonada en el rostro de un salvaje europeo: y te escapabas tú del fuego ¡en Asia! ¿No sería eso un milagro, pueblo milagrero? ¿Por qué molestáis a un ángel, encima?

DAYA.—Y, en fin de cuentas, ¿qué importa Nathan, si se me permite hablar que se prefiera pensar que te ha salvado un ángel a pensar que te ha salvado un hombre? ¿Acaso no se siente uno así mucho más cerca de la incomprensible causa primera de su salvación?

NATHAN.—¡Orgullo y nada más que orgullo! A la vasija de hierro le gusta que la saquen del fuego con tenazas de plata para figurarse que también ella es de plata. ¡Bah! Y preguntas qué importa, que qué importa. ¿Y para qué sirve?, podría contrapreguntarte yo sin más. Porque eso que dices de «sentirse uno más cerca de Dios», eso es absurdo, o blasfemia. Por supuesto que importa; ya lo creo que importa. ¡Venid! Escuchadme. ¿Verdad que al ser que te salvó sea ángel u hombre querrías, tú en particular, servirlo reiteradamente en muchas y grandes cosas? ¿Verdad que sí? Ea pues; a un ángel ¿qué servicios, qué grandes servicios podéis prestarle vosotras? Podéis darle gracias; dirigirle suspiros, y rezarle; podéis derretiros de arrobamiento por él; podéis ayunar el día de su fiesta, y repartir limosnas. Todo eso es nada. Porque en todos esos casos me parece que vosotras y vuestros vecinos salís ganando mucho más que él. No será él quien engorde con vuestros ayunos; no lo enriquecerán vuestras caridades; no será más glorioso por vuestro fervor; no será más poderoso por vuestra confianza. ¿Verdad? ¡Sólo un hombre!

DAYA.—Ah, claro; para *hacer* algo por él, un hombre se hubiera prestado más. ¡Y bien sabe Dios lo dispuestas que estábamos nosotras! Sólo que él no quería y no necesitaba completamente nada; estaba satisfecho en sí mismo y consigo, tanto como sólo lo están los ángeles, como sólo pueden estarlo los ángeles.

REHA.—Finalmente, cuando desapareció por entero...

NATHAN.—¿Desapareció? ¿Cómo que desapareció? ¿Ya no se dejó ver bajo las palmeras? ¿Cómo? Pero ¿es que lo habéis buscado ya realmente por otras partes?

DAYA.—Bueno, eso no.

NATHAN.—¿No, Daya? ¿No? ¡Pues ahí tienes lo que importa! ¡Cruelles fanáticas! ¡Mira que si ese ángel ahora se hubiera puesto enfermo!...

REHA.—¡Enfermo!

DAYA.—¡Enfermo! Esperemos que no.

REHA.—¡Qué escalofrío me ha cogido! ¡Daya! Mi frente siempre tan caliente, ¡toca!, de repente se me puso helada.

NATHAN.—Es un franco, no está acostumbrado a este clima; es joven; no está acostumbrado al duro trabajo de su estado, al hambre, a la vigilia.

REHA.—¡Enfermo! ¡Enfermo!

DAYA.—Nathan quiere decir solamente que sería posible.

NATHAN.—¡Y está ahí postrado! Sin un amigo, ni dinero con que costearse amigos.

REHA.—¡Ay, padre mío!

NATHAN.—Postrado sin asistencia, sin asesoramiento y consuelo, ¡presa ahí del dolor y la muerte!

REHA.—¿Dónde? ¿Dónde?

NATHAN.—Él, que por una a quien no conocía, a quien no había visto nunca bastó con que se tratara de un ser humano—... se arrojó al fuego...

DAYA.—¡Nathan, ten miramiento con ella!

NATHAN.—Ese mismo no tuvo la posibilidad de conocer más de cerca, de volver a ver lo que salvó no fuera más que por excusarle el agradecimiento...

DAYA.—¡Ten miramiento con ella, Nathan!

NATHAN.—Tampoco pidió volver a verlo a no ser que se tratara de salvarlo por segunda vez porque basta con que se trate de un hombre...

DAYA.—¡Acabad y reparad!

NATHAN.—Ese mismo, al morir, para consolarse, no tiene nada ¡más que la conciencia de esa acción suya!

DAYA.—¡Acabad! ¡La vais a matar!

NATHAN.—¡Y tú lo has matado a él! Así, hubieras podido matarlo. ¡Reha, Reha! Es una medicina, no un veneno, lo que te doy. ¡Él vive! ¡Vuelve en ti! ¡Ni siquiera está enfermo tampoco; ni siquiera está enfermo!

REHA.—¿Seguro? ¿No ha muerto?, ¿no está enfermo?

NATHAN.—¡Seguro que no ha muerto! Pues premia Dios aquí todavía el bien que aquí se ha hecho. ¡Anda! ¿Comprendes ahora cuánto más fácil es *exaltarse devotamente* que *obrar bien*; cómo gusta de enfervorizarse el más flojo de los hombres, sólo aunque algunas veces no sea consciente de esa intención sólo para no tener que obrar bien?

REHA.—¡Ah, padre mío! ¡Pero no dejes sola nunca más a tu Reha! ¿Verdad que pudiera haber emprendido algún viaje, nada más?

NATHAN.—¡Anda! Por supuesto. Allá estoy viendo a un musulmán que me examina con curiosidad los cargados camellos. ¿Lo conocéis?

DAYA.—¡Ah! Vuestro derviche.

NATHAN.—¿Quién?

DAYA.—¡Vuestro derviche, vuestro compañero de ajedrez!

NATHAN.—¿Al-Hafi? ¿Ése es Al-Hafi?

DAYA.—Ahora es tesorero del sultán.

NATHAN.—¿Cómo? ¿Al-Hafi? ¿Sueñas otra vez? ¡Es él!
¡Verdaderamente es él! Viene hacia aquí. ¡Adentro vosotras, de
prisa! ¡Casi nada voy a oír!

ESCENA TERCERA

NATHAN y e/ DERVICHE

DERVICHE.—¡Abre bien los ojos, todo lo que puedas!

NATHAN.—¿Eres tú? ¿No eres tú? ¡Un derviche con tal fausto!...

DERVICHE.—Bueno, y ¿por qué no? ¿Que de un derviche no se puede hacer nada, absolutamente nada?

NATHAN.—¡Toma, no poco! Lo que pasa es que yo siempre me imaginé que el derviche tan cabal DERVICHE— no se prestada a que hicieran algo de él.

DERVICHE.—¡Por el Profeta! También podría ser que no fuera yo a lo mejor tan cabal derviche. A decir verdad, cuando se está obligado.

NATHAN.—¡Obligado! ¡Un derviche! ¿Un derviche obligado a algo? Ningún hombre tendría que estar obligado a nada, ¿y un DERVICHE tendría que estar obligado a algo? Y ¿a qué estaría obligado?

DERVICHE.—A cuanto se le pida con razón y considere él bueno; a eso está obligado.

NATHAN.—¡Por nuestro Dios! En esto dices verdad. Deja que te dé un abrazo, hombre. Pues todavía eres tú amigo mío, ¿no?

DERVICHE.—¿Y no me preguntas antes qué me han hecho?

NATHAN.—¡Te hayan hecho lo que sea!

DERVICHE.—¿Y si me hubiera convertido en una figura dentro del Estado, cuya amistad os resultara incómoda?

NATHAN.—Si tu corazón es aún un corazón de derviche, yo me arriesgo a ello. La figura estatal no es más que tu vestimenta.

DERVICHE.—Que exige también ser honrada. ¿Qué supondréis que soy? ¡Adivinad! ¿En vuestra casa, yo qué sería?

NATHAN.—Derviche; nada más. Bueno, probablemente, además, cocinero.

DERVICHE.—¡Pues sí! Como para desaprender mi profesión en vuestra casa. ¡Cocinero! ¿Y camarero además, no? Concede que Saladino me conoce mejor. Estoy de tesorero en su casa.

NATHAN.—¿Tú? ¿En su casa?

DERVICHE.—Quiero decir de su caja menor, pues la mayor gobiérnala su padre todavía, me refiero a su caja doméstica.

NATHAN.—Su casa es grande.

DERVICHE.—Y mayor de lo que creéis, pues todos los mendigos forman parte de su casa.

NATHAN.—En efecto, es tan contrario de mendigos Saladino.

DERVICHE.—Que se ha propuesto exterminar hasta el último aunque tuviera que acabar él mismo en mendigo.

NATHAN.—¡Bravo! Lo mismo pienso yo.

DERVICHE.—¡Ya lo es, además, digan lo que quieran! Pues cada día a la puesta del sol está su caja más vacía que vacía. Alta es la marea que entra cada mañana, pero al mediodía hace ya buen rato que se escurrió.

NATHAN.—Porque en parte se la engullen canales que es tan imposible mantener llenos como taponar.

DERVICHE.—¡Acertaste!

NATHAN.—¡Algo sé de eso!

DERVICHE.—Lo cierto es que no sirve de nada que los príncipes sean buitres entre carroñas. Claro que si son carroñas entre buitres, sirve diez veces menos.

NATHAN.—¡No creas, derviche, no creas!

DERVICHE.—¡A vos sí que se os da bien esto, a vos! Veamos: ¿qué me dais por el traspaso de mi cargo?

NATHAN.—¿Qué te renta el cargo?

DERVICHE.—¿A mí? No mucho. Sin embargo, a vos, a vos puede cundiros prodigiosamente. Pues cuando hay reflujo en la caja que es lo más frecuente—, entonces abris vos vuestras esclusas: hacéis un adelanto y os cobráis los intereses que os plazca.

NATHAN.—¿Incluido el interés del interés de los intereses?

DERVICHE.—¡Claro!

NATHAN.—Hasta que mi capital se convierta en puros intereses.

DERVICHE.—¿No os atrae eso? ¡Pues no hay sino extender la carta de despedida de nuestra amistad! Porque la verdad es que había contado mucho con vos.

NATHAN.—¿De veras? Y cómo, ya dirás cómo.

DERVICHE.—Con que me ayudarais a desempeñar dignamente mi ministerio; con tener disponible vuestra caja en todo momento. ¿Cabeceáis?

NATHAN.—¡A ver si nos entendemos! Aquí hay que distinguir. Tú, ¿por qué no tú?, el derviche Al-Hafi, para mí es siempre bienvenido. Pero Al-Hafi, tesorero mayor de Saladino, ése a ése.

DERVICHE.—¿No decía yo? ¡Siempre sois tan bueno como prudente y tan prudente como sabio! ¡Paciencia! Lo que distinguís en Hafi, pronto quedará otra vez separado. Mirad la honrosa hopalanda que me dio Saladino. Antes de que se destiña, antes de que se convierta en andrajos de esos que cuadran a un derviche, estará colgando de un clavo en Jerusalén; y yo en el Ganges, paseando, ligero y descalzo, por la cálida arena con mis maestros.

NATHAN.—¡Demasiado parecidos a ti!

DERVICHE.—Y jugando con ellos al ajedrez.

NATHAN.—¡Tu sumo Bien!

DERVICHE.—¡Imagina qué me sedujo! ¿Que ya no necesita ría mendigar más? ¿Que podría hacer de hombre rico entre mendigos? ¿Que sería capaz de convertir en un tris al mendigo más rico en el rico más pobre?

NATHAN.—Pues, eso, seguro que no.

DERVICHE.—¡Algo mucho más desagradable! Por vez primera me sentí halagado, halagado por una bondadosa suposición de Saladino.

NATHAN.—¿Cuál?

DERVICHE.—«Sólo un mendigo sabe cómo caer bien a lo mendigos; sólo un mendigo es capaz de aprender a dar de manera adecuada a los mendigos. Tu antecesor, me dijo, para mí que era muy frío, muy rudo. Daba con tal desgana, cuando daba; antes de dar, pedía informes de manera tan violenta acerca del receptor; nunca contento con conocer la necesidad, quería saber su causa para sopesar cicateramente según ella el donativo. ¡Eso no lo hará Al-Hafi! ¡No parecerá Saladino en Hafi tan inclementemente clemente! Al-Hafi no es como esos caños obstruidos que, el agua clara y mansa que reciben, la devuelven sucia y burbujosa. ¡Al-Hafi piensa y siente como yo!» Así de delicioso sonaba el reclamo del pajarero hasta que el frailecillo estuvo en las redes. ¡Pájaro bobo de mi! ¡Pájaro fatuo de un pájaro fatuo!

NATHAN.—¡Espacio, derviche mío, espacio!

DERVICHE.—¡Venga, venga! ¿Que no sería fatuidad oprimir, esquilmar, saquear, torturar, ahogar a los hombres por cientos de miles y querer aparecer como un filántropo con el individuo? ¿Que no sería fatuidad remedar la liberalidad del Altísimo, que se desparrama con el sol y la lluvia sin seleccionar entre buenos y malos ni entre campiña y desierto, no teniendo siempre las manos llenas como el Altísimo? ¿Qué? ¿Que no sería fatuidad?

NATHAN.—¡Basta! ¡Para!

DERVICHE.—¡Déjame mentar por lo menos *mi* fatuidad! ¿Qué? ¿Que no sería fatuidad buscarle aún su buen lado a esas fatuidades para tomar parte en esas fatuidades por su buen lado? ¿Eh? ¿Que no?

NATHAN.—Al-Hafi, procura volverte pronto a tu yermo. Me temo que, entre los hombres precisamente, llegues a desaprender a ser hombre.

DERVICHE.—Justo eso temo yo también. ¡Adiós!

NATHAN.—¿A qué tanta prisa? Pero espera, Al-Hafi. ¿Es que se te escapa el desierto? ¡Que te digo que esperes! ¡Ojalá me escuchara! ¡Ve, Al-Hafi, que estoy aquí! Se fue, con lo a gusto que le hubiera preguntado por nuestro templario. Presumo que lo conoce.

ESCENA CUARTA

Entra DAYA presurosa. NATHAN

DAYA.—¡Oh Nathan, Nathan!

NATHAN.—¿Eh? ¿Qué hay?

DAYA.—¡Se deja ver otra vez, se deja ver otra vez!

NATHAN.—¿Quién, Daya, quién?

DAYA.—¡Él, él!

NATHAN.—¿Él? ¿Él? ¡Cuándo no se deja ver ése! Sí, ya; lo llamáis él por antonomasia. ¡No debería llamarse así! Ni aunque fuera un ángel, ¡no!

DAYA.—Vuelve a pasear bajo las palmeras, arriba y abajo, y de cuando en cuando coge dátiles.

NATHAN.—¿Y se los come? ¿Y como templario?

DAYA.—¿Qué me mareáis? Su ansiosa mirada ya lo ha adivinado tras de las densamente entrelazadas palmeras y lo sigue de hito en hito. Os ruega, os conjura, que os lleguéis a él sin tardanza. ¡Oh, daos prisa! Ella os dirá desde la ventana, por señas, si sube él o si echa para abajo. ¡Oh, daos prisa!

NATHAN.—¿Así, tal como me apeé del camello? ¿Es decente eso? Ves, corre tú hacia él y notifícale mi vuelta a casa. Anda con cuidado; lo que no ha querido, ese hombre de bien, es pisar mi casa en ausencia mía, y no le disgustará venir si es el padre mismo quien lo invita. Anda, dile que lo invito, que lo invito cordialmente...

DAYA.—¡Todo será en vano! No vendrá a vos. Porque, en una palabra, no vendrá a casa de un judío.

NATHAN.—Ves igual, ves a detenerlo por lo menos, a seguirlo con la vista por lo menos. Ves, enseguida vengo en tu busca.

(NATHAN *se entra de prisa*, y DAYA *se va*.)

ESCENA QUINTA

Escenario: Paraje con palmeras, a cuya sombra pasea arriba y abajo el TEMPLARIO

El HERMANO LEGO lo sigue, siempre a cierta distancia, por un lado, como quien quiere dirigirle la palabra

TEMPLARIO.—¡Éste viene siguiéndome no hace mucho rato! ¡Hay que ver qué miradas me tira de soslayo a las manos! Buen hermano... Bien puedo llamaros también padre, ¿no?

HERMANO LEGO.—Sólo hermano HERMANO LEGO sólo; a su servicio.

TEMPLARIO.—Sí, buen hermano; ¡para mí quisiera yo tener algo! ¡Por Dios, por Dios! No tengo nada.

HERMANO LEGO.—Pues, con todo, ¡gracias de corazón! Dios os dé a vos mil veces tanto como os gustaría dar. Porque la voluntad de dar, y no el don, hace al dador. Demás que no me han mandado en absoluto al señor por limosnas.

TEMPLARIO.—Pero ¿te han mandado?

HERMANO LEGO.—Sí, del convento.

TEMPLARIO.—¿Donde ahora mismo esperé encontrarme el pequeño banquete del peregrino?

HERMANO LEGO.—Ya estaban ocupadas las mesas, pero el señor no tiene más que volver conmigo.

TEMPLARIO.—¿A qué? Hace mucho tiempo que no he comido carne. Pero ¿qué más da? Bien maduros están los dátiles.

HERMANO LEGO.—Tenga cuidado el señor con esa fruta. Tomada en exceso, no sienta bien; estriñe el bazo; hace melancólica la

sangre.

TEMPLARIO.—¿Y si a mí me gusta sentirme melancólico? Mas, no creo que os hayan mandado para hacerme esa advertencia.

HERMANO LEGO.—¡Oh, no! Yo sólo he de informarme sobre vos; probaros «al dente».

TEMPLARIO.—Y eso ¿me lo decís a mí mismo?

HERMANO LEGO.—¿Por qué no?

TEMPLARIO.—(¡Ladino lego!) ¿El convento tiene otros como tú?

HERMANO LEGO.—No sé. Yo estoy obligado a obedecer, caro señor.

TEMPLARIO.—Y pues que obedecéis, hacéislo sin demasiadas sutilezas, ¿eh?

HERMANO LEGO.—¿De otro modo, sería obedecer, caro señor?

TEMPLARIO.—(¡Y que la simpleza tenga siempre razón!) Sin embargo, tendríais que decirme en confianza también quién es la persona que desea conocerme mejor. Yo juraría que no sois vos mismo.

HERMANO LEGO.—¿Me convendría a mí? ¿Y me sería provechoso?

TEMPLARIO.—¿A quién conviene y aprovecha, pues, que tanta curiosidad tiene? ¿A quién?

HERMANO LEGO.—Al patriarca; eso he de pensar. Porque él es quien me mandó tras de vos.

TEMPLARIO.—¿El patriarca? ¿Tan poco conoce, el tal, la cruz roja sobre la blanca capa?

HERMANO LEGO.—¡Yo sí que la conozco!

TEMPLARIO.—¿Entonces, hermano, entonces? Yo soy templario, y estoy preso. Añado: me hicieron preso en Tebnin, la fortaleza que nos hubiera gustado expugnar en el último momento de la tregua, para caer enseguida sobre Sidón; añado: el prisionero que hace veinte y el único indultado por Saladino. Ya sabe EL PATRIARCA lo que necesita saber; más de lo que necesita saber.

HERMANO LEGO.—Pero ni, con mucho, más de lo que ya sabe. A él le gustaría saber también por qué ha amnistiado Saladino al señor, únicamente al señor.

TEMPLARIO.—¿Lo sé yo mismo? Desnudo ya el cuello, estaba arrodillado sobre mi capa esperando el golpe, cuando clava en mí su mirada Saladino, se me acerca de un salto, y hace una seña. Me levantan; me desatan; quiero darle las gracias; veo lágrimas en sus ojos: Él está mudo, yo también; se va él, me quedo. Ahora bien, todo esto ¿cómo se ata? Que se lo descifre EL PATRIARCAMISMO.

HERMANO LEGO.—Él deduce de todo ello que ha debido de reservaros Dios para grandes, grandes cosas.

TEMPLARIO.—¡Sí, para grandes cosas! Para salvar del fuego a una muchacha judía; para guiar al Sinaí a peregrinos curiosos, y cosas así.

HERMANO LEGO.—¡Todo se andará! Tampoco fue mal hasta ahora. A lo mejor, el mismo patriarca le tiene ya preparados al señor negocios mucho más importantes.

TEMPLARIO.—¿Posible? ¿Creéis, hermano? ¿Ya os ha dejado entrever alguna cosa?

HERMANO LEGO.—¡Ah, ya lo creo! Pero antes he de sondear al señor, a ver si es el hombre apropiado.

TEMPLARIO.—Bueno, pues; ¡a sondear tocan! (¡Vamos a ver cómo sondea éste!) ¿Y bien?

HERMANO LEGO.—Lo más breve será sin duda que yo comunique al señor, sin rodeos, lo que desea el patriarca.

TEMPLARIO.—Bien.

HERMANO LEGO.—Él querría enviar un billete por mano del señor.

TEMPLARIO.—¿Por mi mano? No soy recadero. ¿Eso, eso sería el negocio mucho más glorioso que arrancar del fuego a una muchacha judía?

HERMANO LEGO.—¡Tendrá que serlo, digo! Porque dice el patriarca, ese billete es de extraordinario interés para toda la Cristiandad. A quien entregue ese billete dice el patriarca, se lo recompensará Dios un día, en el cielo, con una corona especial. Y nadie hay más digno de esa corona dice el patriarca, que el señor.

TEMPLARIO.—¿Que yo?

HERMANO LEGO.—Porque será difícil encontrar a alguien más apto para ganarse esa corona, dice el patriarca, que vos, señor mío.

TEMPLARIO.—¿Que yo?

HERMANO LEGO.—Dice que el señor aquí es libre; que puede circular por todas partes; que sabe cómo se asalta y se defiende una ciudad; que puede, dice el patriarca, valuar como nadie el fuerte y los puntos débiles de la segunda muralla, la interior, recién construida por Saladino, y describírsela con la mayor claridad posible a los combatientes de Dios dice el patriarca.

TEMPLARIO.—Buen hermano, pero yo tendría que conocer también el contenido del billete.

HERMANO LEGO.—Sí, eso bueno, eso no lo conozco yo bien del todo. Mas, sé que se trata de un billete al rey Felipe. El patriarca..., con frecuencia me he admirado de que un santo, que por lo demás vive enteramente en el cielo, al mismo tiempo pueda abajarse para estar tan informado de las cosas de este mundo. Debe de resultarle penoso.

TEMPLARIO.—¿Entonces, el patriarca?

HERMANO LEGO.— Sabe exactamente, de modo por entero indubitable, cómo y dónde, con qué fuerza, por qué parte abrirá la campaña Saladino, en el caso de que se empiece abiertamente otra vez.

TEMPLARIO.—¿Sabe todo eso?

HERMANO LEGO.—Sí, y quisiera hacérselo saber al rey Felipe, con objeto de que pudiera conjeturar aproximadamente si el peligro es en realidad tan formidable como para restablecer, cueste lo

que cueste, con Saladino el armisticio que vuestra Orden tan bizarramente ha roto.

TEMPLARIO.—¡Pero qué patriarca! ¡Ya, ya! Este amable y valeroso varón no quiere que haga yo de vulgar recadero; me quiere para espía—. Decidle a vuestro patriarca, buen hermano, que, por lo que me habéis podido sondear, ese asunto no me va. Que me he de considerar aún preso y que la única profesión del templario es manejar la espada, no practicar el espionaje.

HERMANO LEGO.—¡Me lo figuraba! Tampoco quiero tomarle muy a mal al señor, precisamente esto. A decir verdad, lo mejor viene ahora todavía. El patriarca ha descubierto, además de esto, cómo se llama la fortaleza y su exacta situación en el Líbano, donde se guardan las inmensas cantidades con que el previsor padre de Saladino paga a su ejército y cubre los costes de los preparativos de la guerra. De cuando en cuando va allí Saladino por caminos apartados, y casi sin escolta. ¿Caéis en la cuenta?

TEMPLARIO.—¡Nunca jamás!

HERMANO LEGO.—¿Habría algo más fácil que apoderarse de Saladino, que acabar con él? ¿Tembláis? ¡Oh! Ya se han ofrecido a intentar la acción un par de maronitas, temerosos de Dios, con tal de que los dirija un varón esforzado.

TEMPLARIO.—¿Y EL PATRIARCA me habría elegido a mí para ser ese varón esforzado?

HERMANO LEGO.—Cree que el rey Felipe puede echar acá una buena mano desde la Ptolemaida.

TEMPLARIO.—¿A mí? ¿A mí, hermano? ¿A mí? ¿Pero no habéis oído, no acabáis de oír qué tipo de obligación tengo para con Saladino?

HERMANO LEGO.—Claro que lo he oído.

TEMPLARIO.—Y, ¿a pesar de ello?

HERMANO LEGO.—Sí opina el patriarca—, eso es muy bonito, pero Dios y la Orden...

TEMPLARIO.—¡No cambian nada! ¡No me ordenan ninguna infamia!

HERMANO LEGO.—¡Seguro que no! Sólo que opina el patriarca, lo que es infamia a los ojos de los hombres, no lo es también a los ojos de Dios.

TEMPLARIO.—¿Le debería yo mi vida a Saladino y tendría que arrebatarse la suya?

HERMANO LEGO.—¡Bah! A pesar de todo, opina el patriarca, no es más que un enemigo de la Cristiandad, que no puede granjearse el derecho de ser amigo vuestro.

TEMPLARIO.—¿Amigo, una persona con la que no quiero quedar como un bribón, como un ingrato bribón?

HERMANO LEGO.—¡Por supuesto! La verdad es que opina el patriarca quedamos libres de toda deuda, libres ante Dios y los hombres, si el favor no se produce por amor a nosotros. Y como por ahí corre la voz, opina el patriarca, de que Saladino os indultó sólo porque en vuestro aire, en vuestros modales lo deslumbró un algo de su hermano...

TEMPLARIO.—¿Eso también lo sabe el patriarca, y sin embargo? ¡Ah, seguro que fue eso! ¡Ah, Saladino! Así que la Naturaleza habría dado, no fuera más que a un solo rasgo mío, la forma de tu hermano, ¿y a ese rasgo no correspondería nada en mi alma? ¿Así que yo podría suprimir esa correspondencia por darle gusto a un patriarca? ¡Naturaleza, tú no reniegas así! ¡Dios no se contradice así en sus obras! ¡Marchaos, hermano! ¡No me irritéis la hiel! ¡Marchaos, marchaos!

HERMANO LEGO.—Me voy, y me voy más complacido de lo que vine. Discúlpemele, el señor. Nosotros los conventuales debemos obediencia a nuestros superiores.

ESCENA SEXTA

El TEMPLARIO y DAYA, que hace ya tiempo había estado observando al templario y que ahora se le acerca

DAYA.—Me parece que el hermano lego no lo ha dejado lo que se dice de buen humor. Pero no me queda más remedio que probar ventura.

TEMPLARIO.—¡Pues lo que faltaba! ¿Miente el refrán que reza: monje y mujer, mujer y monje, las dos zarpas del diablo? De la una a la otra me arroja hoy.

DAYA.—¿Qué veo? ¿Vos, noble caballero? ¡Gracias a Dios! ¡Mil gracias a Dios! Pero ¿dónde os ocultasteis todo este tiempo? ¿No será que habéis estado enfermo?

TEMPLARIO.—No.

DAYA.—¿Sano, pues?

TEMPLARIO.—Sí.

DAYA.—Estábamos verdaderamente muy preocupadas por vos.

TEMPLARIO.—¿Sí?

DAYA.—Seguro que habéis estado de viaje.

TEMPLARIO.—Acertasteis.

DAYA.—Y que acabáis de volver hoy.

TEMPLARIO.—Ayer.

DAYA.—El padre de Reha también ha llegado hoy. ¿Cabría que Reha albergara esperanza ahora?

TEMPLARIO.—¿Qué?

DAYA.—De lo que tantas veces os hicisteis de rogar. Con el mayor encarecimiento os invita su padre mismo a que vengáis pronto. Viene de Babilonia, con veinte camellos colmos, y cuanto encierran la India y Persia y Siria, y hasta la China, de exótica especiería, de piedras y paños.

TEMPLARIO.—No compro nada.

DAYA.—Su pueblo lo respeta como a un príncipe. Pero me ha llamado la atención muchas veces que lo llame Nathan el sabio y no, más bien, Nathan el rico.

TEMPLARIO.—A lo mejor para su pueblo es lo mismo rico que sabio.

DAYA.—Pero más que nada tendría que haberlo llamado el bueno. Pues no os podéis imaginar lo bueno que es. Cuando se enteró de lo mucho que Reha os debía, ¡qué no hubiera hecho en ese instante por vos, qué no os hubiera dado!

TEMPLARIO.—¡Ah!

DAYA.—¡Haced la prueba y venid y ved!

TEMPLARIO.—¿El qué? ¿Lo rápido que pasa un instante?

DAYA.—Si no fuera tan bueno, ¿hubiera consentido yo en estar tanto tiempo en su casa? ¿Creéis vos acaso que no siento mi [propia] valía como cristiana? Tampoco estaba destinada, por los pañales en que me criaron, a seguir a mi marido a Palestina, total para criar a una muchacha judía. Mi querido esposo fue un noble caballero del ejército del Káiser Federico.

TEMPLARIO.—Suizo de nacimiento, a quien estaban reservados el honor y la gracia de ahogarse en un río con Su Cesárea Majestad. ¡Mujer!; ¿cuántas veces me habéis contado ya esto? ¿Es que no vais a dejar alguna vez de perseguirme?

DAYA.—¡Perseguir! ¡Buen Dios!

TEMPLARIO.—Sí, sí, perseguir. ¡No quiero veros ni oíros más ya, de una vez! No quiero que me recordéis continuamente una acción cumplida sin pensar en nada; que, si la pienso, se me convierte

en acertijo de mí mismo. No es que quiera arrepentirme de ella. Pero, fijaos; si se presenta otra vez un caso igual, tendréis vos la culpa de que no actúe yo con tanta rapidez, de que procure informarme antes, y deje que se abraze lo que se esté abrasando.

DAYA.—¡Dios nos guarde!

TEMPLARIO.—A partir de hoy hacedme ese favor por lo menos, y como si no me conocierais. Os lo suplico. Quitadme de encima también al padre. Un judío es un judío. Yo soy un tosco suebo. La imagen de la muchacha hace ya tiempo que se fue de mi alma, si es que estuvo allí alguna vez.

DAYA.—Pero la vuestra no se ha ido de la suya.

TEMPLARIO.—Bueno, y ¿qué; entonces qué?

DAYA.—¡Quién sabe! Los hombres no son siempre lo que parecen.

TEMPLARIO.—Pero rara vez mejores. (Vase.)

DAYA.—¡Pero esperad! ¿Qué prisa tenéis?

TEMPLARIO.—Mujer, no me hagas odiosas las palmeras a cuya sombra paseo tan a gusto.

DAYA.—¡Hala ves, oso alemán, ves! Mas, no tengo que perderle el rastro a esta fiera.

(Lo sigue de lejos.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(*Escenario: Palacio del SULTÁN*)

SALADINO y SITA *jugando al ajedrez*

SITA.—¿Dónde estás, Saladino? ¿Cómo juegas hoy?

SALADINO.—¿No estoy jugando bien? Creía que sí.

SITA.—Bien para mí; y aún ni eso. Deshaz esa jugada.

SALADINO.—¿Por qué?

SITA.—El caballo queda al descubierto.

SALADINO.—Es verdad. Pues ¡así!

SITA.—Entonces juego la horquilla.

SALADINO.—También es verdad. Pues ¡jaque!

SITA.—¿De qué te sirve eso? Muevo adelante y te quedas otra vez como estabas.

SALADINO.—Bien veo que de este aprieto no hay manera de salir sino pagando. ¡Ea! Toma el caballo, y en paz.

SITA.—No lo quiero. Paso de largo.

SALADINO.—No me regalas nada. Te interesa más ese sitio que el caballo.

SITA.—Puede.

SALADINO.—No hagas tus cuentas sin contar con el patrón. Porque ¡mira! Apuesto a que no te esperabas esto.

SITA.—Ciertamente, no. ¿Cómo iba a sospechar que estuvieras tan cansado de tu reina?

SALADINO.—¿Yo, de mi reina?

SITA.—Ya veo que hoy no ganaré más que mis mil dinares; ni un naserín más.

SALADINO.—¿Por qué?

SITA.—¡Y aún lo pregunta! Porque quieres perder adrede, por encima de todo. Así no me salen las cuentas, claro. Pues que, además de no ser muy distraída la partida, que digamos, ¿no salgo ganando al máximo siempre contigo, cuando pierdo? ¿Dejaste alguna vez de doblarme la suma para consolarme de haber perdido la partida?

SALADINO.—¡Ah, mira! ¿Entonces habrías estado perdiendo *tú* adrede, hermanita?

SITA.—Por lo menos, bien pudiera ser que tu liberalidad, querido hermanito, sea culpable de que yo no aprenda a jugar mejor.

SALADINO.—Nos desviamos del juego. ¡Concluye!

SITA.—¿Así está esto? Bueno, pues ¡jaque!, y ¡jaque doble!

SALADINO.—La verdad es que ese jaque doble que me tumba también a la reina, no lo había visto yo.

SITA.—¿Podía evitarse aún? Déjame ver.

SALADINO.—No, no; toma la reina, sin más. Nunca fui afortunado con esa pieza.

SITA.—¿Sólo con la pieza?

SALADINO.—¡Quítala! No me hace falta. Porque así queda todo protegido otra vez.

SITA.—Cuán cortésmente hay que conducirse con las reinas, es cosa que me enseñó muy bien mi hermano.

(La deja estar).

SALADINO.—¡Tómala o déjala! No tengo otra.

SITA.—¿Para qué tomarla? ¡Jaque! ¡Jaque!

SALADINO.—Tira adelante.

SITA.—¡Jaque! ¡Y jaque! ¡Y jaque!

SALADINO.—¡Y mate!

SITA.—No del todo; aún puedes jugar el caballo entre éstas; o haz lo que quieras. ¡Da lo mismo!

SALADINO.—¡Perfecto! Has ganado tú y paga Al-Hafi. ¡Que lo llamen, enseguida! No te faltaba razón, Sita; del todo no estaba en el juego; estaba distraído: además, ¿quién nos tiene asignadas las piezas lisas, que no evocan nada, no dicen nada? ¿He jugado acaso con el Imán? Sí, por cierto: excusas de perdedor. No fueron las piezas lisas las que me hicieron perder, Sita; tu arte, tu sosegado y fulgurante mirar...

SITA.—Con eso tampoco buscas más que sacarte la espina de la derrota. Estabas distraído y basta. Y más que yo.

SALADINO.—¿Más que tú? ¿A *ti* qué te distraía?

SITA.—¡No precisamente tu distracción! ¡Oh Saladino!, ¿cuándo volveremos a jugar con la atención que poníamos antes?

SALADINO.—¡Así jugamos con más codicia aún! ¡Ah!, ¿te refieres a que vuelve a empezar la cosa? ¡Puede! Pero ¡adelante! No fui yo el primero en desenvainar; yo hubiera preferido renovar el armisticio; al mismo tiempo le hubiera proporcionado a mi Sita un buen marido. Y para eso tiene que ser hermano de Ricardo: es el hermano de Ricardo.

SITA.—¡Con tal de alabar a tu Ricardo!

SALADINO.—Sí; luego, a nuestro hermano Melek le asignarán la hermana de Ricardo, ¡ah, qué casa resultará! ¡Ah, la mejor de las primeras, de las mejores casas del mundo! Ya ves que tampoco me quedo corto alabándome. Me considero digno de mis amigos. ¡Eso sí que hubiera dado hombres, eso!

SITA.—¿De ese bello sueño no me reí yo enseguida? Tú no conoces a los cristianos, no quieres conocerlos. Su orgullo es ser cristianos; no, ser hombres. Porque incluso eso que viene todavía de su fundador y que sigue dándole a la superstición un

aroma de humanidad, incluso eso, lo aman no porque es humano, sino porque lo enseña Cristo, porque lo hizo Cristo. ¡Ya tienen suerte con que Cristo fuera un hombre tan bueno! ¡Ya tienen suerte con poder aceptar su virtud con plena confianza! Bueno, ¿qué digo su virtud? No su virtud; su nombre es lo que hay que propagar por todas partes, lo que ha de desacreditar y devorar el nombre de todos los hombres buenos. No les importa nada más que el nombre, el nombre.

SALADINO.—¿Te refieres al motivo por que os exigen que también vosotros, también tú y Melek, os llaméis cristianos, antes de pretender amar como esposos a unos cristianos?

SITA.—¡Eso mismo! ¡Como si solamente de los cristianos en cuanto tales cupiera esperar el amor con que el Creador equipó al hombre y a la hembra!

SALADINO.—¡Los cristianos creen en demasiadas mezquindades, para poderse librar también de ésta! Y, además, creo que te equivocas. La culpa la tienen los templarios, no los cristianos; son culpables como templarios, no como cristianos. Ellos son los responsables de que no se resuelva este negocio. Por nada del mundo quieren soltar Acca, que traería en dote, para nuestro hermano Melek, la hermana de Ricardo. Para que no corra peligro el beneficio de la Orden Militar, juegan al monje, a hacerse el monje bobo. Y por si se pillara al vuelo alguna pieza, apenas han podido esperar a que transcurriera el armisticio. ¡Divertido! ¡Adelante, pues, señores, adelante! ¡Por mí, vale! Todo lo demás que estuviera como tendría que estar.

SITA.—¿Y qué es lo que te indujo a error? ¿Qué otra cosa pudo desconcertarte?

SALADINO.—Pues lo que siempre me ha desconcertado. He estado en el Líbano; con nuestro padre. Aún está anegado de preocupaciones...

SITA.—¡Qué pena!

SALADINO.—No puede más; aprietan por todas partes; hoy falta aquí, mañana allá.

SITA.—¿Qué aprieta? ¿Qué falta?

SALADINO.—¿Qué va a ser, sino eso que apenas me digno nombrar? Eso que, cuando lo tengo, me sobra, y cuando no lo tengo me parece imprescindible. Pero; ¿por qué no viene Al-Hafi? ¿No ha ido nadie a buscarlo? ¡Asqueroso, maldito dinero! A propósito vienes, Hafi.

ESCENA SEGUNDA

EI DERVICHE AL-HAFI. SALADINO. SITA

AL-HAFI.—Supongo que habrán llegado los dineros de Egipto.
Esperemos que sea un buen montón.

SALADINO.—¿Tienes noticias?

AL-HAFI.—¿Yo? No; yo no. Lo digo porque me he de hacer cargo de ellos aquí.

SALADINO.—¡Págale a Sita mil dinares! (*Paseando pensativo arriba y abajo*).

AL-HAFI.—¡Paga!, en vez de ¡cobra! ¡Estamos buenos! Eso es aún menos que nada. ¿A Sita? ¿Otra vez a Sita? ¿Que habéis perdido, habéis vuelto a perder al ajedrez? ¡La partida está aún en el aire!

SITA.—¿No será que me envidias la suerte que tengo?

AL-HAFI.— (*Observando el juego*). ¿Cómo no envidiar? Sí, de sobra lo sabéis.

SITA.— (*Haciéndole señas*). ¡Chis, Al-Hafi, chis!

AL-HAFI.— (*Fijándose aún en el juego*). ¡Desde luego, no os envidiéis a vos misma!

SITA.—¡Al-Hafi! ¡Chis!

AL-HAFI.— (*A SITA*). ¿Las blancas eran las vuestras? ¿Dais jaque?

SITA.—¡Menos mal que no ha oído nada!

AL-HAFI.—¿Le toca jugar a él ahora?

SITA.— (*Acercándosele*). Pero di que puedo cobrar mi dinero.

AL-HAFI.— (*Fijo aún en el tablero*). Está bien; cobraréis igual que cobráis siempre.

SITA.—¿Cómo? ¿Estás loco?

AL-HAFI.—Es que no se ha acabado la partida. No habéis perdido, Saladino.

SALADINO.— (*Prestando atención apenas*). ¡Que sí, que sí! ¡Paga, paga!

AL-HAFI.—¡Paga, paga! Pero vuestra reina está ahí.

SALADINO.— (*Como antes.*) No vale; está fuera de juego.

SITA.—Venga, y di que puedo mandar ya a recoger el dinero.

AL-HAFI.— (*Sumido aún en el juego*). Se entiende, como siempre. Ni aún así, aunque ya no valga la reina, ni aún así estás jaque mate.

SALADINO.— (*Adelántase y vuelca las fichas*). Lo estoy; quiero estarlo.

AL-HAFI.—¡Ah, bueno! ¡Así se ganan estas partidas! Y como se gana, talmente se paga.

SALADINO.— (*A SITA.*) ¿Qué dice éste? ¿Qué dice?

SITA.— (*Haciendo de cuando en cuando señas a hafi.*) Ya lo conoces. Disfruta de resistirse; le gusta hacerse de rogar; probablemente está incluso un poco celoso.

SALADINO.—No será de ti, no creo que sea de mi hermana. ¿Qué oigo, Hafi: celoso tú?

AL-HAFI.—¡Puede ser, puede ser! Yo preferiría tener su cerebro; preferiría ser tan bueno como ella.

SITA.—Pero a pesar de todo ha pagado siempre correctamente. Y hoy pagará también. ¡Déjalo estar! Puedes irte ya, Al-Hafi, puedes irte; quiero que pasen ya a recoger el dinero.

AL-HAFI.—No; yo no sigo colaborando en esta comedia. Tiene que enterarse ya de una vez.

SALADINO.—¿Quién? ¿De qué?

SITA.—¡Al-Hafi! ¿Es eso lo que prometiste? ¿Así me cumples tu palabra?

AL-HAFI.—¿Cómo podía pensar yo que esto iba a llegar tan lejos?

SALADINO.—O sea, que ¿no me entero de nada?

SITA.—Te lo pido por favor, Al-Hafi: sé discreto.

SALADINO.—¡Esto sí que es curioso! ¿Qué será eso cuya omisión prefiere pedir Sita, tan solemne y encarecidamente, a un extraño, a un DERVICHE, antes que a mí, a su hermano? Al-Hafi, ahora te lo mando. ¡Habla, DERVICHE!

SITA.—No te ocupes en una nonada más de lo que merece, hermano. Ya sabes que en diversas ocasiones te he ganado al ajedrez la misma cantidad. Y como en este momento no me hace falta el dinero y no se puede decir que sea abundante en la caja de Hafi, están paradas las cuentas. ¡Pero no te preocupes! Esos dineros no se los regalo ni a ti, mi hermano, ni a Hafi, ni a la caja.

AL-HAFI.—Ya, ¡si se tratara sólo de eso, de eso sólo!

SITA.—Y de cosas por el estilo. La pensión que me asignaste quedó también en la caja; ya hace varias lunas que se queda allí.

AL-HAFI.—Aún no es todo.

SALADINO.—¿Aún no? ¿Vas a hablar?

AL-HAFI.—Desde que estamos a la espera del dinero de Egipto, ella...

SITA.— (A SALADINO.) ¿Qué sacaremos de escucharlo?

AL-HAFI.—No sólo no ha recibido nada...

SALADINO.—¡Buena chica! Además, hace adelantos, de paso, ¿no?

AL-HAFI.—Ha mantenido la corte entera; ha cubierto todos vuestros gastos ella sola.

SALADINO.—¡Ah! ¡Así, así es mi hermana! (*Abrazándola*).

SITA.—Pero ¿quién me había hecho tan rica como para poder hacer esto, sino tú, hermano mío?

AL-HAFI.—También la reducirá a pobre de solemnidad, igual que se encuentra él mismo ahora.

SALADINO.—¿Pobre yo? ¿Su hermano, pobre? ¿Cuándo he tenido más, cuándo he tenido menos? Un vestido, una espada, un caballo, ¡y un Dios! ¿Qué más necesito? ¿Cuándo podrá llegar a faltarme esto? Con todo, Al-Hafi, tengo motivos para reprenderte.

SITA.—No lo reprendas, hermano. ¡Ojalá pudiera yo aligerar así de sus preocupaciones también a nuestro padre!

SALADINO.—¡Ay, ay! ¡Ahora sí que me has hundido otra vez en la tristeza, con una palabra! A mí, a mí no me falta nada, ni puede faltarme nada. Pero a él, a él, sí; y en él a todos nosotros. Decidme, ¿qué tengo que hacer? Tal vez durante mucho tiempo no llegue nada de Egipto. Dios sabrá por qué. Allí está todo tranquilo, en efecto. Hacer recortes, poner aparte, ahorrar, estoy dispuesto, bien dispuesto a pasar por ello, cuando me afecta a mí, sólo a mí, sólo a mí sin que nadie más sufra por ello. Pero eso ¿qué puede resolver? Un caballo, un vestido, una espada, tengo que tenerlo. Y tampoco es cosa de deducirle nada a mi Dios. Se conforma ya con tan poco: con mi corazón. Yo había contado mucho con los excedentes de tu caja, Hafi.

AL-HAFI.—¿Excedentes? Decid vos mismo si no me hubierais hecho atravesar con la pica, o estrangular por lo menos, de pillarme con excedentes. Sí, ¡la malversación!, a eso había que atreverse.

SALADINO.—Bien, ¿qué hacemos pues? ¿No pudiste pedir prestado a otros, antes de recurrir a Sita?

SITA.—¿Iba yo a dejarme quitar ese privilegio, hermano? ¿Él a mí? Todavía puedo hacer frente a la situación. Aún no me han escurrido del todo.

SALADINO.—¡Del todo, no! ¡Faltaría más! ¡Vete enseguida, toma medidas, Hafi! ¡Toma en préstamo de quien puedas y como puedas! Ve, que te fíen, da seguridades. Pero no pidas prestado a quienes hice yo ricos. Tomar prestado de ellos, podría parecer reclamación. Ve a los más avaros; éstos me prestarán con mejor

gana. Que saben muy bien cómo se multiplica su dinero en mis manos.

AL-HAFI.—No conozco a ninguno de éstos.

SITA.—Ahora que me acuerdo, Hafi; he oído decir que tu amigo ha vuelto.

AL-HAFI.— (*Sorprendido*). ¿Amigo? ¿Mi amigo? ¿A quién te refieres?

SITA.—Ese judío que tanto alabas.

AL-HAFI.—¿Judío que tanto alabo, yo?

SITA.—A quien Dios, recuerdo perfectamente la expresión que empleaste tú mismo hablando una vez de él, a quien su Dios concediera a manos llenas el menor y el mayor de los bienes de este mundo.

AL-HAFI.—¿Eso dije? ¿Y qué querría decir yo con eso?

SITA.—El bien menor: la riqueza. Y el mayor: la sabiduría.

AL-HAFI.—¿Cómo? ¿De un judío? ¿De un judío pude decir yo eso?

SITA.—¿Que no dijiste eso de Nathan?

AL-HAFI.—¡Ah, bueno! ¡De ése, de Nathan! Ni caer en la cuenta de que era él. ¿Es cierto? ¿Finalmente ha vuelto a casa? ¡Vaya! Pues no deben de haberle ido demasiado mal las cosas. Perfecto: ¡En otro tiempo, el pueblo llamábalo el sabio! También, el rico.

SITA.—Ahora, más que nunca, llámanlo el rico. La ciudad se hace lenguas de las preciosidades y tesoros que se ha traído.

AL-HAFI.—Entonces, es rico otra vez. Pues no tardará en ser otra vez el sabio.

SITA.—¿Qué te parece, Hafi, si te dirigieras a él?

AL-HAFI.—Y ¿con qué objeto? ¡No será en solicitud de un préstamo! ¡Pues sí que lo conocéis! ¡Prestar él! Su sabiduría consiste justamente en que no presta a nadie.

SITA.—Pues, tú me trazaste de él una imagen completamente distinta.

AL-HAFI.—En caso de necesidad, os prestaré mercancía. Pero ¿dinero, dinero? ¡Dinero, nunca jamás! Por otra parte, judíos como ése los hay pocos. Tiene inteligencia; sabe vivir; juega bien al ajedrez. También es verdad que de los demás judíos no se distingue menos en las cosas malas que en las buenas. Con ése, con ése no contéis. Da a los pobres, ciertamente, y les da a pesar de Saladino. Y si no da tanto, dalo empero tan a gusto, y también al margen de toda ostentación. Judíos y cristianos y musulmanes y parsis, todo es uno para él.

SITA.—Y un hombre así...

SALADINO.—Pero ¿cómo es posible que no haya oído hablar yo de ese hombre?...

SITA.—¿Iba a negarle un préstamo a Saladino, a un Saladino que se ve en necesidad por otros y no por sí mismo?

AL-HAFI.—¡Ya estáis viendo otra vez al judío, al judío normal y corriente! ¡Creedme lo que os digo! Tocante al dar, ¡os tiene celos, os tiene envidia! Todas las *divinas recompensas* del mundo, prefiere acapararlas en exclusiva. Por eso precisamente no presta a nadie, para tener siempre a quien dar. Como la ley le manda ser clemente, pero no le manda ser complaciente, la clemencia hace de él el compañero menos complaciente del mundo. Es cierto, hace algún tiempo que estoy en relaciones tirantes con él, pero no penséis por ello que no le hago justicia. Sería bueno para todo; menos para eso; para eso, verdaderamente, no lo es. Así que me voy al punto a llamar a otras puertas... Acabo de acordarme de un moro que es rico y avaro. Me voy, me voy.

SITA.—¿A qué tanta prisa, Hafi?

SALADINO.—¡Déjalo, déjalo!

ESCENA TERCERA

SITA. SALADINO

SITA.—¡Verdaderamente se apresura como si no quisiera más que perderme de vista! ¿Qué querrá decir esto? ¿Se ha equivocado realmente respecto a él, o bien es que sólo busca engañarnos?

SALADINO.—¿Cómo? ¿Y me lo preguntas a mí? Apenas sé de quién se habla, y hoy es la primera vez que oigo hablar de vuestro judío, de vuestro Nathan.

SITA.—Pero ¿es posible que escape a tu conocimiento un hombre de quien se dice que excavara las tumbas de Salomón y David y que conoce la secreta palabra poderosa que hace saltar su sello? De ellas saca a luz, de tiempo en tiempo, las riquezas inconmensurables que no delatan una fuente de menor monta.

SALADINO.—Si ese hombre obtiene sus riquezas de las tumbas, no será, con toda seguridad, de las tumbas de Salomón y David. ¡Unos locos serían los allí enterrados!

SITA.—¡O malvados! Y la fuente de su riqueza es, con mucho, más abundante y más inagotable que una tumba repleta de Mammona.

SALADINO.—Porque comercia; como [os] oí decir.

SITA.—Su reata levanta polvaredas por todos los caminos y atraviesa todos los desiertos; sus barcos echan anclas en todos los puertos. Esto me lo dijo una vez el mismo Al-Hafi, añadiendo lleno de entusiasmo con cuánta grandeza y nobleza gasta lo que no tiene a menos ganar con su prudencia e industria; añadiendo

cuán libre de prejuicios está su espíritu, cuán abierto su corazón a toda virtud, cuán acorde con toda belleza.

SALADINO.—Sin embargo, Hafi hablaba de él ahora con incertidumbre, con frialdad.

SITA.—Con frialdad, no; confuso. Como quien considera peligroso alabarlo, pero no quiere tampoco censurarlo sin motivos. ¿No? ¿O es que, en realidad, incluso el mejor de un pueblo no se libraría enteramente de ser como su pueblo? ¿O es que realmente Al-Hafi tiene que avergonzarse de su amigo en este aspecto? ¡Sea como fuere! Sea el tal judío más o menos que judío, ¡a nosotros nos basta con que sea rico!

SALADINO.—Pero no querrás quitarle lo suyo con violencia, ¿verdad, hermana?

SITA.—Bueno, ¿a qué llamas tú violencia? ¿Quitarlo a fuego y espada? No, no; ¿qué más violencia hace falta con los débiles que su propia debilidad? Por el momento, vente a mi harén; a oír una cantaora que compré ayer mismo. A lo mejor, mientras, cobra forma en mí un golpe que tengo [pensado] para ese Nathan. ¡Ven!

ESCENA CUARTA

Escenario: frente a la casa de NATHAN por la parte que da a las palmeras

Salen REHA y NATHAN. A ellos se suma DAYA

REHA.—Os habéis retrasado mucho, padre. No será fácil que lo encontremos ya.

NATHAN.—Está bien, está bien; si no aquí entre las palmeras, ya será en otro sitio. Pero estate tranquila ahora. ¡Mira! ¿No es Daya, ésa que viene hacia aquí?

REHA.—Seguro que lo ha perdido de vista.

NATHAN.—O no.

REHA.—Vendría más deprisa, si no.

NATHAN.—Es que no nos ha visto aún...

REHA.—Ahora nos ve.

NATHAN.—Y aviva el paso. ¡Mira! ¡Pero estate tranquila, tranquila!

REHA.—¿Os gustaría tener una hija que estuviera aquí tranquila, que se estuviera despreocupada de aquél cuya buena acción es su vida? Su vida que me es tan preciosa porque, antes, os la debo a vos.

NATHAN.—Yo no te quisiera distinta de como eres; aunque supiera que en tu alma está naciendo algo completamente distinto.

REHA.—¿El qué, padre mío?

NATHAN.—¿Me lo preguntas a mí, así de asombradiza, a mí? Sea lo que fuere lo que en tu interior ocurre, es cosa natural e inocente.

No te preocupes. A mí, a mí no me preocupa. Pero, prométeme una cosa: cuando tu corazón se aclare, no me ocultes ninguno de sus deseos.

REHA.—La mera posibilidad de inclinarme por ocultaros mi corazón, ya hace que me estremezca.

NATHAN.—¡Basta ya de esto! Es cosa definitivamente resuelta. Ya está ahí Daya. ¿Qué hay, pues?

DAYA.—Está aquí aún, paseando bajo las palmeras, y no tardará en doblar por aquel muro. ¡Mirad, allí viene!

REHA.—¡Ah!, y parece dudar de la dirección que tomará, si proseguir, si echar abajo, si volver a derecha, a izquierda.

DAYA.—No, no; seguro que da más vueltas en torno al monasterio y luego tiene que pasar por aquí. ¿Qué te apuestas?

REHA.—¡Bueno, bueno! ¿Le has hablado ya? ¿Y cómo está hoy?

DAYA.—Como siempre.

NATHAN.—Pero procurad que no os descubra aquí. Hacedos más atrás. Mejor, meteos dentro del todo.

REHA.—¡Sólo una mirada más! ¡Ah!, ese seto que me lo tapa.

DAYA.—¡Venid, venid! El padre tiene toda la razón. Si os ve, corréis el peligro de que gire en redondo.

REHA.—¡Ay, ese seto!

NATHAN.—Si asoma de repente por detrás de él, no podrá menos de veros. ¡Así que circularad de una vez!

DAYA.—¡Venid, venid! Yo sé de una ventana desde donde podemos verlo.

REHA.—¿Sí?

(Se entran las dos.)

ESCENA QUINTA

NATHAN *y, poco después, el* TEMPLARIO

NATHAN.—Siento casi repugnancia de lo exótico del sujeto. Casi me da corte la rudeza de su virtud. ¡Que un hombre pueda desconcertar tanto a otro hombre! ¡Ah!, ya viene. ¡Por Dios! Un mozo, todo un hombre. ¡Me gusta su mirada fina y altiva, su paso firme! Puede que la cáscara sea amarga; la pepita, seguro que no. Pero ¿dónde he visto yo algo igual? Perdón, noble franco...

TEMPLARIO.—¿Qué?

NATHAN.—Permitid...

TEMPLARIO.—¿Qué, judío, qué?

NATHAN.—Que ose dirigirme a vos.

TEMPLARIO.—¿Puedo impedirlo acaso? Pero que sea breve.

NATHAN.—Deteneos y no paséis tan deprisa, tan orgullosa y despectivamente, por delante de un hombre que os está eternamente obligado.

TEMPLARIO.—¿Cómo es eso? Ah, casi lo adivino. ¿No? Vos sois...

NATHAN.—Me llamo Nathan; soy el padre de la muchacha que salvó del fuego vuestra magnanimidad; y vengo...

TEMPLARIO.—Si es a dar las gracias, ¡ahorráoslo! He tenido que soportar ya demasiado por esa insignificancia de la gratitud. Además, vos, vos no me debéis absolutamente nada. ¿Sabía yo que esa muchacha fuese hija vuestra? Los templarios tienen el deber de acudir en socorro del primero que vean en alguna necesidad. Sin contar con que en ese momento me resultaba

pesada la vida. Muy a gusto, pero mucho, aproveché la ocasión de jugármela por la de otro: por la de otro aunque fuera la vida de una judía.

NATHAN.—¡Magnífico! ¡Magnífico y odioso! Sin embargo, se puede ver la maniobra. La grandeza modesta se esconde detrás de lo odioso para eludir la admiración. Pero si rehúsa la ofrenda de la admiración, ¿no habrá alguna otra que rehúse menos? Caballero, si no fuerais forastero en esta tierra y cautivo, no os preguntara yo con tanto atrevimiento. Decid, disponed: ¿En qué se os puede servir?

TEMPLARIO.—¿Vos? En nada.

NATHAN.—Soy hombre rico.

TEMPLARIO.—Nunca tuve al judío más rico por el mejor judío.

NATHAN.—Y ¿os negáis por eso a aprovecharos de lo que, a pesar de los pesares, tiene de mejor: a aprovecharos de su riqueza?

TEMPLARIO.—Pues hombre, tampoco quiero hacer voto de abstenerme absolutamente de ello; por mor de mi capa. No bien la tenga gastada del todo, cuando ya no admita ni zurcidos ni remiendos, acudiré a vos por un préstamo en paño o en dinero, para hacerme una nueva. ¡No empecéis a mirarme con ese ceño! Aún estáis en seguro; aún no está en las últimas. Ya lo veis: aún se conserva en bastante buen estado. No tiene más que una fea mancha en este extremo; está chamuscado. Y se puso así cuando llevé a vuestra hija a través del fuego.

NATHAN.— (*Que agarra el extremo y lo contempla.*) Verdaderamente es asombroso que una maldita mancha, un mero chamusco hable en testimonio de un hombre, mejor que su propia boca. Siento deseos de besarlo enseguida ¡Al chamusco! ¡Ah disculpad! Lo hice sin querer.

TEMPLARIO.—¿El qué?

NATHAN.—Cayó una lágrima encima.

TEMPLARIO.—¡Es igual! Gotas le han caído muchas. (Bien pronto empieza a enredarme este judío).

NATHAN.—¿Querríais tener la bondad de enviarle vuestra capa también a mi niña?

TEMPLARIO.—y eso ¿para qué?

NATHAN.—Para que también ella estampe un beso en ese manchón. Porque abrazarse en persona a vuestras rodillas, creo yo que lo desea en vano.

TEMPLARIO.—Caramba, judío. ¿Os llamáis Nathan?, caramba, Nathan. Colocáis vuestras palabras muy pero que muy bien, muy cáusticamente. Estoy perplejo. Por lo demás, yo hubiera...

NATHAN.—Simulad y disimulad lo que queráis. Por ahí os descubro igualmente. Sois demasiado bueno, demasiado honesto para ser cortés. La muchacha, toda sentimiento; el mensajero femenino, todo celo; el padre, en tierras lejanas Vos mirasteis por vuestro buen nombre; rehuisteis conocerla; rehuisteis, por no vencer. También por esto os doy las gracias.

TEMPLARIO.—He de admitir que sabéis cuáles deben ser los sentimientos de los templarios.

NATHAN.—¿De los templarios solamente? ¿Los que *deben* ser, meramente? ¿Y meramente porque lo ordena así la regla de la Orden? Yo sé cuáles son los sentimientos de los hombres buenos; sé que todas las naciones dan de sí hombres buenos.

TEMPLARIO.—Pero es de esperar que con diferencias.

NATHAN.—Sí, claro; diferencias de color, de vestimenta, de aspecto.

TEMPLARIO.—Mayores o menores, también, según los sitios.

NATHAN.—Esas diferencias no importan gran cosa. El hombre grande necesita mucho terreno en todas partes; y plantados varios de ellos demasiado cerca unos de otros, las ramas se destrozan enseguida. En cambio, medianías como nosotros, se las encuentra en abundancia por todas partes. Basta con que el uno no le ponga sambenitos al otro. Basta con que el matojo se

lleve amablemente con el arbusto. Basta con que la copa no se jacte de que sólo ella no brota de la tierra.

TEMPLARIO.—¡Muy bien dicho! Pero ¿sabéis vos también cuál es el pueblo que practicó el primero ese afán de poner sambenitos a los hombres? ¿Vos sabéis, Nathan, cuál es el primer pueblo que se llamó a sí mismo el pueblo elegido? ¿Qué pasaría si yo no pudiera dejar, no diré de odiar a ese pueblo, pero si de despreciarlo por su orgullo? Por su orgullo, que transmitió luego al pueblo cristiano y al pueblo musulmán, ¡de que sólo su Dios es el Dios verdadero! ¿Te sorprendes de que siendo cristiano, siendo templario, hable así? Ese pío delirio que cree tener al Dios mejor y que, a ese Dios mejor, quiere imponérselo a todo el mundo como el Dios óptimo; ese pío delirio ¿dónde se mostró con su más negro semblante, sino aquí y ahora, dónde? A quien no se le caiga la venda de los

ojos, aquí y ahora... En fin, ¡sea ciego quien quiera! Olvidaos de lo que he dicho, y dejadme. (*Hace ademán de irse.*)

NATHAN.—¡Ah! No sabéis con cuánta mayor obstinación voy a arrimarme a vos ahora. Venid; nosotros tenemos que ser amigos, ¡tenemos que serlo! Despreciad a mi pueblo todo lo que queráis. Ninguno de los dos hemos escogido a nuestro pueblo. ¿Nosotros somos nuestros pueblos? Porque, ¿qué quiere decir pueblo? ¿El cristiano y el judío son cristiano y judío antes que hombres? ¡Ah, si hubiera encontrado yo en vos a uno de esos a quienes basta con llamarse hombre!

TEMPLARIO.—¡Sí, por Dios, eso habéis encontrado, Nathan! ¡Eso habéis encontrado! ¡Esa mano! ¡Me avergüenzo de no haberos comprendido por un instante!

NATHAN.—Y yo estoy orgulloso de ello. A lo vulgar le ocurre pocas veces no ser comprendido.

TEMPLARIO.—Y lo raro es difícil de olvidar. Sí, Nathan; tenemos que hacernos amigos, tenemos que hacernos amigos.

NATHAN.—Ya lo somos. ¡Cómo se alegrará mi Reha! ¡Ah, y qué serena lontananza se abre ante mis ojos! ¡Conocedla y veréis!

TEMPLARIO.—Ardo en deseos. ¿Quién sale disparada de vuestra casa? ¿No es vuestra Daya?

NATHAN.—En efecto. ¿Tan ansiosa?

TEMPLARIO.—¿No le habrá pasado nada a nuestra Reha?

ESCENA SEXTA

Los anteriores y DAYA presurosa

DAYA.—¡Nathan, Nathan!

NATHAN.—¿Qué hay?

DAYA.—Perdonad, noble caballero, que tenga que interrumpiros.

NATHAN.—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

TEMPLARIO.—¿Qué sucede?

DAYA.—El Sultán ha mandado a buscar. El Sultán quiere hablaros.

¡Dios, el Sultán!

NATHAN.—¿A mí? ¿El Sultán? Sentirá curiosidad por ver las novedades que truje. Tú di sólo que aún se ha desembalado poco, o nada.

DAYA.—No, no; no quiere ver nada; quiere hablaros, a vos en persona, y pronto, tan pronto os sea posible.

NATHAN.—Ahora voy. Vuélvete ya, ¡anda!

DAYA.—No lo toméis a mal, ilustre caballero. ¡Dios, qué inquietos estamos por lo que pueda querer el Sultán!

NATHAN.—Ya se verá. ¡Anda ya, ve!

ESCENA SÉPTIMA

NATHAN y el TEMPLARIO

TEMPLARIO.—Así que ¿aún no lo conocéis? digo personalmente.

NATHAN.—¿A Saladino? Aún no. Ni rehuí ni procuré conocerlo. La voz pública hablaba demasiado bien de él como para no preferir el creer al ver. Con todo, aunque fuera de otra manera, habiéndoos perdonado la vida...

TEMPLARIO.—Sí, así es. La vida que estoy viviendo es un regalo suyo.

NATHAN.—Con el cual me ha regalado a mí dos vidas, una triple vida. Esto lo ha cambiado todo entre nosotros; me ha echado de pronto una maroma que me encadena eternamente a su servicio. Difícilmente podré negarme a la primera petición que me haga; estoy dispuesto a todo; estoy dispuesto a reconocer que lo estoy por vos.

TEMPLARIO.—Yo aún no tuve ocasión de darle las gracias personalmente por más que le he salido al paso a menudo. La impresión que le produje fue tan súbita como súbita fue luego su desaparición. Quién sabe si se acordará ya de mí. Y sin embargo tendrá que acordarse de mí una vez más, por lo menos, para acabar de decidir mi destino. Por si fuera poco estar todavía a sus órdenes, vivir aún *con* su voluntad, encima tengo que esperar ahora a ver *según* cuya voluntad habré de vivir.

NATHAN.—No hay más; por eso mismo no quiero rezagarme. Tal vez salte alguna palabra que me dé ocasión de traeros a cuento. Con

permiso, perdón he de apresurarme. ¿Cuándo, cuándo os veremos en casa?

TEMPLARIO.—Apenas pueda.

NATHAN.—Apenas queráis.

TEMPLARIO.—Hoy mismo.

NATHAN.—¿Y cómo os llamáis? Por favor.

TEMPLARIO.—Mi nombre era, es Curd von Stauffen. ¡Curd!

NATHAN.—¿Von Stauffen? ¿Stauffen? ¿Stauffen?

TEMPLARIO.—¿Por qué os llama tanto la atención?

NATHAN.—¿Von Stauffen? De esa familia son ya varios...

TEMPLARIO.—¡Ah sí!, aquí estuvieron, aquí se pudrieron ya varios de la familia. Mi mismo tío, mi padre, quiero decir... pero ¿por qué claváis por instantes vuestra mirada en mí?

NATHAN.—¡Oh, nada, nada! ¡Que no me canso de eso veros!

TEMPLARIO.—Por eso me despedía yo antes. No pocas veces sucedió que la mirada del investigador encontrara más de lo que deseaba encontrar. Yo la temo, Nathan. Que sea el tiempo, y no la curiosidad, quien se encargue de que nos conozcamos poco a poco. (*Se va.*)

NATHAN.— (*Siguiéndolo asombrado con la mirada.*) «No pocas veces el investigador encontró más de lo que deseaba encontrar.» ¡Es como si leyese en mi alma, en efecto! Sí, es cierto; eso podría sucederme a mí también. No sólo la estatura de Wolf, los andares de Wolf; también su voz. Así, exactamente así era incluso el aire de su cabeza, así llevaba incluso la espada en el brazo, así incluso se pasaba la mano por las cejas como para ocultar el fuego de su mirada. Cuánto tiempo pueden estar dormidas en nosotros las imágenes que se nos grabaron profundamente, hasta que las despierta una palabra, un sonido. ¡Von Stauffen! Eso es, eso es; Filnek y Stauffen. Quiero enterarme mejor de esto, pronto. Pero antes hay que ir a ver a

Saladino. ¿Qué pasa? ¿No está ahí escuchando Daya? Ea, acércate no más, Daya.

ESCENA OCTAVA

DAYA. Nathan.

NATHAN.—Apuesto a que tenéis el corazón en un puño por saber algo que no tiene nada que ver con lo que Saladino quiere de mí.

DAYA.—¿Se lo reprocháis? Estabais empezando a hablar con mayor confianza con él en el preciso momento en que el mensajero del Sultán nos ahuyentó a nosotras de la ventana.

NATHAN.—Pues dile a ella que puede esperarlo de un momento a otro.

DAYA.—¿De veras, de veras?

NATHAN.—¿Puedo confiar en ti, Daya? Anda con cuidado, te lo ruego. No te arrepentirás. Tu misma conciencia tiene que encontrar sus cuentas conformes en el caso. Pero no me echas a perder nada en mi plan. Limítate a contar y preguntar, con modestia, con discreción...

DAYA.—Y encima, ¡que seáis aún capaz de recordarme estas cosas! Me voy; idos también vos. Pues, mirad, yo diría que viene un segundo mensajero del Sultán: Al-Hafi, vuestro Derviche. (*Sale.*)

ESCENA NOVENA

NATHAN. AL-HAFI

AL-HAFI.—¡Ajá! A vos precisamente quería volver a veros.

NATHAN.—¿Tan urgente es eso? ¿Qué es lo que quiere de mí?

AL-HAFI.—¿Quién?

NATHAN.—Saladino. Ya voy, ya voy.

AL-HAFI.—¿Adonde? ¿A Saladino?

NATHAN.—¿No te envía Saladino?

AL-HAFI.—¿A mí? No. ¿Es que ya ha enviado a alguien?

NATHAN.—Claro que ha enviado.

AL-HAFI.—Siendo así, no está mal.

NATHAN.—¿Cómo? ¿Qué no está mal?

AL-HAFI.—Que... yo no tengo la culpa; Dios sabe que no tengo la culpa. ¡Pues no dije cosas de vos, y no mentí poco por impedirlo!

NATHAN.—¿Por impedir el qué? ¿Qué no está mal?

AL-HAFI.—Pues que os hayáis convertido en su tesorero mayor. Os compadezco. Ahora; presenciarlo, no quiero. Desde este momento, yo me voy; me voy, ya sabéis adónde, y conocéis el camino. Si de camino puedo cumplirlos algún encargo, decidlo: estoy a vuestra disposición. Por supuesto, que no sea más de lo que puede llevar uno que va con lo puesto. Me voy; decidlo pronto.

NATHAN.—Pero repara, Al-Hafi; repara en que no sé aún nada de nada. ¿Qué estás parlotando ahí?

AL-HAFI.—¿La lleváis ya con vos, la bolsa?

NATHAN.—¿La bolsa?

AL-HAFI.—Bueno, el dinero que le vais a adelantar.

NATHAN.—Y ¿no es más que eso?

AL-HAFI.—¡No faltaría más sino que presenciara yo cómo os merma, día a día, hasta las uñas de los pies! ¡No faltaría más sino que presenciara yo cómo el despilfarro toma de prestado, y toma y toma, de los graneros nunca vacíos de la sabia clemencia, hasta que los mismísimos ratones del fondo se mueran de hambre! ¿Os imagináis acaso que quien necesita vuestro dinero seguirá también vuestros consejos? Sí, ¡seguir consejos él! ¿Cuándo aceptó consejos Saladino? Mira lo que me acaba de pasar con él, Nathan, y verás.

NATHAN.—Veamos.

AL-HAFI.—Voy hace un rato adonde él en el preciso momento en que acaba de jugar al ajedrez con su hermana. Sita no juega mal, y la partida que creyera y diera por perdida Saladino, estaba aún allí tal cual la dejaran. Conque echo un vistazo, y veo que la partida no está perdida ni mucho menos.

NATHAN.—¡Oye, eso fue un hallazgo para ti!

AL-HAFI.—Ante el jaque de ella, no tenía más que avanzar el rey hasta el peón ¡Si pudiera mostrároslo tal cual!

NATHAN.—¡Oh, me fío de ti!

AL-HAFI.—Porque así quedaba la torre con campo libre, y ella estaba perdida. Bueno, pues quiero indicarle todo esto y lo llamo. ¡Imagínate!...

NATHAN.—¿No opina como tú?

AL-HAFI.—No me hace ningún caso, y desbarata despectivamente todo el juego.

NATHAN.—¿Será posible?

AL-HAFI.—Y dice querer que le den el mate ya de una; ¡que quiere!
¿Eso es jugar?

NATHAN.—Pues, no mucho; eso es jugar con el juego.

AL-HAFI.—Y no creas que se jugaban calderilla.

NATHAN.—¡El dinero va y viene! Eso es lo de menos. Pero ¡no escucharte a ti nada! ¡No oírte siquiera en punto de tal importancia! ¡No admirar tu aguileña mirada! ¡Eso, eso está pidiendo venganza! ¿No?

AL-HAFI.—¡Calla, hombre! No os lo digo más que por que veáis qué clase de cabeza es. En una palabra, yo, yo no aguanto más con él. Ve por ahí haciendo el recorrido de las casas de todos los sucios moros y preguntando a ver quién le quiere prestar. Yo, que nunca mendigué por mí, tengo que pedir prestado por otros. Pedir prestado no es mucho mejor que mendigar; igual que prestar, prestar con usura, no es mucho mejor que robar. Entre mis guebres, junto al Ganges, no tengo necesidad ni de lo uno ni de lo otro, ni tengo necesidad de ser el instrumento de los unos y de los otros. Junto al Ganges, junto al Ganges, no hay más que hombres. Aquí sois vos el único que sería todavía digno de vivir junto al Ganges. ¿Os venís conmigo? Dejadlo plantado de una con la baratija que tanto le da que hacer. Paso a paso os llevará a la ruina. Así se acabaría de golpe esa lata. Voy a procuraros una túnica. ¡Veníos, veníos!

NATHAN.—Siempre nos quedaría esa salida, digo yo. Sin embargo, Al-Hafi, quiero pensármelo. Espera...

AL-HAFI.—¿Pensártelo? No, una cosa así no se la piensa uno.

NATHAN.—Sólo hasta que vuelva de ver al Sultán; hasta que me despida...

AL-HAFI.—El que se lo piensa es que busca motivos para zafarse de tener que hacerlo. Quien no es capaz de decidirse de golpe y porrazo a vivir para sí mismo, ése vivirá por siempre como

esclavo de otros. ¡Como queráis! ¡Que lo paséis bien! ¡Como os plazca! Mi camino es éste; el vuestro aquél.

NATHAN.—¡Al-Hafi! Pero, antes te ocuparás por ti mismo de tus cosas, ¿no?

AL-HAFI.—¡Qué chiste! El saldo de mi caja no tiene importancia, y de mis deudas os hacéis cargo vos o Sita. ¡Pasadlo bien! (Se va.)

NATHAN.— (*Siguiéndolo con la mirada.*) ¡Me encargo yo! Salvaje, bueno, noble ¿cómo llamarlo? ¡Pero, única y exclusivamente, el verdadero mendigo es el verdadero rey!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

(Escenario: En casa de NATHAN)

REHA y DAYA

REHA.—¿Qué dijo exactamente mi padre: «que puedo esperarle de un instante a otro»? Eso suena como si fuera a presentarse cuanto antes, ¿no es cierto? Pero ¡cuántos instantes han transcurrido ya! Mas ¿para qué pensar en los ya pasados? Yo quiero vivir sólo en cada uno de los próximos instantes. Ya arribará el instante que lo traiga aquí.

DAYA.—¡Maldito mensaje del Sultán! Si no, seguro que Nathan se lo trae aquí enseguida.

REHA.—Y cuando llegue ese instante, cuando se cumpla finalmente el más cálido e íntimo de mis deseos, entonces, ¿qué? Entonces, ¿qué?

DAYA.—¿Entonces qué? Entonces espero que llegue también el cumplimiento de mi más cálido deseo.

REHA.—¿Qué ocupará entonces su lugar en mi pecho que no sabe dilatarse sin un deseo que predomine sobre todos los demás deseos? ¿Nada? ¡Ay, me horrorizo!

DAYA.—Mi deseo, mi deseo ocupará entonces el lugar del deseo cumplido; el mío. El de saberte en Europa, en manos dignas de ti.

REHA.—Te equivocas. Lo mismo que hace que sea ése tu deseo, impide que pueda ser alguna vez el mío. A ti te atrae tu patria, y ¿no tendría que retenerme a mí la mía? ¿Iba a tener más poder

una imagen de tu patria, aún no borrada de tu alma, que las imágenes de la mía, que puedo ver, tocar y oír yo misma?

DAYA.—¡Oponete cuanto quieras! Los caminos del Cielo son los caminos del Cielo. ¿Y si tu salvador [mismo] fuera aquél por cuya mano su Dios, el Dios por quien él combate, quisiera conducirte a la tierra, al pueblo para quienes naciste?

REHA.—¡Daya querida! ¡Dale otra vez con lo mismo! ¡Verdaderamente tienes ideas peregrinas! «¡Su Dios, su Dios! ¡Por quien él combate!» ¿Es propiedad de alguien, Dios? ¿Qué Dios es ése del que se apropia el hombre, y que ha de hacer que combatan por Él? Y ¿cómo saber *para* qué terruño naciste, cuando no se trata del mismo terruño *en* que naciste? ¡Si mi padre te oyera decir eso! ¿Qué te ha hecho para que no pierdas ocasión de crearme la falsa apariencia de que mi felicidad está lo más lejos posible de él? ¿Qué te ha hecho para que te guste tanto mezclar la semilla de la razón que bien pura esparciera él por mi alma, con la cizaña, o las flores, de tu tierra? Querida Daya, querida Daya, ¡él no quiere en mi suelo tus variopintas flores! ¡Y yo misma tengo que decirte que con tus flores siento agotado y consumido mi suelo, por más bellamente que lo vistan; que me siento tan aturdida, tan estafada con su aroma, con su agridulce aroma! Tu cerebro está más acostumbrado a él. Por eso no censuro a los nervios más fuertes, que pueden soportarlo. Pero a mi no me va; y tu ángel, ¿no estuvo ya a punto de volverme loca? ¡Aún me avergüenzo de la farsa que hicimos ante mi padre!

DAYA. ¡Farsa! ¡Como si la inteligencia fuera sólo patrimonio de ellos!
¡Farsa, farsa! ¡Si pudiera hablar yo, verías!

REHA.—¿Que no puedes? ¿No fui yo acaso toda oídos siempre que te dio por instruirme acerca de los héroes de tu fe? ¿No rendí siempre tributo de admiración a sus hazañas y derramé lágrimas por sus sufrimientos? Verdad es que nunca me pareció ser en ellos lo más heroico su fe. Sin embargo, tanto más consoladora

me resultaba su doctrina de que nuestra sumisión a Dios no depende en absoluto de nuestras ilusiones sobre Dios. Daya querida: Esto es lo que nos dijo mi padre tantas veces, en esto estuviste de acuerdo tú misma con él, bien a menudo; ¿por qué desacreditas por tu cuenta lo que construiste junto con él? Querida Daya: Ésta no es la conversación más adecuada para esperar a nuestro amigo. Bueno, ¡para mí, sí! Porque a mí, a mí me interesa inmensamente saber si también él... ¡Escucha Daya! ¿No se acerca alguien a la puerta? ¡Si fuera él! ¡Escucha!

ESCENA SEGUNDA

REHA. DAYA y el TEMPLARIO, a quien alguien abre desde afuera la puerta, diciendo:

¡Por aquí!

REHA.— (*Se sobresalta, se serena y quiere arrojarse a sus pies.*)
¡Es él! Mi salvador, ¡ah!

TEMPLARIO.—Para evitar esto precisamente quise aparecer tan tarde; y con todo

REHA.—A los pies de este hombre orgulloso, yo no quiero más que dar gracias a Dios; no al hombre. El hombre no quiere que se las den, como tampoco las quiere el cubo del agua que tan activo se mostrara extinguiendo el fuego. Se dejaba llenar de agua, dejaba que lo vaciaran, sin más ni más: lo mismo el hombre. A éste también lo metían en las llamas; conque tropiezo por casualidad con su brazo; conque por casualidad, cual chispa prendida en su capa, así quedo yo en sus brazos; hasta que no se sabe qué nos arroja de nuevo, a los dos, fuera de las llamas. ¿Qué hay de agradecer en ello? En Europa el vino empuja a acciones aún mucho más raras. Los templarios son gente que han de actuar así; mejor aún que perros amaestrados, tienen que sacar de donde se tercie: del fuego o del agua.

TEMPLARIO.—(*Que la observa todo el tiempo con asombro e inquietud.*) ¡Oh Daya, Daya! Si en momentos de aflicción y melancolía te traté con aspereza, ¿por qué llevarle el soplo de todas las locuras que se me escapaban de la lengua? ¡Eso es

vengarse con un exceso de susceptibilidad, Daya! Pase, si desde ahora quieres representarme mejor cabe ella.

DAYA.—Creo, caballero, que estos pequeños dardicos arrojados a vuestro corazón, mucho daño no os han hecho.

REHA.—Así que ¿estabais afligido? Y con vuestra aflicción ¿fuisteis más avaro aún que con vuestra vida?

TEMPLARIO.—¡Buena y encantadora criatura! ¡Cómo se me parte el alma entre los ojos y los oídos! Ésta no es la muchacha que saqué yo del fuego, ésta no es, que no, que no. Pues ¿quién no la sacara del fuego, conociéndola? ¿Quién hubiera esperado a que llegara yo? La verdad es que el terror desfigura.

(Pausa, durante la cual, contemplándola, está él como perdido.)

REHA.—Pues yo os encuentro igual todavía.

(Sigue lo mismo; hasta que prosigue ella y lo saca de su asombro.)

Bien, caballero; supongo que nos diréis dónde estuvisteis tanto tiempo. Casi podría preguntar también dónde estáis ahora.

TEMPLARIO.Estoy, donde tal vez no debería estar.

REHA.—¿Dónde estuvisteis? ¿También donde tal vez no deberíais haber estado? Eso no está bien.

TEMPLARIO.—En el... en el ¿cómo se llama ese monte? En el Sinaí.

REHA.—¿En el Sinaí? ¡Qué bien! ¡Por fin voy a saber de buena fuente si es verdad que...!

TEMPLARIO.—¿Qué, qué, si es cierto que aún puede verse allí el mismísimo lugar donde estuvo Moisés ante Dios, como...?

REHA.—No, eso no. Porque dondequiera que estuviese, estaba ante Dios. De eso también sé yo algo. De vos quisiera saber si es cierto que subir a ese monte cuesta mucho menos que bajar. Porque, ¡mirad que he subido montañas y siempre me sucedió lo contrario! ¿Bien, caballero? ¿Cómo? ¿Os apartáis de mí? ¿No queréis verme?

TEMPLARIO.—Es que quiero oíros.

REHA.—Es que no queréis que note que sonreís por mi simpleza, que sonreís de ver que no tengo nada más importante que preguntaros sobre el monte más santo de todos los montes, ¿verdad que sí?

TEMPLARIO.—Bueno, tendré que volver a miraros a los ojos. ¡Ah!, ¿los bajáis ahora? ¿Ahora contenéis vos la sonrisa? Cuando no busco más que leer en los gestos, en gestos ambiguos, lo que os oigo decir con tanta claridad, lo que me decís tan perceptiblemente ¿os calláis? ¡Ah Reha, Reha! ¡Cuánta razón tenía él al decir: «conocedla y veréis»!

REHA.—¿Quién lo ha dicho? ¿De quién? ¿Os han dicho eso?

TEMPLARIO.—«Conocedla y veréis», me dijo vuestro padre refiriéndose a vos.

DAYA.—¿Y acaso no lo dije yo también, yo también?

TEMPLARIO.—Pero ¿dónde está, dónde está, pues, vuestro padre? ¿Está aún con el Sultán?

REHA.—Sin duda.

TEMPLARIO.—¿Allí aún, aún? ¡Olvidadizo de mí! No, no; no creo que esté ya allí. Estará allá abajo, esperándome junto al monasterio, seguro. Quedamos así cuando nos despedimos. ¡Con permiso! Me voy a recogerlo...

DAYA.—Eso es cosa mía. Quedaos, caballero, quedaos. Lo traigo yo sin dilación.

TEMPLARIO.—¡De ningún modo, de ningún modo! Me está esperando a mí personalmente, no a vos.

Además, no me extrañaría... ¿quién sabe?... no me extrañaría que con el Sultán... ¡vos no conocéis al Sultán!... que se hubiera visto en apuros. Creedme, se corre peligro si no voy yo.

REHA.—¿Peligro? ¿Qué peligro?

TEMPLARIO.—Corro peligro yo, vos, él, si no voy a escape, a escape.
(*Hace mutis.*)

ESCENA TERCERA

REHA y DAYA

REHA.—¿Qué es eso, Daya? ¿Tan de repente? ¿Qué le ocurre?
¿Qué le habrá chocado? ¿Qué lo persigue?

DAYA.—Dejadlo, dejadlo. Creo que no es mala señal.

REHA.—¿Señal? Pero ¿de qué?

DAYA.—De que algo va haciendo su marcha por dentro. Algo se está
cociendo, y no conviene que [de hervir] se salga. Vos dejadlo.
Ahora os toca a vos.

REHA.—¿Qué me toca a mí? Tú me resultas igual de incomprensible
que él.

DAYA.—Bien pronto os podréis desquitar de todo el desasosiego que
os ha dado. Pero que no os dé por ser demasiado severa,
demasiado vengativa.

REHA.—Tú sabrás de qué estás hablando.

DAYA.—Entonces, ¿ya estáis otra vez tranquila?

REHA.—Lo estoy, sí, lo estoy.

DAYA.—Por lo menos admitid que disfrutáis viéndolo desasosegado
y que debéis a su desasosiego el estar vos gozando de
tranquilidad.

REHA.—¡Completamente sin querer! Porque lo más que podría
concederte sería que a mí a mí misma, me extraña que pueda
seguir de repente en mi corazón, a semejante tormenta, una tal
calma. Todo su aspecto, su conversación, su hacer me ha...

DAYA.—¿Saciado ya?

REHA.—Saciado, yo no diría saciado, no, ni mucho menos.

DAYA.—Te ha aplacado sólo el hambre convulsiva.

REHA.—Bueno, si quieres decirlo así.

DAYA.—Ah, yo no.

REHA.—Lo apreciaré eternamente; lo seguiré apreciando más que a mi vida, eternamente, aunque ya no se me altere el pulso sólo con la mención de su nombre, aunque no sean más acelerados y fuertes los latidos de mi corazón cada vez que piense en él. Pero ¿qué cháchara es ésta? Ven, ven, Daya querida, ven a la ventana. Mira allá a las palmeras.

DAYA.—Pues duda no cabe de que el hambre convulsiva no está aplacada del todo.

REHA.—Ahora volveré a mirar otra vez las palmeras, y no sólo a él paseando bajo las palmeras.

DAYA.—Esa frialdad no es más que el comienzo de otra fiebre.

REHA.—¿Qué frialdad? Yo no estoy fría. Lo que pasa es que no miro menos a gusto lo que miro con tranquilidad.

ESCENA CUARTA

(Escenario: Sala de audiencias del palacio de SALADINO)

SALADINO y SITA

SALADINO.— *(Entrando y hablando en dirección a la puerta.)* Apenas llegue el judío, hacedlo pasar. No parece que se dé mucha prisa.

SITA.—Tampoco estaba ahí a la mano, que se pudiera dar con él enseguida.

SALADINO.—¡Hermana, hermana!

SITA.—Estás como si fueras a entrar en combate.

SALADINO.—Y con armas que no aprendí a manejar. He de disimular; he de inquietar; he de tender trampas; he de conducir a terreno resbaladizo. ¿Cuándo he sabido hacer eso yo? ¿Dónde pude aprenderlo? Ah, y ¿para qué he de hacer todo eso, para qué? Para pescar dinero, ¡dinero! Para arrancarle dinero a un judío, atemorizándolo; dinero, ¡dinero! ¿Me habrá traído finalmente a estas pequeñas astucias la necesidad de procurarme la menor de las minucias?

SITA.—No hay minucia que, desdeñada en demasía, no se vengue, hermano.

SALADINO.—Es verdad, por desgracia. ¿Y si ese judío fuera el hombre bueno y razonable que te describió antes el DERVICHE?

SITA.—¡Ah, pues entonces no hará falta nada de eso! El lazo se le tiende al judío avaro, receloso, medroso, no al hombre bueno, al hombre sabio. Que éste ya es nuestro, sin necesidad de lazo. El placer de escuchar cómo se excusa un hombre así; la fuerza

osada con que, sin rodeos, corta de un tajo el lazo, o bien sortea con astuta precaución las redes que a su paso encuentra, ese placer se te da por añadidura.

SALADINO.—Sí, eso es verdad. Por cierto que me alegro de ello.

SITA.—Luego ya no hay nada que pueda desconcertarte. Porque si es uno más del montón, si es un judío como otro, ¿no te vas a avergonzar de aparecer a sus ojos tal como él se imagina a todos los demás hombres! Antes bien, mostrarse mejor a sus ojos, es mostrársele como estúpido, como loco.

SALADINO.—Así que ¿es preciso obrar mal para que el malo no piense mal de mí?

SITA.—¡Ciertamente! Si obrar mal para ti es utilizar cada cosa ateniéndose a su índole.

SALADINO.—¡Qué inventará una cabeza de fémina que no sepa aderezar!

SITA.—¡Aderezar!

SALADINO.—¡Lo que me temo es que lo fino y alambicado se me quiebra entre estas toscas manos! Esas cosas hay que ejecutarlas tal como se las imaginó: con zorrería, con soltura. ¡Por supuesto que es posible, es posible! Yo bailo como puedo, y por cierto preferiría bailar peor que mejor.

SITA.—¡Tampoco has de tener tan poquita confianza en ti! ¡Yo te respondo de ti! Vamos, si quieres. Porque a los hombres como tú les gustaría convencernos a nosotras las mujeres de que es con la espada, sólo con la espada, como han llegado tan adelante. Ciertamente, el león se avergüenza de cazar con la zorra: pero se avergüenza de la zorra, no de la astucia.

SALADINO.—¡Cómo disfrutarían las féminas teniéndonos a los hombres a su nivel! ¡Anda ya, ve! Creo que me sé la lección.

SITA.—¿Cómo? ¿Que me vaya?

SALADINO.—¡No querrás quedarte!

SITA.—Quedarme, quedarme, no...; poder veros pero aquí en el cuarto de al lado.

SALADINO.—¿Para oír? No, tampoco, hermana; si he de salir airoso. ¡Vete, vete, que se mueve la cortina, que llega! ¡Digo que no te quedes ahí! Iré a ver.

(Mientras se aleja ella por una puerta, entra NATHAN por la otra, y SALADINO se ha sentado.)

ESCENA QUINTA

SALADINO y NATHAN

SALADINO.—¡Acércate, judío! ¡Más cerca! ¡Del todo, del todo! ¡Y sin miedo!

NATHAN.—¡El miedo se lo cedo a tu enemigo!

SALADINO.—¿Te llamas Nathan?

NATHAN.—Sí.

SALADINO.—¿Nathan el sabio?

NATHAN.—No.

SALADINO.—Bueno, no te lo llamas tú, te lo dice el pueblo.

NATHAN.—Puede ser. ¡El pueblo!

SALADINO.—¡No creerás que tengo una opinión despectiva de la voz del pueblo! Hace mucho tiempo que deseo conocer al hombre que aquél llama el sabio.

NATHAN.—¿Y si lo llamara así en son de burla; si, al decir sabio, no quisiera decir más que prudente y no llamara prudente más que a quien sabe bien lo que le conviene?

SALADINO.—¿Te refieres a lo que le conviene verdaderamente?

NATHAN.—En ese caso, el más interesado sería el más prudente. Así, prudente y sabio sí que sería lo mismo.

SALADINO.—Veo que pruebas lo que quieres impugnar. Lo que conviene verdaderamente al hombre, el pueblo no lo conoce, pero tú sí. Al menos, procuraste conocerlo; meditaste sobre ello: sólo esto hace ya al sabio, también.

NATHAN.—Al que se imagina ser cada uno.

SALADINO.—Bueno, ¡dejémonos de modestia! Porque estarse escuchándola todo el tiempo, cuando lo que uno espera es razón a secas, causa fastidio. (*Salta del asiento.*) ¡Vayamos al asunto! Pero, pero ¡con sinceridad, judío, con sinceridad!

NATHAN.—Sultán, te aseguro que mi deseo es servirte de tal modo que pueda seguir siendo digno de tu clientela.

SALADINO.—¿Servirme? ¿Cómo?

NATHAN.—Para ti será lo mejor de lo mejor de todo; y al mejor precio.

SALADINO.—¿De qué hablas? ¡No será de tus mercancías! Chalanear, eso ya lo hará contigo mi hermana. (¡Esto para la fisgona!) Yo no tengo nada que hacer con el comerciante.

NATHAN.—Pues entonces lo que querrás sin duda es enterarte de lo que pude observar, o encontrar, de camino, tocante al enemigo, que, por lo demás, empieza a hacerse sentir otra vez. Yo, si con toda franqueza...

SALADINO.—La contribución que de ti espero, tampoco es precisamente ésa. De ello ya sé cuanto me hace falta. En una palabra;

NATHAN.—Mándame, Sultán.

SALADINO.—Solicito tus enseñanzas en otro terreno muy distinto, muy distinto. Puesto que eres tan sabio, a ver si me dices ¿cuál es la fe, cuál es la ley que te ha iluminado más?

NATHAN.—Sultán, ¡yo soy judío!

SALADINO.—Y yo musulmán. El cristiano está entre nosotros. Sólo una de estas tres religiones puede ser la verdadera. Un hombre como tú no puede quedarse en el sitio donde lo arrojara la casualidad del nacimiento; o, si se queda, lo hace porque ha examinado, razonado y escogido lo mejor. Pues bien, hazme participe de tu entendimiento. Dime las razones a cuya cavilación no tuve yo tiempo de entregarme. Dame a conocer por supuesto

en confianza... la elección que determina dichas razones, para poderlas hacer yo más. ¿Cómo? ¿Te sorprendes? ¿Me sopesas a ojo? Bien pudiera ser yo el primer Sultán que da en tal capricho, que, por lo demás, tampoco me parece tan indigno de un Sultán. ¿No es cierto? ¡Así que habla, pues: di! A no ser que quieras un momento para reflexionar. Bien, te lo doy. (¿Estará escuchando ella? Voy a acecharla. A ver si me dice que lo he hecho bien.) ¡Medítalo, medítalo deprisa! No tardo en volver. (*Se va al cuarto de al lado, a donde se dirigiera SITA.*)

ESCENA SEXTA

NATHAN (*a solas*) ¡Ejem, ejem! ¡Curioso! ¿En qué estoy metido? ¿Qué quiere el Sultán, qué quiere? Vengo preparado para una cuestión de dinero y resulta que quiere verdad. ¡Verdad! Y la quiere tal, tan contante y sonante, tan reluciente ¡como si la verdad fuera una moneda! Por supuesto, ¡si fuera una de esas monedas antiguas que se sopesaba a mano! ¡Aún! Pero una de esas nuevas monedas, hechas por mera acuñación, que sólo sirven para pagar en mostrador; una moneda así no es la verdad, ¡seguro que no! ¿De modo que la verdad se embolsaría en la cabeza igual que el dinero en la bolsa? Entonces, ¿quién es aquí el judío: yo o él? Por lo demás, ¿por qué no tendría que pedir él de veras la verdad? ¡Verdaderamente, verdaderamente, la sospecha de que esté utilizando la verdad como trampa, también sería demasiado pequeña! ¿Demasiado pequeña? ¿Hay algo demasiado pequeño para un grande? Eso es, eso es: ¡irrumpió en la casa empujando puertas! Cuando se llega como amigo, sin embargo, se llama a la puerta y se escucha antes. ¡Tengo que ir con cuidado! Mas ¿cómo? ¿Cómo hacerlo? Tampoco es cosa de ponerse a hacer el judío de pura cepa. Y no conducirse en absoluto como judío, menos aún. Porque si no soy judío de uno u otro tipo, podría preguntarme luego por qué no ser musulmán. ¡Ya está! ¡Esto puede salvarme! No sólo a los niños se les alimenta con cuentos. Ya viene. ¡Venga pues!

ESCENA SÉPTIMA

SALADINO y NATHAN

SALADINO.—(¡Aquí tenemos despejado el campo!) ¿No vuelvo demasiado pronto para ti? Ya has acabado con tu meditación. ¡Ea pues, habla! No nos oye un alma.

NATHAN.—Y aunque nos oyera el mundo entero.

SALADINO.—¿Tan seguro está Nathan? ¡Ah, a eso llamo yo un sabio! ¡A quien nunca encubre la verdad, a quien se lo juega todo por ella, cuerpo y vida, hacienda y sangre!

NATHAN.—¡Sí! ¡Sí, cuando es necesario y conveniente!

SALADINO.—De ahora en adelante me cabe esperar que uno de mis títulos el de mejorador del mundo y de la ley, lo llevaré con razón.

NATHAN.—¡Bonito título, por cierto! Mas, Sultán, antes de confiarme enteramente a ti, permíteme que te cuente una historieta.

SALADINO.—¿Por qué no? Siempre fui amigo de historietas bien contadas.

NATHAN.—Sí, pero contar *bien* no es lo que se me da precisamente.

SALADINO.—¿Otra vez con la modestia orgullosa? ¡Venga! ¡Cuenta, cuenta!

NATHAN.—Luengos años ha, vivía en Oriente un varón que poseía un anillo de valor incalculable, de mano amada recibido. Era la piedra un opal que reflejaba cien bellos colores y tenía la fuerza secreta de hacer acepto a los ojos de Dios y de los hombres a quien la llevara con esa confianza. ¿Quién se extrañará de que

ese varón de Oriente no quisiera dejar de llevarla nunca en su dedo, y de que tomara la disposición de conservarla eternamente en su casa? A saber, del siguiente modo. Dejó el anillo al predilecto de sus hijos, estableciendo que éste, a su vez, lo legara al que fuese su hijo predilecto, y que el predilecto, sin tomar en cuenta el nacimiento, se convirtiera siempre, sólo en virtud del anillo, en cabeza y príncipe de la casa. Entiéndeme, Sultán.

SALADINO.—Te entiendo. ¡Prosigue!

NATHAN.—Y así, de hijo en hijo, llegó finalmente el anillo a un padre que tenía tres hijos, los cuales le eran igualmente obedientes y en consecuencia no podía menos de quererlos igual a los tres. Lo que sucedía es que unas veces le parecía más digno del anillo el uno, otras el otro o bien el tercero según se encontraba a solas con él cada uno y no participaban los otros dos de los desahogos de su corazón; conque tuvo la piadosa debilidad de prometer el anillo a cada uno de ellos. Y así fueron yendo las cosas. Pero, claro, llegó la hora de la muerte, y el bueno del padre cae en perplejidad. Le duele ofender a dos de sus hijos, confiados en su palabra. ¿Qué hacer? Manda en secreto que encarguen a un artista fabricar otros dos anillos tomando como muestra el suyo, ordenando que no se repare ni en precio ni en esfuerzos para conseguirlos iguales, completamente iguales. Lo consigue el artista. Cuando le lleva los anillos, ni el padre mismo puede distinguir el original. Satisfecho y contento llama a sus hijos, aparte a cada uno; da su particular bendición a cada uno y su anillo y se muere. Estás oyendo, ¿no, Sultán?

SALADINO.— (*Que, emocionado, se aparta de él.*) ¡Oigo, oigo! Pero acaba pronto con tu fábula. ¿Queda mucho?

NATHAN.—Ya he acabado. Pues lo que sigue se entiende de suyo. Apenas muerto el padre, viene cada uno con su anillo y quiere ser el príncipe de la casa. Se investiga, se disputa, se demanda. Inútil; imposible demostrar cuál es el verdadero anillo.

(Luego de una pausa en que espera la respuesta del SULTÁN.)

Casi tan indemostrable como nos resulta ser la fe verdadera.

SALADINO.—¿Cómo? ¿Esa sería la respuesta a la pregunta que hice?...

NATHAN.—Basta para disculparme de no atreverme a distinguir entre los anillos que hizo fabricar el padre con intención de que no se les distinguiera.

SALADINO.—¡Los anillos! ¡No juegues conmigo! Las religiones que te indiqué, bien que se las puede distinguir. ¡Hasta por el vestido, hasta por la comida y la bebida!

NATHAN.—Pero no precisamente por razón de sus respectivos fundamentos. Porque, ¿no se basan las tres en la historia? ¡Escrita, u oralmente transmitida, [es lo mismo]! Y la historia, ¿no hay que aceptarla acaso solamente por confianza y fe? ¿No? Bueno; pues ¿cuál es la confianza y la fe de que duda uno menos? ¿No es la de los suyos, no es la de aquéllos cuya sangre llevamos, la de aquéllos que desde nuestra infancia nos dieron pruebas de su amor y no nos engañaron nunca, más que cuando, para nosotros, resultaba saludable ser engañados? ¿Cómo es posible que crea yo a mis padres menos que tú a los tuyos? O al revés. ¿Puedo yo exigirte que desmientas las mentiras de tus antepasados para que no contradigan a las de los míos? O al revés. Lo mismo vale de los cristianos. ¿No?

SALADINO.—(¡Por el Sumo Viviente! Este hombre tiene razón. Callarme me toca.)

NATHAN.—Volvamos a nuestros anillos. Lo dicho: los hijos se querellaron y cada cual juró ante el juez haber recibido el anillo directamente de manos de su padre. ¡Cosa que era verdad! Y ello luego de haber recibido del mismo con anterioridad la promesa de gozar un día del privilegio del anillo. ¡Cosa que no era menos verdad! El padre, protestaba cada uno, no pudo haber sido falso con él; y, antes de recelar tal cosa del mismo, de padre tan querido, antes de eso, dice que no le queda más remedio

que tachar de juego sucio a sus hermanos por más inclinado que esté a no creer de sus hermanos sino lo mejor y dice que quiere descubrir a los traidores y vengarse.

SALADINO.—Y ¿qué hizo el juez entonces? Me acucia el deseo de oír qué pones en la boca del juez. ¡Sigue!

NATHAN.—El juez dijo: Como no me traigáis aquí sin más dilación a vuestro padre, os expulso de mi tribunal. ¿Os habéis creído que estoy aquí para resolver acertijos? ¿O es que estáis aguardando hasta que el verdadero anillo diga esta boca es mía? Pero ¡un momento! Me dicen que el anillo auténtico posee la fuerza maravillosa de hacer bienquisto: acepto a Dios y a los hombres. ¡Sea esto lo que decida! Porque los anillos falsos no tendrán este poder en efecto. Veamos; ¿quién de vosotros es el más amado de los otros dos? Venga, ¡declaradlo! ¿Calláis? ¿Que los anillos sólo actúan hacia atrás y no actúan hacia afuera? ¿Que cada uno de vosotros, a quien más ama es a sí mismo? ¡Oh; luego los tres sois estafadores estafados! Ninguno de los tres anillos es auténtico. Seguramente se perdió el auténtico, y el padre mandó hacer tres en vez de uno para ocultar la pérdida, para repararla.

SALADINO.—¡Soberbio, soberbio!

NATHAN.—Así pues, prosiguió el juez, si preferís mi sentencia a mi consejo, ¡marchaos! Mi consejo, empero, es éste: Tomad la cosa como os la encontráis. Cada cual recibió del padre su anillo, pues crea cada cual con seguridad que su anillo es el auténtico. Otra posibilidad cabe: ¡que no haya querido tolerar ya en adelante el padre en su propia casa, la tiranía del anillo único! Y una cosa es segura: que os amaba a los tres, y os amaba igual, por cuanto no quiso postergar a los dos para favorecer a uno. ¡Pues bien! ¡Imite cada cual el ejemplo de su amor incorruptible libre de prejuicios! ¡Esfuércese a porfía cada uno de vosotros por manifestar la fuerza de la piedra de su anillo! ¡Venga en nuestra ayuda esa fuerza, con dulzura, con cordial tolerancia, con buen

obrar, con la más íntima sumisión a Dios! Y cuando luego, en los hijos de vuestros hijos, se manifiesten hacia afuera las fuerzas de las piedras, para aquel entonces, dentro de miles de años, os cito de nuevo ante este tribunal. Entonces se sentará en esta silla un hombre más sabio que yo, y hablará. ¡Marchaos! Esto es lo que dijo aquel juez modesto.

SALADINO.—¡Dios, Dios!

NATHAN.—Saladino, si te sientes ese hombre sabio prometido:...

SALADINO.— (*Que se abalanza sobre él y le coge la mano que no soltará hasta el final.*) ¿Yo, mero polvo? ¿Yo, pura nada? ¡Oh, Dios!

NATHAN.—¿Qué te pasa, Sultán?

SALADINO.—¡Nathan, querido Nathan! Los miles y miles de años de tu juez, no han pasado todavía. Su tribunal no es el mío. ¡Vete! ¡Vete! Pero sé amigo mío.

NATHAN.—¿Y no tenía nada más que decirme Saladino?

SALADINO.—Nada.

NATHAN.—¿Nada?

SALADINO.—Absolutamente nada. ¿Por qué?

NATHAN.—Me hubiera gustado tener también ocasión de hacerte un ruego.

SALADINO.—¿Necesitas tener ocasión para hacerme un ruego? ¡Di!

NATHAN.—Acabo de llegar de un largo viaje en que ingresé deudas. Casi tengo demasiado efectivo. Los tiempos se ponen otra vez delicados; y no acierto a ver dónde colocar en seguro. Así que se me ha ocurrido que tú a lo mejor como la proximidad de una guerra requiere tanto dinero pudieras necesitar algo.

SALADINO.— (*Mirándolo fijo a los ojos.*) ¡Nathan! No quiero preguntarte si Al-Hafi se ha visto contigo; no quiero averiguar si es un recelo lo que te empuja a hacerme espontáneamente este ofrecimiento:...

NATHAN.—¿Un recelo?

SALADINO.—Me lo merezco. ¡Perdona!, pues ¿de qué sirve? Sólo tengo que confesarte que tenía la intención de...

NATHAN.—¿No será de solicitar de mí eso mismo?

SALADINO.—Pues sí.

NATHAN.—¡Entonces a los dos nos viene bien! Pero toda mi liquidez no te la puedo enviar; causante es el joven templario. Tú lo conoces. Aún he de pagarle antes un gran servicio.

SALADINO.—¿Templario? ¿No irás a apoyar con tus dineros también a mis peores enemigos?

NATHAN.—Me refiero sólo a ése a quien perdonaste la vida...

SALADINO.—¡Ah, ya me lo recuerdas! ¡Me había olvidado completamente de ese joven! ¿Lo conoces? ¿Dónde está?

NATHAN.—¿Cómo? ¿De modo que no estás enterado de que la gracia que con él ejerciste ha redundado en mí por su medio? Él mismo, arriesgando la vida que tú le diste, salvó del fuego a mi hija.

SALADINO.—¿Él? ¿Eso ha hecho? ¡Ah! Lo decía su aspecto. ¡Mi hermano, a quien tanto se parece, seguro que también lo hubiera hecho! Entonces, ¿está aún por ahí? ¡Ves y tráelo! ¡A mi hermana le he hablado tanto de este hermano que no conoció, que tengo que hacerle ver también su parecido! ¡Ve a por él! ¡Hay que ver cómo, de una buena acción, aunque la haya alumbrado incluso una mera pasión, fluyen no obstante tantas otras acciones buenas! ¡Ve a por él!

NATHAN.— (*Soltando la mano de Saladino.*) ¡Al instante! Y de lo otro, ¿quedamos en lo acordado? (*Mutis.*)

SALADINO.—¡Ah, y no haber dejado que escuchara mi hermana! ¡Voy a verla, voy a verla! Porque, ¿cómo voy a contarle ahora todo esto? (*Sale por la otra puerta.*)

ESCENA OCTAVA

(Escenario: bajo las palmeras, en los alrededores del convento, donde el TEMPLARIO espera a NATHAN)

TEMPLARIO.— (Yendo arriba y abajo, en lucha consigo mismo hasta que estalla.) Aquí se detiene, fatigada, la víctima. ¡Bien, pues! Yo no puedo, no puedo acabar de saber qué me está pasando, no puedo barruntar lo que va a ocurrir. Ya está bien; ¡huí en vano!, en vano. Pero ¿podía hacer otra cosa que huir? ¡Pues que pase lo que tenga que pasar! Demasiado rápido cayó el golpe, para esquivarlo; largamente y mucho me resistí a exponerme a él Verla, ver a quien tan poco deseoso estaba de ver, verla, y decidir no perderla más de vista. ¿Qué digo decidir? Decisión es propósito, acción: y yo, yo sufro, yo me limito a sufrir. Verla, y sentir que estaba trabado con ella, entretejido con ella, fue todo uno. Sigue siendo todo uno. Vivir separado de ella me resulta inconcebible en absoluto; sería mi muerte, e incluso allá donde estemos al morir, allí también sería mi muerte. Ahora, si esto es amor no cabe duda de que el templario ama, no cabe duda de que el cristiano ama a la muchacha judía. ¡Ejem! ¿Qué se le va a hacer? En la tierra de promisión, ¡y también por eso me es *prometida* para siempre! Ya dejé caer más de un prejuicio. Además, ¿qué quiere mi Orden? Como templario yo estoy muerto; estoy muerto para la Orden desde el mismo instante en que Saladino me hizo su prisionero. La cabeza que me regaló Saladino ¿es la que tenía yo antes? Es otra, que no sabe nada de todo lo que metieron con charlatanerías en la anterior, de lo

que ataba a aquélla. Y es mejor, más hecha para el Cielo paterno. Ya lo voy notando. Porque con ella estoy empezando a pensar tal como tuvo que haber pensado mi padre aquí, si no es que me vinieron con mentiras contándome cuentos sobre él. ¿Cuentos? Pero nada increíbles, que nunca me parecieron más creíbles que ahora, cuando estoy corriendo el peligro de dar un traspie en el mismo lugar en que él cayera. ¿Cayera? Prefiero caer con hombres que estar de pie con niños. Su ejemplo es para mí garantía de su aprobación. ¿Y qué otra aprobación me interesa, además? ¿La de Nathan? Ése me dará seguro más que la aprobación; ése me dará aliento. ¡Menudo judío! ¡Y que no quiere aparecer más que judío! Allá viene; viene con prisa; rebosa de serena alegría. ¿De ver a Saladino volvió alguien alguna vez de otra manera? ¡Ye, ye, Nathan!

ESCENA NOVENA

NATHAN y el TEMPLARIO

NATHAN.—¿Cómo? ¿Sois vos?

TEMPLARIO.—Os habéis demorado mucho con el Sultán.

NATHAN.—No tanto tampoco. Me entretuve demasiado al ir. Ah, verdaderamente, Curd; el hombre está a la altura de su fama. Su fama no es más que su sombra. Pero dejadme que os diga una cosa enseguida antes que nada...

TEMPLARIO.—¿El qué?

NATHAN.—Que quiere hablaros, quiere que os lleguéis adonde él, sin tardanza. Acompañadme a casa, que he de disponer primero algo que no hace al caso para él, y luego nos vamos allá.

TEMPLARIO.—Nathan, yo no vuelvo a poner los pies en vuestra casa, si antes no...

NATHAN.—Conque ¿mientras tanto estuvisteis allí, mientras tanto habéis hablado con ella? Y ¿qué? Decidme qué os parece Reha.

TEMPLARIO.—¡Faltan palabras! Sólo que volver a verla ¡eso no lo haré ya más! ¡Jamás, jamás! Porque tendríais que prometerme ahora mismo que, por siempre jamás, he de poder verla.

NATHAN.—¿Cómo queréis que entienda yo esto?

TEMPLARIO.— (*Tras breve pausa, abrazándolo de repente.*) ¡Padre mío!

NATHAN.—¡Pero joven!

TEMPLARIO.— (*Soltándolo de repente.*) ¿Hijo, no? ¡Por favor, Nathan!

NATHAN.—¡Querido joven!

TEMPLARIO.—¿Hijo, no? ¡Por favor, Nathan! ¡Os lo suplico por los vínculos primeros de la Naturaleza! ¡No les antepongáis trabas que son muy posteriores! ¡Contentaos con ser hombre! ¡No me rechazéis!

NATHAN.—¡Querido amigo, querido!...

TEMPLARIO.—¿E hijo? ¿Hijo, no? ¿Ni siquiera, ni siquiera en el caso de que la gratitud haya abierto ya el camino del amor que conduce al corazón de vuestra hija? ¿Ni siquiera en el caso de que entrambos estuvieran esperando fundirse en uno a una señal vuestra? ¿Guardáis silencio?

NATHAN.—Me sorprendéis, joven caballero.

TEMPLARIO.—¿Os sorprende yo? ¿Con vuestros propios pensamientos os sorprende yo, Nathan? ¿No será que los desconocéis puestos en mi boca? ¿Os sorprende yo?

NATHAN.—¡Antes he de saber a qué rama de los Stauffen perteneció vuestro padre!

TEMPLARIO.—¿Qué decís, Nathan, qué decís? ¿En un momento como éste no sentís más que curiosidad?

NATHAN.—Porque ¡mirad! Yo mismo conocí a un Stauffen que también se llamaba Conrado.

TEMPLARIO.—Bueno y ¿qué pasaría si mi padre también se hubiera llamado así precisamente?

NATHAN.—¿Es verdad?

TEMPLARIO.—Yo me llamo como mi padre; Curd es Conrado.

NATHAN.—Bueno entonces el Conrado que conocí yo no fue vuestro padre; era templario; no se casó nunca.

TEMPLARIO.—¡Ah, por eso!

NATHAN.—¿Cómo?

TEMPLARIO.—Que por eso bien podía ser igual mi padre.

NATHAN.—Estáis bromeando.

TEMPLARIO.—¡Y vos lo tomáis realmente con demasiados escrúpulos! Porque, ¿total qué? ¡Resultaría que soy algo así como un bastardo o un hijo del arroyo! Tampoco es manco el golpe. Pero sí, a mí, exoneradme siempre de mi prueba de nobleza. Yo, a mi vez, os exonero de la vuestra. Nada más lejos de mí que albergar la mínima duda tocante a vuestro árbol genealógico. ¡Dios me guarde! Vos podéis documentarlo hoja a hoja hasta Abrahán. Y de ahí hacia arriba, yo mismo lo sé, yo mismo voy a evocarlo.

NATHAN.—Os estáis poniendo duro. Y ¿lo merezco yo? ¿Os he rehusado acaso algo, hasta ahora? Lo único que pasa es que no he querido tomaros la palabra al instante. Nada más.

TEMPLARIO.—¿Es cierto? ¿Nada más? ¡Ah, pues perdonad!...

NATHAN.—¡Ea, venid no más, venid!

TEMPLARIO.—¿Adonde? ¡No! ¿Que vayamos a vuestra casa? ¡Eso no, eso no! ¡Allí se abrasa uno! Yo os espero aquí. ¡Id vos! Si he de volver a verla, la veré aún bastante; y si no, ya la he visto demasiado...

NATHAN.—Voy a darme prisa lo más que pueda.

ESCENA DÉCIMA

El TEMPLARIO *y, poco después,* DAYA

TEMPLARIO.—¡Ya la he visto más que bastante! Muy capaz es el cerebro del hombre, ¡pero a veces se llena de pronto con tan poca cosa, con una nonada se llena de pronto! No sirve de nada, no sirve de nada: ya puede estar lleno de lo que sea. Pero, en fin, ¡paciencia! Bien pronto el alma comprime todo ese material atiborrante, se hace sitio, y vuelven la luz y el orden. Porque, ¿es la primera vez que amo? ¿O es que no era amor lo que creía yo que lo era? ¿Sólo es amor lo que siento ahora?...

DAYA.— (*Que se ha deslizado por un lado a hurtadillas.*) ¡Caballero, caballero!

TEMPLARIO.—¿Quién llama? Ah, Daya, ¿sois vos?

DAYA.—He pasado junto a él a hurtadillas. Pero ahí donde estáis, aún podría vernos. Acercaos más a mí, detrás de este árbol.

TEMPLARIO.—Pero ¿qué pasa? ¿Tan secreto es? ¿Qué es ello?

DAYA.—Efectivamente, con un secreto tiene que ver lo que me trae a vos, y por cierto un doble secreto. El uno lo conozco yo; el otro lo conocéis vos. ¿Qué os parece si los intercambiáramos? Si me confiáis el vuestro, os confío el mío.

TEMPLARIO.—Con mucho gusto, Pero, primero, me tenéis que dar a conocer cuál estimáis que es el mío. Cosa que se inferirá a buen seguro del vuestro. Ya podéis empezar.

DAYA.—¡Toma, mira pues! No, señor caballero: vos primero, yo después. Porque no os quepa duda de que mi secreto no puede

serviros absolutamente para nada, como antes no tenga yo el vuestro. ¡Así que daos aire! Porque, si empiezo yo preguntando, no me habréis confiado nada. Mi secreto seguiría siendo mi secreto, y el vuestro lo perderíais. Pero ¡pobre caballero! ¡Mira que llegar a creerse los hombres que pueden ocultarnos un secreto como ése, a las mujeres!

TEMPLARIO.—Que muchas veces ignoramos tenerlo.

DAYA.—Ya podría ser. Por eso ni más ni menos he de tener de entrada el amistoso gesto de ayudaros a que lo conozcáis vos mismo. Decidme: ¿Qué quiere decir eso de poner de golpe y porrazo pies en polvorosa, eso de dejarnos plantadas eso de que no volvierais luego con Nathan? ¿Tan poco os impresionó Reha? ¿Eh? ¿O tanto os impresionó? ¡Tanto, tanto! ¡Os veo como al pobre pájaro que quedó pegado a la liga, y aletea! Sin rodeos: reconocedme ya de una que la amáis, que la amáis hasta la locura, y yo os diré algo...

TEMPLARIO.—¿Hasta la locura? Verdaderamente, sí que entendéis de eso.

DAYA.—Bueno, pues a mí dadme el amor, y la locura os la dispenso.

TEMPLARIO.—¿Porque se la entiende de suyo? ¡Un templario amando a una muchacha judía!

DAYA.—Ciertamente, no parece tener mucho sentido. Pero, de cuando en cuando, también hay en un asunto más sentido del que sospechamos, y tampoco sería inaudita cosa que el Salvador nos atraiga hacia Él por caminos que la prudencia de suyo no tomaría así como así.

TEMPLARIO.—¡Qué solemne! (Y si, en lugar del Salvador, pongo la divina Providencia, ¿no tiene razón en lo que dice?—) Me estáis picando la curiosidad más de lo que suele sucederme.

DAYA.—¡Oh, esta es la tierra de los milagros!

TEMPLARIO.— (¡Pues! De lo maravilloso. ¿Podría ser de otro modo, acaso? Aquí se arremolina el mundo entero.) Querida Daya: Dad

por otorgado lo que pedís: que la amo, que no comprendo cómo podré vivir sin ella, que...

DAYA.—¿De veras? ¿De veras? Pues, caballero, juradme que la haréis vuestra, que la salvaréis, que la salvaréis aquí en el tiempo, que la salvaréis allá en la eternidad.

TEMPLARIO.— Y ¿cómo? ¿Cómo podría hacerlo yo? ¿Puedo jurar hacer lo que no está en mi mano?

DAYA.—Está en vuestra mano. Con una sola palabra lo pongo en vuestra mano.

TEMPLARIO.—¿Talmente que el padre mismo no tenga nada en contra?

DAYA.—¡Toma, el padre, el padre! El padre se verá obligado.

TEMPLARIO.—¿Obligado, Daya? Aún no ha caído en manos de los ladrones. No tiene que verse obligado.

DAYA.—Bueno, tendrá que querer; al fin tendrá que querer de buen grado.

TEMPLARIO.—¡Obligado y de buen grado! ¿Y si te dijera, Daya, que ya intenté personalmente pulsarle esa cuerda?

DAYA.—¿Qué? Y ¿no entró?

TEMPLARIO.—Salió con una pitada que me ofendió.

DAYA.—¿Qué decís? ¿Es posible? ¿Le dejasteis entrever la sombra de vuestro interés por Reha y no dio un salto de alegría? ¿Se retrajo con frialdad? ¿Puso inconvenientes?

TEMPLARIO.—Más o menos.

DAYA.—Entonces no me lo pienso ni un instante más. (*Pausa.*)

TEMPLARIO.—Pero ¿es cosa de pensárselo?

DAYA.¡Es que es tan buena persona! ¡Yo misma le debo tanto! Mas ¡eso de no querer escuchar ni por pienso! Bien sabe Dios cómo me sangra el corazón por tener que constreñirlo de este modo.

TEMPLARIO.—Daya: os ruego que me saquéis pronto y bien de esta incertidumbre. Pero si dudáis vos misma de si es bueno o malo,

vergonzoso o loable lo que proyectáis, ¡entonces, callad! Por mi parte, me olvidaré de que tenéis algo que callar.

DAYA.—Eso, en vez de contener, incita. Mira, vais a saberlo: Reha no es judía; es... es cristiana.

TEMPLARIO.— (*Frío.*) ¿Sí? ¡Enhorabuena! ¿Os ha costado mucho? ¡De ese parto no os moriréis! ¡Proseguid poblando el cielo con ese celo, que lo que es la tierra ya no podéis!

DAYA.—¿Cómo, caballero? ¿Ese sarcasmo merece la noticia que os di? De modo que la noticia de que Reha es cristiana, ¿ya no os alegra a vos, a un cristiano, a un templario que la ama?

TEMPLARIO.—Especialmente, dado que es una cristiana de vuestra hechura.

DAYA.—¡Ah! ¿Así lo veis? ¡Así, puede ser! ¡No! ¡Yo, a quien quiero ver es a quien debe convertirla! La suerte que tiene es que ya hace mucho tiempo que es lo que le han estorbado llegar a ser.

TEMPLARIO.—Explicaos; o ¡marchaos!

DAYA.—Es hija de cristianos, nacida de padres cristianos, bautizada...

TEMPLARIO.— (*Presuroso.*) ¿Y Nathan?

DAYA.—¡No es su padre!

TEMPLARIO.—¿Nathan no es su padre? ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

DAYA.—La verdad que me hace llorar lágrimas de sangre tantas veces. No, él no es su padre...

TEMPLARIO.—¿Y la educó talmente como a hija propia? ¿La hija de padres cristianos se ha educado como judía?

DAYA.—Con toda seguridad.

TEMPLARIO.—¿No sabía ella lo que era por nacimiento? ¿Nunca le dio a entender él que era cristiana de nacimiento y que no era judía?

DAYA.—Nunca.

TEMPLARIO.—¿Así que no sólo educó a la niña en esa ilusión, sino que dejó también a la muchacha en esa ilusión?

DAYA.—¡Desgraciadamente!

TEMPLARIO.—Nathan ¿es posible? ¿Nathan el sabio y bueno se habría permitido falsear así la voz de la Naturaleza? ¿Malencaminar los desbordamientos de un corazón que, dejado a sí mismo, tomara muy otros senderos? Daya, por supuesto me habéis confiado algo de importancia que puede traer consecuencias, que me desconcierta, con lo que de momento no sé qué hacer. Por eso dadme tiempo. ¡Y marchaos! Él pasará otra vez por aquí. Podría sorprendernos. ¡Marchaos!

DAYA.—¡Me muero!

TEMPLARIO.—Ahora me siento absolutamente incapaz de hablar con él. Si os lo encontráis, decidle sólo que ya nos veremos en casa del Sultán.

DAYA.—Pero que no os note que tenéis algo contra él. ¡Esto ha de servir solamente para darle el último empujón a la cosa, sólo para privaros de cualquier escrúpulo en relación con Reha! Y si os la lleváis a Europa, ¡no me dejaréis atrás a mí, supongo!

TEMPLARIO.—Todo se andará. ¡Ahora marchaos, marchaos!

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Escenario: en los claustros del convento

El HERMANO LEGO y, poco después, el TEMPLARIO

HERMANO LEGO.—¡Sí, sí! ¡Tiene mucha razón el patriarca! No cabe duda de que, de todas esas cosas que me encargó, pocas salieron bien. Pero ¿por qué sigue encargándome todavía asuntos de esos? A mí no me gusta hacer el exquisito; no me gusta comerle el coco a la gente; no me gusta ir metiendo las narices en todo; no me gusta andar con las manos metidas en todo. ¿Para eso me separé del mundo por lo que hace a mi provecho, para seguir mezclándome con el mundo tanto más en provecho de otros?

TEMPLARIO.— (*Llegándose a él apresuradamente.*) ¡Buen hermano! Al fin doy con vos. Hace ya rato que os estoy buscando.

HERMANO LEGO.—¿A mí, señor?

TEMPLARIO.—¿Ya no me reconocéis?

HERMANO LEGO.—¡No faltaba más! Pero creí que no volvería a ver al señor en toda mi vida. Porque así lo esperaba en el buen Dios. El buen Dios que sabe lo penoso que me resultaba el encargo que, por obligación, tenía que cumplir con el señor. Él sabe si había en mí deseo alguno de encontraros dispuesto a prestar oídos; Él sabe cuánto me alegré, cuán íntimamente me alegré de que rechazarais tan rotundamente, sin vacilar, todo lo que no se compadece con un caballero. ¡Pero, ahora venís, ahora resulta que ha surtido efecto aquello!

TEMPLARIO.—¿Ya sabéis por qué vengo? Yo mismo casi no lo sé.

HERMANO LEGO.—Ahora habéis reflexionado sobre ello; habéis advertido que en último término no es tan injusto lo que EL PATRIARCA quiere; que hay honra y dinero que ganar con su plan; que un enemigo es un enemigo por más que haya sido siete veces nuestro ángel. Esto, esto es lo que habéis ponderado ahora poniendo en la balanza la carne y la sangre, y aquí estáis y os ofrecéis. ¡Ay, Dios!

TEMPLARIO.—¡Piadoso y querido varón! Sosegaos. No vengo por eso; no es por eso por lo que quiero hablar con el patriarca. Todavía, todavía pienso sobre aquel punto como pensaba, y por nada del mundo quisiera perder la buena opinión de que otrora me juzgara digno tan recto piadoso y querido varón. No vengo más que a pedir consejo al patriarca sobre un asunto...

HERMANO LEGO.—¿Vos, al patriarca? ¿Un caballero, a un clericazo?
(*Mirando tímidamente a su alrededor.*)

TEMPLARIO.—Sí; el asunto es bastante clerical.

HERMANO LEGO.—Sin embargo, el clericazo nunca pide consejo al caballero, por más caballeresco que el asunto sea.

TEMPLARIO.—Porque tiene el privilegio de contravenir las leyes, que ninguno de nosotros le envidia que digamos. Ciertamente; si lo que tuviera que hacer yo, no repercutiera más que en mí; ciertamente, si yo no tuviera que rendir cuentas a nadie más que a mí, ¿qué falta me haría vuestro patriarca? Pero, hay cosas que prefiero hacerlas mal siguiendo la voluntad de otros, que hacerlas bien siguiendo mi sola voluntad. Además, bien veo ahora que la religión también es un partido, y por más que uno crea estar imparcialmente por encima, sin embargo, sin saberlo él mismo, no hace más que favorecer a la propia. Y pues que ello es así, tal vez deban de ser así las cosas.

HERMANO LEGO.—Sobre eso prefiero callarme. Porque no entiendo bien al señor.

TEMPLARIO.—¡Y sin embargo! (¡Veamos qué es lo que me interesa a mí propiamente! ¿Me interesa una sentencia o un consejo? ¿Un sencillo consejo o el consejo de un perito?) Hermano, os doy las gracias, os doy las gracias por la advertencia que me habéis hecho. ¿Qué falta hace un patriarca? ¡Sed vos mi patriarca! Yo prefiero dirigir mis preguntas al simple cristiano que hay en EL PATRIARCA que al patriarca que hay en el cristiano. Se trata de que...

HERMANO LEGO.—¡No siga, señor, no siga! ¿Para qué? El señor no me conoce. Quien mucho sabe, muchas preocupaciones tiene, y yo he preferido ser hombre de un solo cuidado. ¡Oh, bien! ¡Oíd! ¡Mirad! Por ahí viene, para suerte mía, en persona. No os mováis de aquí. Ya os ha visto.

ESCENA SEGUNDA

EL PATRIARCA, *que sube con toda la pompa eclesiástica por una de las alas del claustro, y los anteriores*

TEMPLARIO.—Prefiero evitar su encuentro. ¡No me parece el hombre adecuado! ¡Un prelado gordo, coloradote, bonachón! ¡Y menuda pompa!

HERMANO LEGO.—Pues tendríais que verlo cuando sube a la corte. Total, ahora viene de ver a un enfermo.

TEMPLARIO. ¡Cómo no va a avergonzarse Saladino viendo eso!

EL PATRIARCA.— (*Mientras se va acercando, le hace una seña al hermano.*) ¡Ven acá! Ése es el templario, ¿verdad? ¿Y qué quiere?

HERMANO LEGO.—No sé.

EL PATRIARCA.— (*Acercándosele, mientras el hermano y el cortejo se apartan.*) ¡Bien, señor caballero! ¡Mucho celebro poder ver a tan valeroso joven! ¡Vaya, y qué joven! Bien, con la ayuda de Dios algo se podrá sacar de ahí.

TEMPLARIO.—Más de lo que ya se ha sacado, reverendísimo señor, difícil lo veo. Y aun más bien, algo menos.

EL PATRIARCA.—¡Al menos es mi deseo que tan piadoso caballero pueda brillar y florecer por mucho tiempo para gloria y pro de la amada Cristiandad y de la causa de Dios! ¡Todo llegará a su debido tiempo, sólo con que el juvenil valor siga el consejo maduro de la ancianidad! ¿En qué podemos servir al señor?

TEMPLARIO.—En eso mismo que le hace falta a mi juventud: aconsejándome.

EL PATRIARCA.—¡Con mucho gusto! Pero el consejo hay que aceptarlo.

TEMPLARIO.—Supongo que no a ciegas.

EL PATRIARCA.—¿Y quién dice eso? Claro está que nadie tiene que dejar de utilizar la razón que Dios le dio, cuando haya lugar a ello. ¿Y ha lugar a emplearla en todo? ¡Ah, no! Por ejemplo: Si Dios por medio de un ángel vale decir, por medio de un ministro de su Palabra se digna darnos a conocer un medio con que acrecentar y consolidar el provecho de la entera Cristiandad, la salud de la Iglesia, de alguna manera completamente peculiar; ¿a quién le estaría permitido atreverse todavía a examinar con su razón el arbitrio de Aquel que creó la razón? ¿A quién le estaría permitido entender en la ley eterna de la celestial majestad, guiándose por las pequeñas normas de un honor mundano? Mas, basta ya de estas cosas. ¿Cuál es el asunto sobre el que el señor solicita nuestro consejo, ahora?

TEMPLARIO.—Supongamos, reverendísimo padre, que un judío tiene un hijo único, pongamos que sea muchacha, a quien educa con el mayor esmero en toda obra buena, a quien ama más que a su propia alma, y la cual a su vez le corresponde con el más filial amor. Supongamos ahora que a uno de nosotros le llegara la denuncia de que dicha muchacha no es hija del judío; que la recogió siendo niña, la compró, la hurtó, como queráis; que consta ser la muchacha hija de cristianos y bautizada, pero que el judío la educó como judía, quedando así como si fuera judía e hija suya: decidme, reverendísimo padre, ¿qué habría que hacer en tal caso?

EL PATRIARCA.—¡Escalofríos siento! Empero, sepamos del señor si el tal caso es un *factum* o una hipótesis. Vale decir, si el señor se lo ha inventado, o si ha sucedido y está sucediendo.

TEMPLARIO.—Yo creía que para escuchar simplemente la opinión de vuestra reverencia, fuera lo mismo.

EL PATRIARCA.—¿Lo mismo? Ahí tiene el señor cómo puede equivocarse la razón humana en lo espiritual. ¡No, de ninguna manera! Porque, si el caso expuesto no es más que un juego ingenioso, no vale la pena de tomarse el esfuerzo de pensarlo en serio. El señor puede recurrir al teatro para eso, que allí podría tratarse con gran aplauso dicho argumento con su *pro* y su *contra*. Ahora, si el señor no ha querido más que tomarme el pelo con una farsa teatral, si el caso es un *factum*, si se ha producido precisamente en nuestra diócesis, en nuestra amada ciudad de Jerusalén: ¡ah!, entonces

TEMPLARIO.—Entonces ¿qué?

EL PATRIARCA.—Pues que habría que ejecutar incontinenti el castigo que establecen el derecho papal y el derecho imperial para tal sacrilegio, para tal depravación.

TEMPLARIO.—¿Es posible?

EL PATRIARCA.—Y por cierto, al judío que induce a un cristiano a la apostasía, los antedichos códigos lo mandan, a la hoguera, a la pira

TEMPLARIO.—¿Es posible?

EL PATRIARCA.—¡Y con mayor razón al judío que arranca violentamente a una pobre criatura cristiana a la alianza de su bautismo! Porque, ¿no es violencia acaso todo lo que se hace a los niños? Bien entendido, excepto lo que la Iglesia hace a los niños.

TEMPLARIO.—¿Y si el niño hubiera perecido miserablemente caso de que el judío no se apiadara de él?

EL PATRIARCA.—¡Es igual! El judío, a la hoguera. Porque en este caso fuera mejor perecer miserablemente que salvarse de tal modo para propia perdición eterna. Además, ¿cómo se permite

el judío anticiparse a Dios? Si Dios quiere salvar, puede salvar sin necesidad del judío.

TEMPLARIO.—Yo diría que, incluso a pesar de él, puede otorgarle la gracia santificante.

EL PATRIARCA.—¡Es igual! El judío, a la hoguera.

TEMPLARIO.—¡Lo siento mucho! Especialmente porque se dice que educó a la muchacha no propiamente en su fe, sino al margen de toda fe, enseñándole acerca de Dios ni más ni menos que lo que satisface a la razón.

EL PATRIARCA.—¡Es igual! El judío, a la hoguera... ¡Sí! ¡Ya sólo por lo último merecería que lo quemaran tres veces! ¿Qué? ¿Dejar crecer sin fe a un niño? ¿Cómo? ¿Dejar totalmente de enseñarle a un niño el gran deber de creer? ¡Eso es demasiado duro! Muy asombrado estoy, señor caballero, de que vos mismo...

TEMPLARIO.—Reverendo señor, el resto, en el confesionario, si Dios quiere. (*Hace ademán de irse.*)

EL PATRIARCA.—¿Qué? ¡No darme siquiera una respuesta! ¡No decirme siquiera quién es ese malvado! ¡No traérmelo aquí! ¡Oh, esto lo arreglo yo! De aquí me voy al Sultán. ¡Saladino tiene que protegernos a nosotros en virtud de las capitulaciones a que se obligó bajo juramento; tiene que proteger todos los derechos, todas las doctrinas que reputamos forman parte por siempre jamás de nuestra santísima religión! ¡Gracias a Dios que tenemos el original! Tenemos su firma y sello. ¡Nosotros! ¡Además, voy a hacer que comprenda al punto cuán peligroso resulta, incluso para el Estado, que no se crea en nada! Todos los vínculos sociales desaparecen, quedan rotos, si se le permite al hombre que no crea. ¡Fuera! ¡Fuera con tal sacrilegio!...

TEMPLARIO.—¡Lástima no poder disfrutar de sermón tan excelente! Me ha llamado Saladino.

EL PATRIARCA.—¿Sí? Ea pues Siendo así Entonces

TEMPLARIO.—Si le parece a Su Reverencia, iré preparando al Sultán.

EL PATRIARCA.—¡Oh, oh! ¡Ya sé que el señor ha encontrado gracia a los ojos de Saladino! Ruégole que haga de mí ante él las mejores ausencias. A mí no me mueve más que el celo de Dios. Si en algo me excedo, por Él es. ¡Considere esto el Señor! Y, ¿verdad, caballero, verdad que lo que antes refirió del judío era sólo un problema? Digo...

TEMPLARIO.—Un problema. (*Vase.*)

EL PATRIARCA.— (Que he de procurar averiguar a fondo. Ahí tenemos otro encargo para el hermano Bonafides.) ¡Ven, hijo! (*Se va, hablando con el HERMANO LEGO.*)

ESCENA TERCERA

Escenario: habitación en el palacio de SALADINO, adonde los esclavos van llevando gran cantidad de bolsas que depositan en el suelo unas junto a otras.

SALADINO y, poco después, SITA

SALADINO.— *(Que llega en ese momento.)* ¡La verdad es que esto no se acaba nunca! ¿Queda mucho?

UN ESCLAVO.—Va por la mitad.

SALADINO.—Pues el resto se lo llevas a Sita. Y, ¿por qué no viene Al-Hafi? De esto se ha de hacer cargo Al-Hafi enseguida. ¿O será mejor enviárselo a mi padre? Aquí no hará más que escurrírseme por entre los dedos. A decir verdad, uno acaba por endurecerse, y ahora por cierto va a costar Dios y ayuda sacarme con abundancia. Por lo menos hasta que lleguen los dineros de Egipto, ¡que se las compongan los pobres como puedan! ¡Y que no haya que suprimir los donativos en el Sepulcro! ¡Que no haya que despedir con las manos vacías a los peregrinos cristianos! Que no

SITA.—Pero ¿qué es esto? ¿Qué hace el dinero en mis habitaciones?

SALADINO.—Date por pagada con eso, y si sobra algo lo guardas.

SITA.—¿Aún no ha llegado Nathan con el templario?

SALADINO.—Está buscándolo por todas partes.

SITA.—Mira lo que me he encontrado revolviendo en mis antiguas alhajas. (*Le muestra una pequeña pintura.*)

SALADINO.—¡Ah, mi hermano! ¡Es él, es él! ¡Fue él, fue él! ¡Ah! ¡Ah, querido joven gallardo, qué pronto te perdí! ¡Qué no hubiera emprendido yo teniéndote a mi lado! Sita, déjame el retrato. Ya lo recuerdo: se lo dio él a tu hermana mayor, a su Laila, una mañana en que por nada del mundo quería soltarlo de sus brazos. Fue la última mañana que salió a cabalgar. ¡Ah, yo le dejé que fuera a cabalgar, y solo! ¡Ah, Laila murió de pena, y no me perdonó nunca haberlo dejado ir a cabalgar solo! ¡Ya no apareció!

SITA.—¡Pobre hermano!

SALADINO.—¡Déjate estar! ¡Un día tenemos que desaparecer todos! Además ¿quién sabe? La muerte no es lo único que puede desbaratarle los designios a un joven de su índole. Tiene más enemigos, y a menudo sucumbe el más fuerte igual que el más débil. ¡Ea, sea como fuere! Voy a comparar el retrato con el joven templario, voy a ver hasta qué punto me engaña la fantasía.

SITA.—Precisamente para eso te lo traigo. Pero ¡dámelo, dámelo! Mejor será que te lo diga yo; quien más sabe de estas cosas es el ojo femenino.

SALADINO.— (*Dirigiéndose a un portero, que entra.*) ¿Quién es? ¿El templario? ¡Que venga!

SITA.—Para no estorbaros a vos, y no desconcertarlo a él (*Siéntase aparte en un sofá y deja caer la cortina.*)

SALADINO.—¡Así está bien, así! (¡Pues su voz, también! ¡Vamos a ver cómo será! ¡En algún lugar de mi alma está aún adormecida, también, la voz de Assad!)

ESCENA CUARTA

El TEMPLARIO y SALADINO

TEMPLARIO.—Yo, tu prisionero, Sultán...

SALADINO.—¿Mi prisionero? A quien hago donación de la vida ¿no voy a darle también la libertad?

TEMPLARIO.—De lo que tú creas conveniente hacer, creo conveniente enterarme antes, no darlo por supuesto. Pero, Sultán, asegurarte mi gratitud, mi especial gratitud, por la vida, es algo que no va ni con mi estado ni con mi carácter. En todo caso, la pongo otra vez a tu servicio.

SALADINO.—¡Me basta con que no la emplees contra mí! Verdaderamente, me resultó fácil concederle a mi enemigo un par de brazos más. Pero me cuesta mucho concederle además un corazón así. ¡No me equivoqué contigo en nada, valeroso joven! Eres mi Assad en cuerpo y alma. ¡Mira! Podría preguntarte dónde estuviste escondido todo este tiempo, en qué cueva estuviste durmiendo. En qué tierra encantada y qué hada conservó sin interrupción tan fresca esa flor. ¡Mira! Yo podría empezar a recordarte nuestras comunes andanzas por acá y acullá. ¡Podría reñir contigo por haber tenido secretos para mí! Por haberme ocultado una aventura: sí, podría, si te viera a ti solamente y no me viera también a mí. Bueno, ¡quién sabe! Hay tanta verdad siempre en estas dulces ensoñaciones, que en el otoño de mi vida vuelve a florecerme un Assad. ¿Tú estás contento, caballero?

TEMPLARIO.—Todo lo que me llega de ti, sea lo que sea, todo está ya en mi alma en forma de deseo.

SALADINO.—Vamos a hacer la prueba enseguida. ¿Te quedarías en mi casa? ¿En mi compañía? Como cristiano, como musulmán; ¡lo mismo da! De capa blanca o chilaba, de turbante o con tu fieltro; ¡como quieras! ¡Lo mismo da! Nunca he exigido que a todos los árboles les salga la misma corteza.

TEMPLARIO.—De lo contrario no serías ni mucho menos el que eres: ese héroe que preferiría ser jardinero de Dios.

SALADINO.—Bueno, pues; si no piensas peor de mí, ¡casi nos hemos arreglado ya!

TEMPLARIO.—¡Del todo!

SALADINO.— (*Tendiéndole la mano.*) ¿Palabra?

TEMPLARIO.— (*Estrechándola.*) ¡De hombre! Recibe con esto más de lo que pudiste tomarme. ¡Tuyo del todo!

SALADINO.—¡Demasiada ganancia en un solo día, demasiada! ¿No vino contigo?

TEMPLARIO.—¿Quién?

SALADINO.—Nathan.

TEMPLARIO.— (*Seco.*) No. Vine solo.

SALADINO.—¡Qué proeza la tuya! ¡Y qué feliz fortuna que semejante proeza redundara en beneficio de semejante varón!

TEMPLARIO.—¡Sí, sí!

SALADINO.—¡Tan impasible! ¡No, joven! ¡No hay que ser tan impasible cuando Dios hace algo bueno por medio nuestro! ¡Incluso por modestia no hay que adoptar esa apariencia tan impasible!

TEMPLARIO.—¡Pero como en este mundo tiene todo tantos aspectos! ¡Muchas veces no es posible imaginar cómo cuadrarán!

SALADINO.—¡Atente sólo al mejor aspecto siempre, y alaba a Dios! Él sabe cómo hacerlos cuadrar. Pero, si quieres ser tan difícil,

joven, ¿no tendré que llevar cuidado yo también en mi trato contigo? Por desgracia también yo soy una cosa con muchos aspectos que muchas veces podrá parecer que no acaban de cuadrar.

TEMPLARIO.—¡Eso me duele! Porque la desconfianza está lejos de ser debilidad mía

SALADINO.—Pues ya dirás tú con quién la has tomado. Diríase que es con Nathan. ¿Cómo? ¿Desconfianza con Nathan? ¿Tú? ¡Explícate! ¡Habla! Ven, dame la primera prueba de tu confianza.

TEMPLARIO.—Yo no tengo nada contra Nathan. Yo sólo estoy enfadado conmigo

SALADINO.—Y ¿porqué motivo?

TEMPLARIO.—Por haber soñado que un judío bien podía dejar de ser un judío; por haber tenido ese sueño, despierto.

SALADINO.—¡Explícate sobre ese sueño de un despierto!

TEMPLARIO.—Tú has oído hablar de la hija de Nathan, Sultán. Lo que hice por ella, lo hice porque lo hice. Con demasiado orgullo para cosechar gratitud donde no sembré, estuve desdeñando día tras día volver a ver a la muchacha. El padre estaba ausente; vuelve; se entera; me busca; me da las gracias; desea que me agrade su hija; habla de perspectivas, de serenas lontananzas. Bueno, yo me dejo engatusar, voy, veo, encuentro una muchacha verdaderamente... ¡Ah, es que me coge vergüenza, Sultán!

SALADINO.—¿Vergüenza? ¿De que te impresionara una muchacha judía? ¡Pero nunca jamás!

TEMPLARIO.—¡De que, por el palabreo amable de su padre, la ligereza de mi corazón opusiera tan poca resistencia a esa impresión! ¡Majadero de mí! Me lancé por segunda vez al fuego. Porque ahora el solicitante era yo, y ahora el desdeñado era yo...

SALADINO.—¿Desdeñado?

TEMPLARIO.—No se trata de que el sabio padre me rechace ahora de plano. Es que el sabio padre ahora tiene que pedir informes, tiene que meditarlo antes. ¡Por supuesto! ¿Es que no lo hice yo también? ¿Es que no me informé primero, no me lo pensé primero yo también, cuando la oí gritar en el fuego? ¡Certísimo! ¡Vive Dios! ¡Pues no es poco bonito ser tan sabio, tan circunspecto!

SALADINO.—¡Bueno, bueno! ¡Perdónale algo a un viejo! ¿Cuánto pueden durar sus negativas? ¿Va a exigirte acaso que te hagas primero judío?

TEMPLARIO.—¡Quién sabe!

SALADINO.—¿Quién sabe? Lo sabe quien conoce mejor a ese Nathan.

TEMPLARIO.—La superstición en que nos hemos criado, por más que la descubramos, no pierde su poder sobre nosotros. No son libres todos los que se ríen de sus cadenas.

SALADINO.—¡Muy juiciosa observación! Pero Nathan, en verdad, Nathan...

TEMPLARIO.—La peor de las supersticiones consiste en considerar a la propia como la más llevadera...

SALADINO.—¡Bien pudiera ser! Pero Nathan...

TEMPLARIO.—Confiarle sólo a ella la estúpida Humanidad, hasta que ésta se habitúe al claro día de la Verdad; sólo a ella...

SALADINO.—¡Bien! ¡Pero Nathan! Ese punto flaco no es lo de Nathan, no es lo suyo.

TEMPLARIO.—¡Eso pensaba yo también!... Pero si resultara que ese dechado de los hombres todos, fuera un judío tan vulgar como para ir haciéndose con niños cristianos con objeto de educarlos como judíos; entonces ¿qué?

SALADINO.—¿Quién dice eso de él?

TEMPLARIO.—La muchacha misma con que me cebo, con cuyas esperanzas parecía querer pagarme lo que yo no habría hecho

gratuitamente por ella: esa muchacha misma, no es su hija; es una criatura cristiana traspapelada

SALADINO.—¿Que a pesar de ello no te quiere dar a tí?

TEMPLARIO.— (*Vehemente.*) ¡Quiera o no quiera! Ha sido descubierto. ¡Ha sido descubierto el fanático tolerante! ¡Tras ese lobo judío con filosófica piel de cordero, voy a echar una jauría que lo va a zarandear!

SALADINO.— (*Serio.*) ¡Tranquilo, cristiano!

TEMPLARIO.—¡Qué, tranquilo cristiano! Cuando un judío y un musulmán se limitan a ser judío y musulmán, ¿sólo el cristiano tendría que dejar de hacer el cristiano?

SALADINO.— (*Más serio aún.*) ¡Tranquilo, cristiano!

TEMPLARIO.— (*Calmo*) ¡Siento todo el peso del reproche que encierra Saladino en esa palabra! ¡Ah, si yo supiera cómo se hubiera comportado Assad... Assad en mi lugar, en este caso!

SALADINO.—¡No mucho mejor! ¡Seguramente igual de impetuoso! Pero ¿a ti quién te enseñó a sobornarme con una palabra, como hacía él? Cierto, si fuera todo como dices, difícil me resultaría avenirme con Nathan. Con todo, él es mi amigo, y ninguno de mis amigos debe enfadarse con el otro. ¡Déjate enseñar! ¡Ves con cuidado! ¡No lo entregues en manos de los fanáticos de tu populacho! ¡Excuso decirte cómo me intimaría la clericatura tuya a tomar venganza en él! ¡No seas cristiano por despecho hacia algún judío, hacia algún musulmán!

TEMPLARIO.—¡Casi será tarde para eso! Pero ¡gracias al furor sanguinario del patriarca, en cuyo instrumento me horrorizaba convertirme!

SALADINO.—¿Cómo? ¿Fuiste a ver al patriarca antes que a mí?

TEMPLARIO.—¡En la tormenta de la pasión, en el torbellino de la indecisión! ¡Perdona! Me temo que no querrás ver en mí ya nada más de tu Assad.

SALADINO.—¡Todo menos ese mismo temor! Creo conocer de qué faltas brota nuestra virtud. En lo sucesivo dedícate sólo al cultivo de ésta, y aquéllas te perjudicarán poco a mis ojos. Pero ¡anda, ves! Ahora busca tú a Nathan como él te buscó a ti, y tráelo. Tengo que ponerlos de acuerdo. Si lo tuyo con la muchacha va en serio, estate tranquilo. ¡Es tuya! ¡También se acordará Nathan de haberse permitido educar a una niña cristiana sin dejarla tomar carne de cerdo! ¡Anda!

(*Vase el TEMPLARIO y SITA abandona el sofá.*)

ESCENA QUINTA

SALADINO y SITA

SITA.—¡Verdaderamente asombroso!

SALADINO.—Sita, ¿verdad que sí? ¿Verdad que mi Assad debió de ser un bello joven bravío?

SITA.—¡Si fue él y no el templario mismo quien posara para hacer este retrato! Pero ¿cómo has podido olvidarte de preguntar por sus padres?

SALADINO.—Y en particular, probablemente, por su madre. Podría ser que hubiera estado por aquí alguna vez su madre. ¿No es cierto?

SITA.—¡Tú, a la tuya!

SALADINO.—¡Ah, pues no creas! Porque Assad era tan bien recibido de bellas damas cristianas, estaba tan encaprichado por ellas, que alguna vez corrió la voz Bueno, bueno; es preferible no hablar de esto. En fin, ¡que lo tengo de nuevo! ¡Quiero tenerlo de nuevo, con todos sus yerros, con todos los antojos de su blando corazón! ¡Ah! La muchacha; se la ha de dar Nathan. ¿No crees?

SITA.—¿Dársela? ¡Cedérsela!

SALADINO.—¡Por supuesto! ¿Qué derecho va a tener Nathan sobre ella no siendo su padre? Quien le salvó así la vida, entra en posesión exclusiva de los derechos de quien se la dio.

SITA.—Y ¿qué pasaría, Saladino, si llevaras por las buenas a la muchacha a tu casa, ya; si se la quitaras por las buenas al poseedor ilegal, ya?

SALADINO.—¿Es preciso llegar a eso?

SITA.—¡Lo que se dice preciso, pues no! No es más que la curiosidad lo que me lleva a darte este consejo. Porque me gustaría saber cuanto antes qué clase de muchacha pueden amar ciertos hombres.

SALADINO.—Bueno, entonces envíalo a por ella y que la traigan.

SITA.—¿No podría hacerlo yo, hermano?

SALADINO.—¡Con tal de procurar no herir a Nathan! Hay que evitar de todas las formas que Nathan crea que se le separa de ella a la fuerza.

SITA.—Descuida.

SALADINO.—Yo, por mi parte, he de ver ya personalmente por qué no viene Al-Hafi.

ESCENA SEXTA

Escenario: El zaguán al aire de casa NATHAN, que da a las palmeras; como en la primera escena del acto primero. Parte de la mercancía y objetos preciosos de que se hará mención, están extendidos por el suelo.

NATHAN y DAYA

DAYA.—¡Oh, magnífico todo, todo selecto! Oh, todo es como sólo vos sabríais suministrar. ¿Dónde hacen ese tisú de plata con zarcillos de oro? ¿Qué cuesta? ¡Eso es lo que se dice un vestido nupcial! Ni una reina lo pretendería mejor.

NATHAN.—¿Vestido nupcial? ¿Por qué precisamente nupcial?

DAYA.—¡Bueno! No estabais pensando en eso ciertamente cuando lo comprasteis. Pero, la verdad, Nathan, ¡ha de ser éste y ningún otro! Para vestido nupcial, está que ni hecho por encargo. El fondo blanco, imagen de la inocencia, y las aguas doradas saliendo por todas partes de ese fondo, imagen de la riqueza. ¿Lo veis? ¡Monísimo!

NATHAN.—¿Qué broma es ésa? ¿De quién es ese vestido nupcial del que me trazas tan cultas alegorías? ¿Estás desposada tú?

DAYA.—¿Yo?

NATHAN.—Pues entonces, ¿quién?

DAYA.—¿Yo? ¡Dios mío!

NATHAN.—Pues ¿quién? ¿De quién es el vestido nupcial de que hablas? Todo eso es tuyo y de nadie más.

DAYA.—¿Mío? ¿Cómo dices mío? ¿No es para Reha?

NATHAN.—Lo que le he traído a Reha está en otro fardo. ¡Venga! ¡Llévatelo! ¡Retira tus cachivaches!

DAYA.—¡Tentador! No; ¡aunque se tratara de todas las joyas del mundo! Es que ¡ni tocarlas, como antes no me juréis que vais a aprovechar esta ocasión única, que no os concederá el Cielo por segunda vez!

NATHAN.—¿Aprovechar? ¿El qué? ¿Ocasión? ¿De qué?

DAYA.—¡Oh, no os hagáis el distraído! ¡En pocas palabras! El templario quiere a Reha: dádsela y así pondréis fin a ese pecado vuestro que ya no me es posible silenciar por más tiempo. Así, la muchacha vuelve a estar entre cristianos; vuelve a ser lo que es; vuelve a ser lo que fue; y vos, con todo el bien que nunca os podremos agradecer bastante, vos no habréis estado amontonando brasas y nada más que brasas sobre vuestra cabeza.

NATHAN.—Pero ¿siempre con la misma cantilena? Ahora con una cuerda nueva que, me temo, no estará templada ni aguantará.

DAYA.—¿Cómo que no?

NATHAN.—A mí, el templario me parece muy bien. No tengo inconveniente en que Reha sea para él antes que para nadie en el mundo. Bien que... Ahora, ten paciencia no más.

DAYA.—¿Paciencia? ¿Y paciencia no es también vuestra cantilena de siempre?

NATHAN.—¡Paciencia, sólo por unos días!... ¡Mira! ¿Quién viene por allí? ¿Un hermano lego? Ve, pregúntale qué quiere.

DAYA.—¿Qué va a querer? (*Dirígese hacia él y pregunta.*)

NATHAN.—¡A dar tocan! Y a dar antes de que pida. (¡Si tuviera modo de entrarle primero al templario, sin darle a entender el motivo de mi curiosidad! Porque si se lo comunico y carece de fundamento la sospecha, me habré jugado inútilmente la paternidad.—) ¿Qué hay?

DAYA.—Que quiere hablaros.

NATHAN.—Pues hazlo pasar; y tú mientras tanto te vas.

ESCENA SÉPTIMA

NATHAN y el HERMANO LEGO

NATHAN.—(¡Por supuesto que me gustaría mucho seguir siendo padre de Reha! A decir verdad, ¿es que no puedo seguir siéndolo aunque deje de llamarme así? Para ella, para ella misma seguiré llamándome siempre padre, cuando sepa lo mucho que me gustaría serlo.) ¡Márchate! ¿En qué puedo servirlos, buen hermano?

HERMANO LEGO.—No es gran cosa. Me alegro, señor Nathan, de ver que os mantenéis bien.

NATHAN.—Conque ¿me conocéis vos?

HERMANO LEGO.—Pues, ¿y quién no os conoce? A mucha gente le habéis dejado grabado vuestro nombre en la mano. También lo está en la mía desde hace muchos años.

NATHAN.— (*Metiendo la mano en su bolsa.*) Venid, hermano, venid; que renuevo la inscripción.

HERMANO LEGO.—¡Os lo agradezco! Eso sería robar a la gente más pobre; no acepto nada. Con tal de que me permitáis hacer un poco por que no se os borre a vos *mi* nombre. Porque puedo preciarme de haber puesto también en *vuestra* mano algo que no era cosa de despreciar.

NATHAN.—¡Perdonad! Estoy avergonzado. Decid, ¿qué fue ello? Y aceptadme, como indemnización, siete veces el valor de aquello.

HERMANO LEGO.—Pero, antes que nada, escuchad cómo ha sucedido el acordarme hoy por vez primera de esa prenda mía que os confié.

NATHAN.—¿Una prenda a mí confiada?

HERMANO LEGO.—No hace mucho aún estaba yo instalado como eremita en el monte de la Cuarentena, no lejos de Jericó. Cayeron por allí unos bandidos árabes, arrasaron mi iglesita y mi celda y me arrastraron consigo. Todavía tuve la suerte de poder huir y me refugié aquí en casa del patriarca para pedirle otro rinconcito donde poder servir a mi Dios, en soledad, hasta que en gracia de Dios llegue el fin de mis días.

NATHAN.—Estoy sobre ascuas, buen hermano. Abreviad. ¡La prenda! ¡La prenda a mí confiada!

HERMANO LEGO.—Enseguida, señor Nathan. En tales circunstancias, el patriarca me prometió una ermita en el Tabor no bien se produjera una vacante y me ordenó quedarme mientras tanto en el convento como hermano lego. Allí estoy ahora, señor Nathan, solicitando cien veces al día el monte Tabor. Porque el patriarca me necesita para todo aquello por lo que siente gran repugnancia. Por ejemplo:

NATHAN.—¡Al caso, por favor os lo pido!

HERMANO LEGO.—Enseguida, ¡ya llegamos! Alguien le ha soplado hoy al oído que en estos alrededores vive un judío que está criando, como a hija propia, a una criatura nacida de padres cristianos.

NATHAN.— (*Afectado.*) ¿Cómo?

HERMANO LEGO.—¡Escuchadme hasta el final! Ahora, cuando me estaba haciendo el encargo de que diera con ese judío a ser posible enseguida y se indignaba vehementemente por semejante sacrilegio, que, según él, es el verdadero pecado contra el Espíritu Santo; es decir, el pecado que tenemos por el mayor de todos los pecados, sólo que, gracias a Dios, no

sabemos bien del todo en qué consiste exactamente: entonces mismo, se me despierta de repente la conciencia y se me ocurre que bien pudiera haber dado ocasión yo mismo, en tiempos, a que se cometiera tan grande e imperdonable pecado. Decid: Hace dieciocho años, cierto palafrenero ¿no os entregó una niña de pocas semanas?

NATHAN.—¿Cómo, cómo? Bueno, ciertamente por supuesto

HERMANO LEGO.—¡Eh! ¡Míreme bien! Aquel palafrenero soy yo.

NATHAN.—¿Sois vos?

HERMANO LEGO.—El señor de quien lo recibí y os lo entregué, era, si no me equivoco, un tal señor von Filnek. ¡Wolf von Filnek!

NATHAN.—¡Exacto!

HERMANO LEGO.—Como la madre había muerto poco antes, y el padre, creo yo, hubo de desplazarse repentinamente a Gaza, adonde no era posible que lo siguiera la criatura; os la envió. ¿No os encontré con ella en Darun?

NATHAN.—¡Sí, exactamente!

HERMANO LEGO.—No sería de extrañar que me fallase la memoria. He tenido muchos y magníficos señores, y al servicio de éste estuve muy poco tiempo. Poco después cayó en combate, cerca de Ascalón; gran señor, si los hubo.

NATHAN.—¡Que sí, que sí! ¡Y a quien tengo mucho que agradecer! ¡Más de una vez me libró de la espada!

HERMANO LEGO.—¡Muy bueno! Tanto más a gusto adoptaríais a su hijita.

NATHAN.—¡Figuraos!

HERMANO LEGO.—¿Y dónde está ahora? ¡No se habrá muerto por un casual! ¡Es preferible que no se haya muerto! Hay fácil salida, con tal de que nadie más conozca el asunto.

NATHAN.—¿La hay?

HERMANO LEGO.—¡Confíad en mí, Nathan! Porque, mirad; ¡yo tengo esta manera de ver las cosas! Cuando el bien que me figuro que voy a hacer cae demasiado cerca de algo demasiado malo, prefiero dejar de hacer ese bien; porque la verdad es que al mal lo conocemos con bastante seguridad, pero al bien no lo conocemos ni con mucho. No cabe duda de que, si teníais que educar muy bien a la niña cristiana, teníais que educarla como a hijita propia. Esto es lo que habéis hecho vos con todo amor y sinceridad, y ¿se os tendría que dar ahora esa paga? Yo no admito eso. Sí, claro, más prudente hubiera sido hacer que una segunda mano educara en cristiano a la cristiana, pero eso tampoco hubiera sido amar a la criatura de vuestro amigo. Y lo que los niños necesitan a esos años, es amor, aunque sea el de una fiera salvaje, más que cristianismo. Para cristianismo siempre habrá tiempo. Con tal de que la muchacha se criara sana y piadosa a vuestros ojos, a los ojos de Dios seguía siendo lo que era. Porque ¿no está edificado sobre el judaísmo todo el cristianismo? Muchas veces me ha escandalizado, y me costó no pocas lágrimas, el ver que los cristianos podían llegar a olvidarse hasta ese punto de que Nuestro Señor mismo fue judío.

NATHAN.—Vos, buen hermano, tenéis que ser mi abogado si se alzan en contra mía el odio y la hipocresía, por una acción... ¡Ah, por una acción! ¡Vos solo, vos solo la vais a conocer! Pero ¡lleváosla con vos a la tumba! Nunca me tentó la vanidad de contársela a nadie. Sólo a vos os la cuento. Sólo a la piadosa sencillez se la cuento. Porque sólo ella entiende con qué clase de acciones es capaz de superarse a sí mismo el hombre sumiso a la voluntad divina.

HERMANO LEGO.—¿Estáis emocionado y están vuestros ojos arrasados de lágrimas?

NATHAN.—Vos con la criatura me encontrasteis en Darun. Pero vos no sabíais que algunos días antes, en Gata, los cristianos habían matado a todos los judíos con sus mujeres e hijos; no sabíais

que entre ellos se encontraba mi mujer con siete hijos llenos de esperanza, que iban a morir todos juntos en casa de mi hermano adonde los enviara yo a refugiarse.

HERMANO LEGO.—¡Dios justiciero!

NATHAN.—Cuando vos llegasteis, hacia tres días y tres noches que estaba postrado yo ante Dios, cubierto de polvo y ceniza, llorando. ¿Llorando? Disputando también con Dios, al mismo tiempo, encolerizado, furioso, maldiciéndome a mí y al mundo, jurando odio irreconciliable a la Cristiandad.

HERMANO LEGO.—¡Ah, ya lo creo, ya lo creo!

NATHAN.—Mas, luego, volvió poco a poco la razón. Y hablé con voz suave, diciendo: «¡Y no obstante hay Dios! ¡No obstante, también esto fue objeto de decreto divino! ¡Pues bien! ¡Vamos allá! ¡Pon en práctica lo que comprendiste ya hace tiempo, que no te resultará más difícil de poner en práctica que de comprenderlo, con tal de que quieras Tú! ¡Levántate!» Me puse en pie y clamé a Dios: ¡Quiero! ¡Con tal de que quieras tú que yo quiera! En tanto, descabalgabais vos y me entregabais la criatura envuelta en vuestra capa. Lo que me dijisteis entonces y lo que os dije yo, lo he olvidado. Sólo me acuerdo de una cosa; tomé a la criatura, la llevé a mi lecho, la besé, me eché de rodillas y sollocé: ¡Dios! ¡De siete, ya tengo uno!

HERMANO LEGO.—¡Nathan! ¡Nathan! ¡Vos sois cristiano! ¡Por Dios, vos sois cristiano! ¡Jamás hubo un cristiano mejor!

NATHAN.—¡Afortunados que somos! ¡Porque lo que me hace a mí cristiano a vuestros ojos, eso mismo os hace judío a los míos! Pero no sigamos ablandándonos mutuamente. ¡Aquí lo que hace falta es actuar! Y aunque el amor de los siete me ató bien pronto a esta única muchacha de otro, aunque me matara el pensamiento de que en ella podría volver a perder a mis siete hijos: si de mis manos la reclama la Providencia, ¡yo obedezco!

HERMANO LEGO.—¡Finalmente! ¡Eso es justo lo que yo dudaba tanto en aconsejaros! ¡Y os lo ha sugerido ya vuestro buen espíritu!

NATHAN.—¡Pero no se me la va a llevar el primero que se presente!

HERMANO LEGO.—¡No, claro que no!

NATHAN.—Quien no tenga más derecho que yo a ella, habrá de tener por lo menos un derecho anterior al mío

HERMANO LEGO.—¡Ciertamente!

NATHAN.—Que le concedan la Naturaleza y la sangre.

HERMANO LEGO.—¡Lo mismo pienso yo!

NATHAN.—Pues entonces no hace falta más que me digáis enseguida quién es el varón emparentado con ella como hermano o tío, como primo o mero pariente: frente a su derecho, no la retendré yo a ella, criada y educada para ser decoro de toda casa, de toda fe. Confío en que sepáis más que yo de ese vuestro señor y de su familia.

HERMANO LEGO.—¡Buen Nathan, eso será muy difícil! Porque, como os he dicho, estuve con él demasiado poco.

NATHAN.—¿No sabéis por lo menos de qué familia era su madre?
¿No era una Stauffen?

HERMANO LEGO.—¡Podría ser! Sí, me parece.

NATHAN.—¿No se llamaba Conrad von Stauffen su hermano? ¿Y no era templario?

HERMANO LEGO.—Si no me equivoco. ¡Un momento! ¡Ahora me acuerdo de que tengo en mi poder todavía un librito del señor que en gloria esté! Se lo saqué del pecho cuando le dimos tierra en Ascalón.

NATHAN.—Y ¿qué?

HERMANO LEGO.—Contiene oraciones. Nosotros lo llamamos breviario. Yo pensé entonces que podría serle útil a algún cristiano No a mí, por cierto yo no sé leer

NATHAN.—¡Ni falta que hace! Vamos al grano.

HERMANO LEGO.—Yo procuré averiguar que en ese librito, al comienzo y al final, de puño y letra del señor, están escritos los

familiares de él y de ella.

NATHAN.—¡Ah, de perillas! ¡Anda, corre! ¡Tráeme el librito! ¡De prisa! Estoy dispuesto a pagarlo a peso de oro, ¡y encima un millón de gracias! ¡Apresúrate! ¡Corre!

HERMANO LEGO.—¡Muy a gusto! Pero está en árabe lo que escribió allí el señor. (*Vase.*)

NATHAN.—¡Es igual! ¡Tú tráelo! ¡Dios! ¡Mira que si pudiera conservar aún a la muchacha y comprarme con ella un yerno así! ¡Ya es difícil! Bien, ¡salga lo que sea! Pero ¿quién pudo haber sido el que estuvo en tratos con el patriarca sobre algo así? No me he de olvidar de preguntarlo. ¿Habrá sido cosa de Daya?

ESCENA OCTAVA

DAYA y NATHAN

DAYA.— (*Apresurada y confusa.*) ¡Imagínate, Nathan!

NATHAN.—¿Qué sucede?

DAYA.—¡Menudo susto se llevó la pobre hija! Que ha enviado...

NATHAN.—¿El patriarca?

DAYA.—La hermana del Sultán, la princesa Sita...

NATHAN.—¿No el patriarca?

DAYA.—¡No, Sita! ¡Os lo estoy diciendo! La princesa Sita ha enviado aquí para que se la lleven.

NATHAN.—¿A quién? ¿Que se lleven a Reha? ¿Sita manda que se la lleven? Bueno, si se la lleva Sita y no el patriarca...

DAYA.—Pero ¿por qué traéis a cuento al patriarca?

NATHAN.—Entonces, últimamente, ¿no has oído nada de él? ¿Seguro que no? ¿Tampoco le has hecho llegar nada?

DAYA.—¿Yo? ¿A él?

NATHAN.—¿Dónde están los enviados?

DAYA.—Delante.

NATHAN.—Voy a recibirlos personalmente, por precaución. ¡Ven! ¡Ojalá no haya detrás alguna cosa del patriarca! (*Vase.*)

DAYA.—Pues yo... yo me temo aún algo muy distinto. ¿Qué te apuestas? Tampoco estaría mal para un musulmán la supuesta hija única de un judío tan rico. Huy, el templario está perdido. ¡Está perdido, como no me atreva a dar yo además un segundo

paso, como no le descubra a ella misma quién es! ¡Ánimo! ¡Me aprovecharé, para hacerlo, de la primera ocasión que tenga de estar a solas con ella! Que va a ser tal vez ahora mismo cuando la acompañe. Un primer toquecito no irá mal mientras tanto por lo menos. ¡Sí, sí! ¡Manos a la obra! ¡Ahora o nunca! ¡Manos a la obra! (*Sale detrás de él.*)

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Escenario: La habitación del palacio de SALADINO adonde llevaron las bolsas del dinero, que se pueden ver allí todavía.

SALADINO y, poco después, varios MAMELUCOS

SALADINO.— (*Entrando.*) ¡Aún está ahí el dinero! Y no ha podido dar nadie con el derviche que seguramente habrá tropezado por ahí con algún tablero de ajedrez y se ha olvidado hasta de sí mismo; y ¿por qué no de mí? Bueno, ¡paciencia! ¿Qué hay?

UN MAMELUCO.— ¡Buenas noticias, Sultán! ¡Hay alegría, Sultán!... Viene la caravana del Cairo; ¡llegó felizmente! Con los tributos del septenio del rico Nilo.

SALADINO.— ¡Bravo, Ibrahim! ¡En verdad eres para mí un mensajero bienvenido! ¡Ah, finalmente ya, finalmente! Gracias por la buena nueva.

EL MAMELUCO.— (*Esperando.*) (Y ¿qué? Pero ¡suelta algo!)

SALADINO.— ¿Tú qué esperas? Vuélvete ya.

EL MAMELUCO.— ¿No hay nada más para el mensajero bienvenido?

SALADINO.— ¿Qué más quieres aún?

EL MAMELUCO.— ¿No hay ningún obsequio para el mensajero que trajo buena nueva? Entonces ¿soy yo el primero a quien se aplica la lección que aprendió al fin Saladino de pagar con buenas palabras? ¡Vaya honra! El primero con quien ejerce de roñoso.

SALADINO.—Anda ve y coge una bolsa de ésas.

EL MAMELUCO.—¡No, ahora ya no! Ya puedes regalármelas todas.

SALADINO.—¡Terco que terco! ¡Ven acá! Ahí tienes dos. ¿Va en serio? ¿Se marcha? ¿Me aventaja en generosidad? Porque lo cierto es que a él le resulta más duro renunciar a ello que a mí darlo. ¡Ibrahim! Pero ¿cómo se me ocurre querer ser, de golpe, completamente otro, poco antes de hacer el mutis? ¿Es que Saladino no quiere morir como Saladino? Para eso tampoco tendría que vivir como Saladino.

SEGUNDO MAMELUCO.—¡Eh, Sultán!...

SALADINO.—Si vienes a anunciarme...

MAMELUCO.—¡Que ya está ahí el transporte de Egipto!

SALADINO.—Ya lo sé.

SEGUNDO MAMELUCO.—¡Demasiado tarde he llegado!

SALADINO.—¿Porqué demasiado tarde? Por tu buena voluntad, toma una o dos bolsas.

SEGUNDO MAMELUCO.—¡Una y dos, tres!

SALADINO.—¡Naturalmente, si sabes contar! Tómalas no más.

SEGUNDO MAMELUCO.—Todavía va a venir un tercero, si es que puede venir.

SALADINO.—¿Cómo es eso?

SEGUNDO MAMELUCO.—Casi nada; ¡puede haberse roto el cuello! Pues, apenas estuvimos seguros de que había llegado el transporte, se lanzó cada cual al galope. El que iba en cabeza, se cae; yo le adelanto y llevo la delantera hasta la ciudad; pero Ibrahim, ese pillo, conoce las callejas mejor.

SALADINO.—¡Oh, el caído! ¡Amigo, el caído! Salid a su encuentro.

SEGUNDO MAMELUCO.—¡Eso es lo que voy a hacer! Y si vive, la mitad de estas bolsas para él. (*Hace mutis.*)

SALADINO.—¡Mira, qué nobleza la de este muchacho, también! ¿Quién puede gloriarse de mamelucos como éstos? Y ¿cómo no

he de pensar que he ayudado a formarlos con mi ejemplo?
¡Lejos de mí la idea de acostumbrarlos ahora, al final, al de otro!...

UN TERCER MAMELUCO.—Sultán...

SALADINO.—¿Tú eres el que se cayó?

TERCER MAMELUCO.—No. Yo sólo comunico que el emir Manzor, conductor de la caravana, se apea del caballo en este momento...

SALADINO.—¡Tráelo! ¡Deprisa! ¡Ya está ahí!

ESCENA SEGUNDA

El EMIR MANZOR y SALADINO

SALADINO.—¡Bienvenido, emir! ¿Qué, cómo ha ido eso? ¡Manzor, Manzor, que nos has hecho esperar mucho!

MANZOR.—Esta carta informa de los disturbios que tuvo que reprimir tu Abulkassem en la Tebaida antes de que pudiéramos pensar en partir de allí. Luego, aceleré el convoy lo más que se pudo.

SALADINO.—¡Te creo! Disponte a tomar, buen Manzor, a tomar enseguida... Mas ¿querrás hacerlo también?..., disponte a tomar escolta de refresco enseguida. Has de seguir adelante enseguida; tienes que llevar la mayor parte del dinero al Líbano, a mi padre.

MANZOR.—¡De buen grado! ¡Con mucho gusto!

SALADINO.—Pero no vayas a tomarte la escolta demasiado escasa. Por el Líbano ya no andan las cosas tan seguras. ¿No has oído nada? Los templarios están empezando a moverse. ¡Estate bien alerta! ¡Anda, ven! ¿Dónde paró el convoy? Quiero verle y ocuparme personalmente de todo. ¡Eh, vosotros! Ahora mismo estoy con Sita.

ESCENA TERCERA

Escenario: El palmar ante la casa de NATHAN, donde el TEMPLARIO pasea arriba y abajo

TEMPLARIO.—En la casa, yo no entro. ¡Ya acabará por dejarse ver él, sin duda! ¡En tiempos se advertía mi presencia bien pronto, bien a gusto! Tengo ganas de ver cómo me pide que desista de rondar con tanta asiduidad por delante de su casa. ¡Ejem! Pero yo también estoy muy disgustado. Y ¿qué será lo que me tiene tan enojado contra él? Dijo que sí; no me ha denegado nada todavía. Y Saladino se ha encargado de apaciguarlo. Pues ¿qué? ¿Iba apestar, en efecto, menos a flor de piel en mí el cristiano que en él el judío? ¿Quién se conoce bien? ¿Cómo iba a permitirle yo que se aprovechara de la ocasión de birlarles a los cristianos la pequeña presa? Por cierto que de pequeña presa ¡nada tiene semejante criatura! ¿Criatura? Y ¿de quién es? No será del esclavo que deja en la solitaria orilla de la vida el bloque de piedra que ha balseado y se aparta luego de allí; sino, más bien, del artista que, en el bloque arrojado a la orilla, imaginó la divina forma que luego esculpiera. ¡Ah! El padre de Reha será por la eternidad un judío, aunque la haya engendrado un cristiano. Si me la imagino meramente como a una joven cristiana, si me la imagino sin todo lo que sólo un judío como éste podía darle; habla corazón ¿qué te gustaría de ella? ¡Nada! ¡Poco! Su misma sonrisa no sería más que un dulce y bonito movimiento espontáneo de su boca; lo que la hace sonreír no merecería ese encanto que cobra en su boca: ¡No; ni su sonrisa

lo merecería! ¡Pues no he visto yo derroches aún más bizarros en punto a devaneos, flirteos, burlas, zalamerías, amoríos! ¿Y me encantó todo eso? ¿Desató en mí, como me ha sucedido ahora, el deseo de pasar mi vida revoloteando sin fin a su resplandor? Que yo sepa, no. Entonces, ¿por qué ponerme veleidoso con quien, solo, le diera a ella ese alto valor? ¿Cómo es posible? ¿Por qué? ¡Quizá me merecí la ironía con que me despidió Saladino! ¡Ya es bastante bochornoso que lo pudiera pensar Saladino! ¡Qué pequeño debí de aparecer a sus ojos! ¡Qué despreciable! ¿Y todo por una muchacha? ¡Curd, Curd! Así no se puede seguir. ¡Cambia! ¡Mira que si Daya no hubiera hecho más que charlar de cosas difíciles de probar! ¡Ahí está, saliendo al fin de su casa, sumido en conversación! ¡Ah! ¡Con quien! ¿Con él? ¿Con mi hermano de claustro? ¡Ah! ¡Pues seguro que ya lo sabe todo! ¡No cabe duda de que lo han traicionado ante el patriarca! ¡Ah! ¡Buena la he organizado, cabezota de mí! ¡Que una sola chispa de esa pasión pueda hacer arder tan gran porción de nuestro cerebro! ¡Decide rápido lo que vas a hacer de ahora en adelante! Voy a hacerme a un lado y a esperarlos aquí; por si el hermano se va y lo deja.

ESCENA CUARTA

NATHAN y el HERMANO LEGO

NATHAN.— (*Según se va acercando*) ¡Muchas gracias de nuevo buen hermano!

HERMANO LEGO.—¡Igualmente!

NATHAN.—¿A mí? ¿Vos? ¿Por qué? ¿Por mi obstinación en instaros a aceptar lo que no necesitáis? Habría lugar a ello si vuestra obstinación se hubiera doblegado ante la mía, si no hubierais querido, a viva fuerza, ser más rico que yo.

HERMANO LEGO.—De todos modos, el libro no me pertenece; de todos modos, constituye toda la herencia paterna de la hija. Sí, bueno; os tiene a vos, por supuesto. Mas ¡quiera Dios que no tengáis que arrepentiros nunca de haber hecho tanto por ella!

NATHAN.—¿Sería yo capaz de eso? Nunca seré capaz de eso. ¡No os preocupéis!

HERMANO LEGO.—¡Hombre! Los patriarcas y los templarios...

NATHAN.—Nunca tendrán el poder de hacerme tanto mal que me arrepienta yo de alguna cosa; ¡cuánto menos de esto! Así que ¿tan seguro estáis de que es un templario quien está azuzando a vuestro patriarca?

HERMANO LEGO.—Es casi imposible que sea otro. Hace poco habló con él un templario; y lo que oí decir, pega con eso.

NATHAN.—El caso es que en Jerusalén ahora no hay más que uno. Y a ése lo conozco yo. Es amigo mío. ¡Hombre joven, noble, abierto!

HERMANO LEGO.—Sí, exactamente; ¡el mismo! Sin embargo, lo que se es en el mundo no coincide siempre con lo que se tiene que ser.

NATHAN.—Por desgracia, no. Así que, sea quien sea, ¡ya puede hacer todo el mal, o todo el bien, que esté en sus manos! Yo, con vuestro libro, hermano, desafío a todos; y desde aquí me voy con él al Sultán.

HERMANO LEGO.—¡Buena suerte! Entonces, os dejo aquí.

NATHAN.—Y ¿no la habéis visto nunca? No dejéis de venir pronto por casa y con frecuencia. ¡Ojalá que aún no se haya enterado el patriarca, hoy, de nada! Pero ¡qué más da! Decidle hoy también lo que queráis.

HERMANO LEGO.—Yo no. ¡Pasadlo bien! (*Hace mutis.*)

NATHAN.—¡No nos olvidéis, hermano! ¡Dios! ¡Y que no pueda dejarme caer de rodillas aquí mismo bajo el ancho cielo! ¡Cómo se desata por sí mismo el nudo que tantas veces me inquietaba! ¡Dios! ¡Qué alivio, poder ir por el mundo sin nada que ocultar a nadie! ¡Poderse mover por el mundo ante los hombres con la misma libertad que ante Ti, que no necesitas juzgar a los hombres según sus obras, que tan raramente son las tuyas, oh Dios!

ESCENA QUINTA

NATHAN *y el* TEMPLARIO, *que se dirige a él desde un lado*

TEMPLARIO.—¡Eh, Nathan! ¡Espera, llévame contigo!

NATHAN.—¿Quién llama? ¿Sois vos, caballero? ¿Dónde estuvisteis que no se os pudo encontrar en casa del Sultán?

TEMPLARIO.—Ninguno de los dos dio con el otro. No lo tomes a mal.

NATHAN.—Yo, no; pero Saladino...

TEMPLARIO.—Acababais de marcharos vos...

NATHAN.—¿Habéis hablado pues con él? Bueno, eso está bien.

TEMPLARIO.—Él, lo que quiere es hablar con nosotros dos juntos.

NATHAN.—Tanto mejor. Vente conmigo. A su casa me dirigía de todos modos.

TEMPLARIO.—¿Puedo preguntaros, Nathan, quién es el que se despedía de vos ahora mismo?

NATHAN.—¿Es que no lo conocéis?

TEMPLARIO.—¿No es esa alma de Dios, ese hermano lego de quien suele servirse el patriarca como sabueso?

NATHAN.—¡Puede ser! En casa del patriarca está, desde luego.

TEMPLARIO.—Tampoco es manco el ardid: por delante de la infamia envían el candor, la sencillez.

NATHAN.—Sí; la sencillez boba, no la piadosa.

TEMPLARIO.—En la piadosa no cree ningún patriarca.

NATHAN.—En este momento, respondo de él yo. No ayudará a su patriarca a llevar a cabo nada indecente.

TEMPLARIO.—Por lo menos, eso parece. ¿Y no os ha dicho nada de mí?

NATHAN.—¿De vos? De vos en particular, pues nada. No debe de conoceros por el nombre, ¿verdad?

TEMPLARIO.—No creo.

NATHAN.—De un templario sí que me ha dicho...

TEMPLARIO.—¿El qué?

NATHAN.—¡Algo que es impensable que se refiera a vos!

TEMPLARIO.—¡Quién sabe! Decídmelo, a ver.

NATHAN.—Que uno me ha acusado ante su patriarca...

TEMPLARIO.—¿Os ha acusado? Eso, con su permiso es falso.

¡Escuchadme, Nathan! Yo no soy hombre capaz de no confesar lo que haya hecho. ¡Yo hice lo que hice! Ahora; tampoco soy hombre que defienda estar bien hecho cuanto hago. ¿Cuál sería el error de que habría de avergonzarme? ¿No tengo el firme propósito de enmendarlo? ¿Y desconozco acaso cuán lejos pueden llegar los hombres por ahí? ¡Escuchadme, Nathan! El templario ese del hermano lego, soy yo, que os habría acusado; nada menos. ¡Bien sabéis vos qué es lo que me enfurecía, lo que me hacía arder la sangre en las venas! ¡Memo de mí! Vine a echarme en vuestros brazos, en cuerpo y alma. El modo como me recibisteis esa frialdad esa tibieza que la tibieza es peor aún que la frialdad; el comedimiento con que os esforzabais en no daros por enterado; las preguntas carentes de todo fundamento con que queríais aparentar que me estabais respondiendo: casi me es imposible imaginarme ahora todo eso sin perder la calma. ¡Escuchadme, Nathan! Encontrándome en tal fermentación, siguiome sigilosamente Daya y me metió en la cabeza su secreto, que me pareció encerrar la explicación de vuestra enigmática conducta.

NATHAN.—¿Cómo es posible?

TEMPLARIO.—¡Escuchadme hasta el final! Es que me imaginé que no tendríais ganas de perder por un cristiano lo que un buen día les birlasteis a los cristianos. Y así se me ocurrió poneros el cuchillo en la garganta, sin rodeos y por las buenas.

NATHAN.—¿Sin rodeos y por las buenas? ¿Y por las buenas? ¿Dónde está ahí lo bueno?

TEMPLARIO.—¡Escuchadme, Nathan! Por supuesto: ¡No obré bien! Vos no sois culpable en absoluto. La estúpida de Daya no sabe lo que se dice Os es hostil Con todo esto no busca más que meteros en un mal pleito ¡Puede ser! ¡Puede ser! Yo soy un joven fatuo que siempre está fantaseando en uno de los dos extremos: o se pasa, o se queda corto ¡También podría ser eso! Perdonadme, Nathan.

NATHAN.—Sin duda, si me comprendéis así

TEMPLARIO.—En una palabra, ¡yo fui al patriarca! Pero no os nombré. ¡Eso es falso, como he dicho! Yo conté el caso así en general completamente, para averiguar su opinión. ¡Claro que también se hubiera podido dejar de hacer eso! Porque ¿no sabía yo de sobra que el patriarca es un rufián? ¿No hubiera podido pedirnos personalmente explicaciones? ¿Era preciso que expusiera yo a la pobre muchacha a perder tal padre? Bien, ¿qué más da? La villanía del patriarca, que se conserva siempre igual, me ha devuelto en mí mismo por el camino más corto. Porque, escuchadme, Nathan, ¡escuchadme hasta el final! Supongamos que conociera también vuestro nombre; ¿qué más da, ahora, qué más da? Él puede quitaros la muchacha solamente en el caso de que no sea de nadie más que vuestra. De *vuestra* casa no puede llevársela más que al claustro. Así que ¡dádmela! Dádmela a mí y que venga él de cara. ¡Ah! Mucho se cuidará de quitarme a mi esposa. Dádmela a mí; ¡enseguida! ¡Sea hija vuestra o no! ¡Sea cristiana, judía o ni una cosa ni otra!

¡No importa, no importa! Ni ahora ni jamás mi vida os haré una pregunta sobre esto. ¡Sea como quiera!

NATHAN.—Por lo que veo, os figuráis que me hace mucha falta ocultar la verdad.

TEMPLARIO.—¡Sea como quiera!

NATHAN.—Ni a vos ni a quien tenga derecho a saberlo, le he negado yo nunca que es cristiana y que no es más que hija adoptiva mía. ¿Que por qué no se lo he manifestado aún a ella? De eso no tengo que dar explicaciones a nadie más que a ella.

TEMPLARIO.—Tampoco necesitáis dárselas a ella. ¡Dadle la posibilidad de que no os vea nunca con otros ojos! ¡Ahorradle ese descubrimiento! Vos, y nadie más que vos podéis disponer en este momento de ella. ¡Dádmela a mí! Os lo pido, Nathan; ¡dádmela a mí! Sólo yo puedo salváros la por segunda vez puedo y quiero.

NATHAN.—Sí ¡pudisteis, pudisteis! Ahora ya no. Demasiado tarde para ello.

TEMPLARIO.—¿Cómo que demasiado tarde?

NATHAN.—Gracias al patriarca...

TEMPLARIO.—¿Al patriarca? ¿Gracias, gracias a él? ¿Por qué? ¿Ése buscaba nuestra gratitud? ¿Por qué, por qué?

NATHAN.—Porque ahora sabemos quién es su pariente, ahora sabemos en qué manos puede ser puesta con seguridad.

TEMPLARIO.—Que se lo agradezca quien se lo agradecerá ¡por algo más que eso!

NATHAN.—Manos de las cuales tenéis que recibirla vos también ahora, y no de las mías.

TEMPLARIO.—¡Pobre Reha! ¡Qué de desgracias te pasan, pobre Reha! ¡Lo que para otros huérfanos sería una suerte, es para ti una desgracia! ¡Nathan! Y esos parientes, ¿dónde están?

NATHAN.—¿Dónde están?

TEMPLARIO.—¿Y quiénes son?

NATHAN.—Concretamente, encontrose a un su hermano, a quien tendréis que pedir la mano vos.

TEMPLARIO.—¿Un hermano? Y ¿qué es ese hermano? ¿Soldado? ¿Clérigo? Vamos a ver cómo puedo prometérmelas.

NATHAN.—Creo que no es ninguna de las dos cosas o bien es las dos cosas. Aún no lo conozco bien.

TEMPLARIO.—Y ¿qué más?

NATHAN.—¡Y es una buena persona! Reha no se encontrará a disgusto en su casa.

TEMPLARIO.—¡Claro, será cristiano! A veces no sé qué pensar de vos: no me lo toméis a mal, Nathan. ¿No tendrá que ponerse a hacer la cristiana viviendo entre cristianos? ¿Y no acabará siendo finalmente lo que esté representando ser bastante tiempo? ¿La mala hierba no acabará finalmente por sofocar al buen trigo que vos sembrasteis? ¿Y eso os preocupa tan poco? ¿A pesar de eso, sois capaz de decir vos... vos? ¿Que no se encontrará a disgusto en casa de su hermano?

NATHAN.—¡Así lo creo! ¡Así lo espero! Y si le faltara algo en casa de su hermano, siempre os tiene a vos y a mí, ¿no?

TEMPLARIO.—¡Oh, qué le va a faltar estando con su hermano! ¿No va a cuidar el hermanito de que tenga en abundancia la hermanita comida y vestido, golosinas y atavíos? ¿Y qué más necesita una hermanita? ¡Ah, sí: un marido! Bueno, bueno, eso también se lo sacará de la manga el hermanito a su debido tiempo; ¡un marido como Dios manda! ¡Cuanto más cristiano, mejor! ¡Nathan, Nathan! ¡Habíais formado un ángel y ahora os lo vana estropear otros!

NATHAN.—¡Tampoco es preciso! Seguirá manteniéndose aún digno de nuestro amor, el ángel.

TEMPLARIO.—¡No digáis eso! ¡De *mi* amor no digáis eso! El mío no se deja quitar nada, nada. ¡Ni tanto así! ¡Ni un nombre! Pero ¡un

momento! ¿Ella se recela algo de lo que le está pasando?

NATHAN.—Es posible; aunque yo no acierto a saber quién se lo habrá dicho.

TEMPLARIO.—Tanto da; en uno y otro caso, debe tener que enterarse por mí de la amenaza que pesa sobre su destino. Ya no ha lugar mi idea de no verla ni hablar con ella hasta poder llamarla mía. Me voy corriendo...

NATHAN.—¡Espera! ¿A dónde vas?

TEMPLARIO.—¡A verla! ¡A ver si esa alma de mujer tiene bastante virilidad para tomar la única resolución digna de ella!

NATHAN.—¿Cuál?

TEMPLARIO.—Ésta: la de no preguntar más ni por vos ni por su hermano

NATHAN.—Y ¿luego?

TEMPLARIO.—Y seguirme a mí; aunque tuviera que convertirse además en la mujer de un musulmán.

NATHAN.—¡Quedaos! No la vais a encontrar. Está con Sita, con la hermana del Sultán.

TEMPLARIO.—¿Desde cuándo? ¿Por qué?

NATHAN.—Y si al mismo tiempo queréis encontrar allí con ellas al hermano, no tenéis más que venir conmigo.

TEMPLARIO.—¿Al hermano? ¿A cuál? ¿Al de Sita o al de Reha?

NATHAN.—Es fácil que a los dos. ¡Veníos y veréis! ¡Venid, os lo pido!
(*Se lo lleva.*)

ESCENA SEXTA

Escenario: el harén de SITA

SITA y REHA, abstraídas en conversación

SITA.—¡Pues no me alegro poco de que estés aquí, dulce chiquilla!
¡Pero no estés tan ansiosa, tan acongojada, tan temerosa!
¡Anímate, sé comunicativa, ten confianza!

REHA.—Princesa...

SITA.—¡Que no! ¡Nada de princesa! Llámame Sita, tu amiga, tu hermana. ¡Llámame madrecita tuya! Verdaderamente, casi podría serlo, también. ¡Tan joven, tan discreta, tan piadosa!
¡Pues no sabrás cosas! ¡Qué no habrás leído!

REHA.—¿Leído yo? Sita, te estás burlando de la tonta de tu hermana pequeña. Casi no sé leer.

SITA.—¿Que casi no sabes? ¡Mentirosilla!

REHA.—¡La letra de mi padre, un poco! Creía que hablabas de libros.

SITA.—¡Por supuesto! De libros.

REHA.—Bueno, libros, ¡la verdad es que los leo con dificultad!

SITA.—¿En serio?

REHA.—Totalmente en serio. A mi padre no le gusta nada la fría erudición libresca que sólo con signos muertos se imprime en el cerebro.

SITA.—¡Ay, qué cosas dices! ¡Con todo, no va muy descaminado!
Así que mucho de lo que tú sabes...

REHA.—Lo sé de su boca sólo. Y de las más de esas cosas podría decirte todavía cómo, dónde y cuándo me las enseñó.

SITA.—De esa manera se enhebra todo mejor. Así se aprende con toda el alma.

REHA.—¡Seguro que Sita también ha leído poco, o nada!

SITA.—¿Qué quieres decir? No me jacto de lo contrario. Pero ¿qué quieres decir? ¡Razones! Habla sin temor. ¡Razones!

REHA.—Es muy sencilla; nada afectada; sólo se parece a sí misma...

SITA.—Y ¿qué?

REHA.—Mi padre dice que los libros no suelen hacernos así.

SITA.—¡Hay que ver tu padre, qué hombre!

REHA.—¿Verdad?

SITA.—¡Qué cerca da siempre del blanco!

REHA.—¿Verdad? Y a este padre

SITA.—¿Qué te pasa, amor?

REHA.—A este padre

SITA.—¡Dios! ¿Estás llorando?

REHA.—Y a este padre ¡Ah, tengo que desahogarme! Mi corazón se ahoga, se ahoga... (*Anegada en lágrimas se arroja a sus pies.*)

SITA.—Criatura ¿qué te pasa, Reha?

REHA.—A este padre tengo que ¡tengo que perderlo!

SITA.—¿Tú? ¿Perder? ¿Perderlo a él? ¿Cómo es eso? ¡Tranquila! ¡Nunca jamás! ¡Levántate!

REHA.—¡No te habrás ofrecido en balde a ser mi amiga, a ser mi hermana!

SITA.—¡No; lo soy, lo soy! Pero ¡levántate! Si no, habré de pedir auxilio.

REHA.—(*Haciendo de tripas corazón y levantándose.*) ¡Ah, disculpa, perdona! Mi dolor me hizo olvidarme de quién eres. Con Sita no

valen súplicas ni desesperos. La razón fría y tranquila es lo único que tiene poder sobre ella. ¡Con Sita vence la causa de quien se deja guiar de la razón!

SITA.—¿De qué se trata?

REHA.—¡No, no lo permitas, amiga mía, hermana mía! ¡No permitas nunca que me endosen otro padre!

SITA.—¿Otro padre? ¿Que te endosen? ¿A ti? Pero ¿quién puede, quién puede siquiera querer eso, querida?

REHA.—¿Quién? La buena de mi mala Daya, ésa puede quererlo, quiere poder hacerlo. Sí, ¿tú no conoces a la buena de esa mala Daya? Pues ¡Dios se lo perdone! ¡Se lo pague! ¡Me ha hecho tanto bien, y tanto mal!

SITA.—¿Mal a ti? Pues verdaderamente poco tendrá de bueno.

REHA.—¡Sí, mucho mucho!

SITA.—¿Quién es?

REHA.—Una cristiana que me cuidó en mi niñez, ¡y cómo me cuidó! ¡No te lo puedes imaginar! ¡Hizo que echara de menos bien poco una madre! ¡Dios se lo pague! Pero, por otra parte, ¡me angustió de tal modo, me atormentó de tal modo!

SITA.—Pero ¿en qué? ¿Por qué? ¿Cómo?

REHA.—¡Ay, pobre mujer!, te lo voy a decir es cristiana; tiene que atormentar por amor; es una de esas fanáticas que se jactan de conocer ¡el único camino verdadero de que dispone el hombre para encaminarse hacia Dios!

SITA.—¡Ya comprendo!

REHA.—Y que se sienten obligadas a encaminar hacia él a cuantos yerran en ese camino. Difícilmente pueden dejar de obrar así. Porque, dado que sea verdad que sólo ese camino conduce derechamente, ¿cómo van a quedarse tranquilas viendo que sus amigos se van por otro un camino que los arroja a la perdición, a la perdición eterna? Tendría que ser posible amar y odiar al mismo tiempo a un mismo hombre. Tampoco es esto lo que en

último término hace que me queje de ella. De buena gana hubiera podido soportar aún más tiempo sus suspiros, sus advertencias, su oración, sus amenazas; ¡de buena gana! Me llevaba siempre en efecto a pensamientos buenos y útiles. ¡Y a quién no halaga en el fondo sentirse apreciado y estimado por alguien, quienquiera que sea, que no soporta el pensamiento de tener que estar eternamente privado de nosotros!

SITA.—¡Muy cierto!

REHA.—Pero... pero ¡es que se pasa ya demasiado! Llega a un extremo en que no puedo contraponerle nada: ni la paciencia, ni la reflexión; ¡nada!

SITA.—¿Cuál? ¿A qué?

REHA.—A lo que me acaba de decir que ha descubierto.

SITA.—¿Descubierto? ¿Ahora precisamente?

REHA.—¡Ahora precisamente! Viniendo hacia aquí, nos acercábamos a un templo cristiano en ruinas. Se paró de repente; parecía luchar consigo misma; humedecidos los ojos, miraba ya al cielo, ya hacia mí. Al fin me dijo: «¡ven y crucemos por este templo!» Camina; la sigo, y vaga mi vista espantada por las ruinas medio derruidas. Se detiene otra vez, y me veo con ella en las gradas hundidas de un altar que amenaza ruina. ¿Qué me pasó?, cuando se me arroja a los pies con encendidas lágrimas, con las manos cruzadas...

SITA.—¡Pobre criatura!

REHA.—Me conjura por la Divina, que tantas oraciones escuchara en ese lugar y tantos milagros cumpliera; me conjura con miradas de verdadera conmiseración a que ¡me apiade de mí misma! Por lo menos, a que la perdone si tiene que darme a conocer las pretensiones que su Iglesia tiene sobre mí.

SITA.— (¡Desgraciada! ¡Me lo sospechaba!).

REHA.—Que mi linaje es cristiano; que estoy bautizada; que no soy hija de Nathan; ¡que él no es mi padre! Dios, Dios, ¡que no es mi

padre! ¡Sita, Sita! Aquí estoy otra vez a tus pies...

SITA.—¡Reha! ¡Que no! ¡Levántate! ¡Viene mi hermano! ¡Levántate!

ESCENA SÉPTIMA

SALADINO *y los anteriores*

SALADINO.—¿Qué pasa aquí, Sita?

SITA.—¡Está fuera de sí! ¡Dios!

SALADINO.—¿Quién es?

SITA.—Ya sabes...

SALADINO.—¿La hija de nuestro Nathan? ¿Tiene necesidad de alguna cosa?

SITA.—¡Pero vuelve en ti, criatura! El Sultán...

REHA.— (*Andando de rodillas hasta los pies de Saladino, y con la cabeza inclinada al suelo.*) ¡No me levanto! ¡No sin más! ¡No me es posible, así, dirigir la mirada al semblante del Sultán! No me es posible admirar el resplandor de la justicia y la bondad eternas en sus ojos, en su frente, si antes no...

SALADINO.—¡Levanta... levántate!

REHA.—Si antes no me promete...

SALADINO.—¡Ven! Te prometo... ¡lo que sea!

REHA.—¡Ni más ni menos que nos dejen, a mí, mi padre, y a él mi persona! Aún no sé quién pretende ser mi padre; quién puede pretenderlo. Ni quiero saberlo tampoco. Pero ¿es que el padre lo hace la sangre, sólo la sangre?

SALADINO.— (*Alzándola.*) ¡Ya caigo! ¿Quién fue tan cruel como para ir a meterte en la cabeza para ir a meterte semejantes cosas? Pero ¿es que eso está ya decidido? ¿Es que está probado?

REHA.—¡Debe de estarlo, por lo visto! Porque Daya dice saberlo de mi nodriza.

SALADINO.—¡De tu nodriza!

REHA.—Que se sintió obligada a confiárselo en la hora de su muerte.

SALADINO.—¡Hasta muriéndose! ¿Y no estaba ya delirando? ¡Y aunque fuera verdad! Pues, claro: ¡la sangre sola no hace a un padre, ni mucho menos! ¡Apenas si basta para hacer padre de un animal! ¡Todo lo más, da el primer derecho a ganarse ese nombre! ¡No tengas miedo! ¿Sabes qué? No bien empiecen a pelearse por ti dos padres, ¡los dejas a los dos y coges un tercero! ¡Cógeme a mí por padre tuyo!

SITA.—¡Oh, hazlo, hazlo!

SALADINO.—¡Seré un buen padre, muy buen padre! Pero ¡un momento! Se me está ocurriendo algo mucho mejor. ¿Qué necesidad tienes tú de padres? ¿Y cuando se mueran? ¡Hay que proveerse a tiempo de alguien que rivalice con nosotros a ver quién vive más tiempo! ¿Conoces ya alguno?...

SITA.—¡No la hagas sonrojarse!

SALADINO.—Eso es evidentemente lo que me he propuesto. El rubor hace guapas a las feas; ¿cómo no va a hacer más guapas a las guapas? He citado a Nathan, tu padre, y también a otro a otro, los he citado aquí. ¿Adivinas a quién? ¡Aquí! Tú me permitirás, ¿verdad, Sita?

SITA.—¡Hermano!

SALADINO.—¡Y prepárate a ruborizarte en abundancia ante él, querida!

REHA.—¿Ante quién? ¿Sonrojarme?...

SALADINO.—¡Hipocritilla! ¡Si lo prefieres, palidece! ¡Como gustes y puedas!

(Entra una esclava y se aproxima a SITA.)

¿Han llegado ya?

SITA.— (A *la esclava*.) ¡Bien! Hazlos pasar. ¡Son ellos, hermano!

ESCENA ÚLTIMA

NATHAN y el TEMPLARIO, más los anteriores

SALADINO.—¡Ah, mis queridos buenos amigos! ¡A ti, a ti, Nathan, he de comunicarte antes que nada que ya puedes mandar a retirar tu dinero cuando quieras!...

NATHAN.—¡Sultán!...

SALADINO.—Ahora también yo estoy a tu servicio...

NATHAN.—¡Sultán!...

SALADINO.—Llegó la caravana. Otra vez estoy tan rico como no lo fui en mucho tiempo. ¡Anda, dime qué necesitas para emprender algo verdaderamente grande! ¡Que a vosotros los comerciantes, a vosotros tampoco os sobra nunca liquidez!

NATHAN.—Y ¿por qué atender primero a esa pequeñez? Ahí veo unos ojos con lágrimas que me interesa mucho más enjugar. (Se dirige a REHA.) ¿Has llorado? ¿Necesitas algo? Eres aún hija mía, ¿no?

REHA.—¡Padre mío!...

NATHAN.—Nos entendemos. ¡Basta! ¡Serénate! ¡Sosiégate! ¡Con tal que seas dueña de tu corazón! ¡Con tal que tu corazón no esté amenazado de ninguna pérdida! ¡A tu padre no lo has perdido!

REHA.—¡Ninguna, ninguna pérdida más!

TEMPLARIO.—¿Ninguna más? ¡Hombre! Pues entonces me equivoqué. Si uno no tiene miedo de perder algo, es porque nunca creyó poseerlo ni lo deseó nunca. ¡Perfecto, perfecto!

¡Esto lo cambia todo, Nathan, lo cambia todo! Saladino, hemos venido por orden tuya. Pero yo te induje a error; ¡no hace falta que te esfuerces más!

SALADINO.—¡Qué manera de precipitarse otra vez, joven! ¿Es que todo te ha de salir a satisfacción, todo te ha de salir a pedir de boca?

TEMPLARIO.—¿Pero lo estás oyendo, lo estás viendo, Sultán?

SALADINO.—¡Toma, es verdad! ¡Menos mal que no estabas más seguro del asunto!

TEMPLARIO.—Pues ahora lo estoy.

SALADINO.—Quien se prevale así de cualquier buena acción, la está retractando. Una cosa no es propiedad tuya porque la hayas salvado tú. ¡De lo contrario, el ladrón a quien su avaricia arroja al fuego, sería tan héroe como tú! (*Dirigiéndose hacia REHA para llevarla al TEMPLARIO.*) ¡Ven, querida joven, ven! No se lo tomes literalmente. Porque si no fuera así, si fuera menos ardiente y orgulloso, hubiera dejado de salvarte. ¡Vaya lo uno por lo otro! ¡Ven! ¡Avergüénzalo a él! ¡Haz lo que le convendría hacer a él! ¡Confíésale tu amor! ¡Ofrécete a él! Y si te rechaza, que no se te olvide nunca que, en este trance, hiciste tú inmensamente más por él que él por ti... Pues, ¿qué ha hecho él por ti? ¡Chamuscarse un poco! ¡No está nada mal! ¡De mi hermano, de mi Assad, no tiene nada, pues! Lleva su careta, no su corazón. Ven amor...

SITA.—¡Ves, ves, amor, ves! Que aún es poco para tu gratitud; no es más que nada.

NATHAN.—¡Un momento, Saladino; un momento, Sita!

SALADINO.—¿Tú también?

NATHAN.—Aquí hay otro que ha de decir algo todavía...

SALADINO.—¿Quién lo niega? ¡Es indiscutible, Nathan, que a tal padre adoptivo le corresponde tener voz! La primera, si quieres. Como ves, de la situación estoy perfectamente al tanto.

NATHAN.—¡No tanto! No me refiero a mí. Es otro, otro muy distinto, mucho, a quien yo ruego se oiga también antes, Saladino.

SALADINO.—¿Quién?

NATHAN.—¡Su hermano!

SALADINO.—¿Hermano de Reha?

NATHAN.—¡Sí!

REHA.—¿Mi hermano? ¿Así que tengo un hermano?

TEMPLARIO.— (*Saltando de su distracción furiosa y taciturna.*)
¿Dónde, dónde está ese hermano? ¿Aún no está aquí? Me dijeron que lo encontraría aquí.

NATHAN.—¡Un poco de paciencia!

TEMPLARIO.— (*Con extremada acritud.*) Ya le ha colocado un padre:
¿no va a encontrarle también un hermano?

SALADINO.—¡El colmo! ¡Cristiano! Sospecha tan baja no hubiera rozado los labios de Assad. ¡Bien, sigue así!

NATHAN.—¡Perdónalo! A mí no me cuesta perdonarlo. ¡Quién sabe lo que en su lugar y a su edad pensáramos nosotros! (*Acercándosele amigablemente.*) ¡Naturalmente, caballero! A la desconfianza le sigue la sospecha.— Si me hubierais hecho el honor de darme a conocer vuestro *verdadero* nombre enseguida...

TEMPLARIO.—¿Cómo?

NATHAN.—¡Vos no sois un Stauffen!

TEMPLARIO.—Pues entonces, ¿quién soy?

NATHAN.—No os llamáis Curd von Stauffen.

TEMPLARIO.—Pues ¿cómo me llamo?

NATHAN.—Os llamáis Leu von Filneck.

TEMPLARIO.—¿Cómo?

NATHAN.—¿Estáis desconcertado?

TEMPLARIO.—¡Con razón! ¿Quién dice eso?

NATHAN.—Yo, y puedo deciros más aún, más. Sin embargo, no os acuso de mentira alguna.

TEMPLARIO.—¿No?

NATHAN.—Bien pudiera ser que también os corresponda el otro nombre.

TEMPLARIO.—¡Eso diría yo! (¡Eso es lo que se dice que Dios inspira a alguien!)

NATHAN.—Porque vuestra madre era una Stauffen. Su hermano y tío vuestro, el que os educó, y en cuyas manos os dejaron vuestros padres en Alemania cuando se vinieron acá arrojados de allí por aquel cielo áspero; ¡ése su hermano llamábase Curd von Stauffen, y pudo haberse encargado de vos ya en vuestra infancia! ¿Hace mucho que os trasladasteis aquí con él? ¿Vive aún?

TEMPLARIO.—¡No sé por dónde tirar! ¡Nathan! ¡Ciertamente! ¡Así es! Murió ya. Yo llegué aquí con el último refuerzo de nuestra Orden. Pero, pero ¿qué tiene que ver con todo esto el hermano de Reha?

NATHAN.—Vuestro padre...

TEMPLARIO.—¿Cómo? ¿Lo conocisteis también?

NATHAN.—Era amigo mío.

TEMPLARIO.—¿Era amigo vuestro? ¡Será posible, Nathan!...

NATHAN.—Se llamaba Wolf von Filneck; pero no era alemán.

TEMPLARIO.—¿También sabéis eso?

NATHAN.—Pero estaba casado con una alemana; siguió a vuestra madre a Alemania, por poco tiempo...

TEMPLARIO.—¡Ya está bien! ¡Por favor os lo pido! ¿Y el hermano de Reha, el hermano de Reha?...

NATHAN.—¡Sois vos!

TEMPLARIO.—¿Yo? ¿Yo su hermano?

REHA.—¿Él mi hermano?

SITA.—¡Hermanos!

SALADINO.—¡Hermanos ellos!

REHA.— (*Quiere acercarse a él.*) ¡Ah, hermano mío!

TEMPLARIO.— (*Haciéndose atrás.*) ¡Su hermano!

REHA.— (*Detiénese y se vuelve a NATHAN.*) ¡No puede ser, no puede ser! ¡Su corazón no sabe nada de eso! ¡Somos unos tramposos! ¡Dios!

SALADINO.— (*Al TEMPLARIO.*) ¿Tramposos? ¿Cómo? ¿Eso crees tú? ¿Eso eres capaz de pensar? ¡Tramposo serás tú! ¡En ti es todo una mentira: el rostro, la voz, los andares! ¡No es tuyo nada! ¡No querer reconocer a una hermana como ésta! ¡Anda!

TEMPLARIO.— (*Acercándosele con humildad.*) ¡No interpretes mal mi asombro, Sultán! No creo que vieras alguna vez a Assad en circunstancias como ésta; ¡no yerres con él y conmigo!

(*Precipitándose hacia NATHAN.*)

¡Tomáis de mí y me dais, Nathan! ¡Lo uno y lo otro, a manos llenas!
¡No, me dais más de lo que me tomáis, inmensamente más!

(*Echándose al cuello de REHA.*)

¡Ah, hermana mía, hermana mía!

NATHAN.—¡Blanda von Filneck!

TEMPLARIO.—¿Blanda, Blanda? ¿Reha no? ¿Ya no es vuestra Reha? ¡Dios! ¡La rechazáis, le devolvéis su nombre cristiano! ¡La rechazáis por mí! ¡Nathan, Nathan! ¿Por qué hacérselo pagar a ella? ¡A ella!

NATHAN.—¿Cómo? ¡Oh hijos míos, hijos míos! Porque, ¿no va a ser hijo mío el hermano de mi hija así que quiera?

(Mientras se entrega él a sus abrazos, aproximase SALADINO a su hermana con inquieto asombro.)

SALADINO.—¿Qué dices de esto, hermana?

SITA.—Estoy conmovida...

SALADINO.—Y yo... ¡yo casi me echo atrás ante una emoción aún mayor! Prepárate a ella, si puedes.

SITA.—¿Cómo?

SALADINO.—¡Nathan! ¡Una cosa, una cosa!

(Mientras se le acerca NATHAN, se acerca SITA a los hermanos para estimoniarles su simpatía; y NATHAN y SALADINO hablan en voz baja.)

¡Escucha, escucha, Nathan! ¿No dijiste antes...?

NATHAN.—¿Cuál?

SALADINO.—Que su padre no fue alemán, alemán nativo. ¿Qué era, pues? ¿De dónde era?

NATHAN.—Eso no quiso confiármelo él mismo, nunca. De su misma boca no sé nada sobre ello.

SALADINO.—¿Y tampoco era un franco, un occidental?

NATHAN.—¡Oh! Que no era tal, eso no tenía inconveniente en admitirlo. De preferencia, hablaba persa...

SALADINO.—¿Persa? ¿Persa? ¿Qué más quiero? ¡Es él! ¡Fue él!

NATHAN.—¿Quién?

SALADINO.—¡Mi hermano! ¡Seguro! ¡Mi Assad! ¡Seguro!

NATHAN.—Bueno, si caes tú mismo en la cosa ¡en este libro tienes la confirmación! *(Alargándole el breviario.)*

SALADINO.— (*Abriéndolo ansioso.*) ¡Ah, su letra! ¡La reconozco también!

NATHAN.—¡De esto, ellos no saben nada! ¡Sólo de ti depende lo que hayan de saber de esto!

SALADINO.— (*Mientras hojea el breviario.*) ¿Yo no voy a reconocer a los hijos de mi hermano? ¿A mis sobrinos a mis hijos, no voy a reconocerlos? ¿Yo? ¿Dejártelos a ti?

(*En voz alta otra vez.*)

¡Son ellos! ¡Son ellos, Sita, lo son! ¡Son ellos! Los dos son míos...
¡Los hijos de mi hermano!

(*Corre a abrazarse con ellos.*)

SITA.— (*Siguiéndolo.*) ¡Qué estoy oyendo! Pero ¿podía ser de otra manera, podía ser de otra manera?

SALADINO.— (*Al TEMPLARIO.*) ¡Cabezota, ahora vas a tener que quererme!

(*A REHA.*)

¿Soy ahora lo mismo que me ofrecí a ser? ¡Lo quieras o no!

SITA.—¡Yo también, yo también!

SALADINO.— (*Volviéndose al TEMPLARIO.*) ¡Hijo mío, mi Assad, hijo de mi Assad!

TEMPLARIO.—¡Soy de tu sangre, yo! ¡Los sueños aquellos con que mecieron mi infancia, en efecto eran más que sueños! (*Cayendo a sus pies.*)

SALADINO.— (*Alzándolo.*) ¡Mirad el bribón! ¡Sabido algo de esto, me puso en el brete de ser su asesino! ¡Espera y verás!

(*Mientras se abrazan unos a otros en silencio, cae el telón.*)



Gotthold Ephraim Lessing nació en Kamenz, el 22 de enero de 1729. Era el mayor de los hijos de una numerosa familia, y fue destinado al estado eclesiástico por su padre Juan-Gottfried Lessing, que era pastor de almas del pueblecito de Kamenz. Después de los estudios preliminares hechos bajo la dirección paternal, Lessing fue admitido en la institución de enseñanza, por entonces muy célebre, de la ciudad de Meissen, en la Alta Lusacia.

Cursó rápidamente los diferentes grados de instrucción que allí se deban e ingresó en la Universidad de Leipzig en el mes de septiembre de 1746.

Inscrito como estudiante de teología, cedió sin embargo a su gusto por las letras y comenzó a escribir artículos literarios y hasta obras de teatro. Estas noticias llenaron de espanto la casa del pastor. Escribieron al hijo pródigo en el sentido de que en adelante no debía de contar con el apoyo de su familia; que le habían enviado a la

Universidad para que fuese un honorable pastor y no un vil histrión; que debía de volver inmediatamente al hogar paternal, si no quería incurrir en la maldición de sus padres y perderle por completo. Lessing obedeció. Sin embargo, bien pronto se le hizo pesada la estancia en Kamenz. Como, por otra parte, su presencia había tranquilizado un poco a sus padres, volvió a Leipzig con la firme resolución de estudiar, si no teología, cuando menos las ciencias y la literatura seria.

Esta nueva estancia en la ciudad universitaria fue, como la primera, una mezcla de actividad y placeres; los proyectos literarios del joven poeta fueron estorbados de mil maneras. No pudiendo vivir ya en Leipzig, decidió dirigirse a Berlín, que entonces era el centro de la Alemania política e intelectual.

Allí llegó, pobre y desconocido, en el mes de diciembre del año 1748. Berlín fue el primer teatro de sus éxitos, y también de sus luchas contra los hombres y las cosas. Allí encontró muchos detractores, pero hizo amistad con Mendelssohn, Nicolai y otros hombres de talento, de quienes fue amigo hasta su muerte.

Para vivir no contaba con otro recurso que su pluma. Así, pues, ofreció humildemente su colaboración a un periódico, que fue más tarde la *Gaceta de Voss*. Sus primeros artículos hicieron el efecto de un trueno en un día sereno. Ponían de manifiesto todo el vacío de la escuela, entonces floreciente, de Gottsched, el falso clásico, como le llamaba Lessing. Lessing fue implacable con todos los poetas dulzones, con todos los cerebros huecos que se atribuían el título de escritores porque sabían alinear las palabras con cierta facilidad; atacó incluso a los fanáticos admiradores de Klopstock, pues al alabar merecidamente al autor de la *Mesiada* supo, sutilmente, hacer resaltar la vana pompa y la sensibilidad un poco fingida que en Klopstock sirven muchas veces para velar la ausencia de ideas concretas y serias.

De este modo, un joven de veinte años, desde el fondo de su buhardilla, en donde más de una vez le faltó el pan cotidiano, derribaba los ídolos incensados por el mal gusto o la ignorancia. Atacaba, con una dialéctica bien rara a su edad, lo falso y lo mediocre allí donde lo encontraba. Las personas de talento fueron de su opinión, pero la multitud irritada de los autores gritó escandalizada; estas quejas no hacían más que aguzar el verbo del crítico; publicó uno tras otro una serie de folletines que aún hoy día constituyen modelos de crítica literaria. Pero la gloria llegaba antes que la fortuna.

De nada servía que el folletinista genial escribiera a su hermano diciéndole que sus comidas no costaban más que cincuenta céntimos diarios, y menos aún el alojamiento; poco era, pero había que ganarlo, y en aquel tiempo los trabajos literarios no producían nada o casi nada.

El pobre Lessing, como un enfermo que da vueltas y más vueltas en su lecho, iba de Berlín a Wittenberg, a Kamenz, a Leipzig, para volver a Berlín, en donde esperaba siempre que el gran Federico le concediera por fin un puesto tan bien ganado y tan vanamente solicitado era un hombre de mala suerte.

Sin embargo, en determinado momento creyó hallarse en el camino de la fortuna. Fue en 1750. Un gentilhomme del rey se hallaba comprometido en un desagradable proceso; este gentilhomme, de origen francés, se llamaba Voltaire. Voltaire había preparado para los jueces de Berlín una memoria que había que traducir al alemán. Lessing fue el encargado de hacer este trabajo. Ya tenemos, pues, a Lessing instalado en el palacio del rey, admitido a la mesa del ilustre escritor cuyo nombre corría por el mundo entero. Voltaire debía de recomendar su secretario de un día al poderoso monarca, discípulo y alumno suyo. Desgraciadamente, el secretario no fue bastante dócil, y sus relaciones con el gran Voltaire le resultaron más perjudiciales que provechosas respecto del rey de Prusia.

El desgraciado Lessing se vio obligado bien pronto a emprender de nuevo sus peregrinaciones. Le volvemos a encontrar sucesivamente en Wittenberg, en Leipzig, en Berlín. A esta época pertenece su primer drama burgués: *Miss Sara Sampson*; al mismo tiempo publicó sus *Cartas sobre la literatura moderna*, que constituyen un código literario siempre útil para una consulta; y, por último, sus fábulas, que todavía son lo mejor que han producido los alemanes en este género.

A pesar de esta fecundidad, su autor no salía de la pobreza. «El gran rey, escribía, paga lo que mata, pero no paga lo que vivifica». Cansado de escribir, de luchar y de sufrir, aceptó un puesto de secretario del comandante militar de Silesia. Vivió cinco años en Breslau, donde escribió *Minna de Barnhelm*, la primera, la única comedia buena compuesta por un alemán sobre un asunto alemán.

En Breslau, donde disfrutó de algún descanso, compuso Lessing su obra más notable, su *Laocoonte*. Esta obra de estética ha ejercido grandísima influencia sobre la crítica en Alemania, y, seguramente, en el mundo civilizado entero. Ha sido un manantial fecundo para todos los que desde entonces han hablado de poesía, pintura o escultura.

Por muy grande que sea el número de los que han bebido de esta fuente, fluye siempre abundante. Cuanto más se toma de ella más ofrece todavía. Y, sin embargo, el autor de esta hermosa obra sobre el arte de los antiguos no había podido contemplar con sus propios ojos los monumentos de la antigüedad; no conocía de ellos otra cosa que copias medianas. El *Laocoonte*, según la expresión de un comentador, es una estatua elevada en honor de la poesía.

En la época en que fue escrita, Winckelmann publicaba sus hermosas obras sobre la antigüedad. Su razonada admiración de las obras maestras plásticas legadas a los modernos por Atenas y Roma se había comunicado a sus lectores, es decir, a todos los hombres cultos de su tiempo. Lessing las admiraba tanto y más que

sus contemporáneos; pero su pasión literaria le hizo celoso de la importancia excesiva que la pintura y la escultura tienen en los libros de Winckelmann. El *Laocoonte* había de devolver a la poesía el rango que le corresponde. Lessing traza en él, de una manera cierta y definitiva, los límites de las artes y de la poesía; con los ejemplos mejor escogidos, con los más sólidos argumentos, con las ironías más finas, con los acentos más patéticos, prueba hasta qué punto llega la superioridad de la poesía sobre la pintura y la escultura.

Los ocios de Breslau, como vemos, no se han perdido para la posteridad. Lessing, que había pasado diez años de su vida atacando a los ídolos de su tiempo, comenzó entonces a producir modelos verdaderos en el drama y en la crítica. Después de haber dicho cómo no había que hacer, enseñaba cómo había que hacer. *Minna* y el *Laocoonte* son sus primeras obras positivas, los hermosos frutos de sus horas libres en la capital de Silesia.

Sin embargo, Lessing se habituaba mal a su oficio de empleado. Esta vida cómoda que pagaba con su asiduidad a las oficinas le fue resultando poco a poco más pesada que la existencia precaria que había llevado tan a menudo en Leipzig y Berlín; renunció a ella para volver a esta última ciudad, cerca de su querido Mendelssohn y demás amigos. Pero la esperanza de obtener por fin un empleo en la capital de Prusia se desvaneció cada vez más. Y Lessing, según su propia expresión, se hallaba en el mercado, sin que nadie quisiera tomarle a su servicio^[1].

Berlín y el gran rey llegaron a inspirarle por fin una antipatía que nunca más pudo ya vencer. Cuando procuraba abandonar aquellos lugares tan inhospitalarios para él, Hamburgo creó un teatro; los directores ofrecieron a Lessing el puesto de «dramaturgo». Aceptó con alegría y llegó a Hamburgo en los primeros días de abril. Para este teatro compuso su famosa *Dramaturgia*^[2].

La *Dramaturgia* no es otra cosa que una crítica de las obras representadas en el teatro de Hamburgo durante varios años; es el

desarrollo, por medio de ejemplos, de las teorías del *Laocoonte*. El *Laocoonte* se eleva por encima de los casos particulares para ocuparse solamente de los principios. En él se citan los grandes escritores para apoyar las leyes generales, pero éstas son las que atraen toda la atención; los autores con sus obras se nombran incidentalmente. La *Dramaturgia*, por el contrario, se refiere directamente a las obras y a sus autores; Lessing examina palabra por palabra las obras representadas en el teatro de Hamburgo, de las que hace un análisis tan verdadero como profundo.

Ahí es donde se encuentra la aplicación de las reglas de su *Laocoonte*. Ahí es donde muestra también a Alemania la funesta dirección que ha tomado su teatro dramático. Quiere purgar al teatro de los elementos extraños que constituyen casi todo su fondo. Apoyado en una ardiente convicción, no teme hacer la crítica de las obras más célebres; con un sentido exquisito, con una lógica implacable, descubre la inconsistencia de los dramas representados sucesivamente en el teatro de Hamburgo y preconizados hasta entonces como modelos inimitables. Vuelve contra los autores todas las autoridades que invocan. «Nombráis a Aristóteles cuando no le habéis leído o no le habéis comprendido; el filósofo de Estagira no ha dicho nunca lo que pretendéis hacerle decir». «¡Llamáis bárbaro a Shakespeare! ¿Por qué? Porque creéis haber igualado, ¿qué digo?, superado a Sófocles. Error, error. Estáis tan lejos de Sófocles como cerca se halla Shakespeare». Después, comparando el poeta inglés con su detractor, demuestra de un modo magistral la superioridad del primero sobre el segundo; y finalmente exclama: «Éste es el émulo de Sófocles; vosotros no sois más que su mono».

Y los alemanes aplaudían porque los golpes caían sobre el vecino. Pero llega el turno a las obras originales; Lessing no era hombre que guardase miramientos, ya se dirigiera a los extranjeros, ya a sus compatriotas. Éstos lo tomaron a mal. El partido de los versificadores en boga trató de minar la reputación del gran crítico. «Figúrate, escribe a su hermano Carl Lessing, figúrate que me

cuesta más trabajo guiar los asnos que los monos». A los autores se unieron los actores, que se quejaban de no ser bastante alabados ni con la frecuencia debida en los folletines de Lessing. Y finalmente, también se revolviéron los folletinistas profesionales. Antes de la llegada de este niño terrible habían transcurrido los días en calma; juzgadores y juzgados habían vivido en la más conmovedora armonía. Se analizaban suavemente las obras, se consultaba a los autores y actores antes de decir nada al público; se tenían en cuenta las observaciones de éste; se añadía un pequeño cumplido para aquél; en una palabra, todo el mundo quedaba satisfecho.

Lessing había turbado esta quietud, y no podían perdonárselo; la empresa teatral a la que estaba agregado tampoco tuvo éxito; y el pobre Lessing, hostigado por los escritorzuelos, poco apoyado por el público, comprendió que tendría que levantar el campo una vez más.

Antes de dejar Hamburgo, arregló las cuentas a toda la banda de los Zoilos que contra él se habían encarnizado. Dirigió a sus detractores una serie de artículos^[3] que quedarán como obras maestras de razonamiento y burla.

Esta inspiración, esta alegría, esta ironía, salían sin embargo de la pluma de un hombre agobiado por los cuidados y las preocupaciones.

El mejor autor dramático, el mejor fabulista de Alemania, el crítico más grande de su época, y quizás de todas las épocas, no había encontrado aún, a los cuarenta años, un humilde puesto de bibliotecario, su única ambición. Lessing decidió abandonar su ingrata patria para ir a mendigar el pan a Italia. Cuando preparaba el viaje, el príncipe de Brunswick le ofreció una plaza de bibliotecario en Wolfenbüttel, pequeña ciudad cerca de Brunswick. Aceptó esta tardía oferta que había de separarle para siempre de sus amigos. No sin dolor, atravesó las viejas murallas del castillo de Wolfenbüttel, donde, con las apariencias de una vida cómoda, vivió

los años más tristes de su existencia. Lejos de aquel comercio intelectual tan necesario para su vida, bajo las órdenes de un príncipe que atraía a los hombres eminentes más bien por vanidad que por estimación hacia su talento, Lessing sintió desvanecerse poco a poco todo su ardor poético. *Emilia Galotti*, drama conmovedor, lleva las señales de los tristes ocios del autor. Hasta su cuerpo sufría, y él, que hasta los cuarenta años no había conocido una enfermedad, se vio entonces asediado por los dolores.

Durante más de diez años arrastró esta vida penosa, solamente interrumpida por un viaje de algunos meses que hizo por Italia con un joven príncipe de Brunswick. De regreso de esta excursión, su posición, algo mejorada, le permitió unirse a la mujer que durante largos años había luchado junto a él y le había salvado de la desesperación más de una vez. Desgraciadamente, su dicha doméstica duró poco. Eva Lessing murió en los comienzos del año 1778.

Lessing, herido en sus más caros afectos, buscó el consuelo en el trabajo; entró en campaña por última vez contra los sectarios de la intolerancia, que no podían perdonarle ni su talento, ni sus opiniones. *Nathan el Sabio*, su última gran obra, es uno de los más elocuentes alegatos en favor de la tolerancia, una obra que honrará eternamente a su autor; quedará como un luminoso testimonio de su gran corazón, de su incomparable talento. Fue el canto del cisne de Lessing. Murió el 15 de febrero de 1781, en el retiro de Wolfenbüttel, en el que pasó los últimos años de su vida. Como el héroe de Vauvenargues, sufrió el dolor de no dejar bastantes bienes para pagar las deudas que el amor filial le había hecho contraer.

Pero pocos escritores de su nación han merecido mejor que él un lugar en el templo de la gloria. ¿Ha habido hombre que haya comprendido mejor la dignidad de autor? ¿Ha habido crítico que haya hecho oír un lenguaje más sincero, más elevado, más verdadero? ¡Qué pureza de estilo! ¡Qué invencible lógica! ¡Qué pasión por lo bello y lo bueno! ¡Qué indomable valor para defender

la causa de la verdad! Atacado por todo el mundo, luchaba contra todo el mundo con un celo infatigable; contra los autores de moda y sus insípidas producciones; contra una academia burlona y escéptica donde apenas se comprendía el alemán; contra un rey que desdeñaba la lengua de su propio pueblo, y, finalmente, contra las urgentes necesidades de una vida presa de las más crueles privaciones.

Notas

[¹] *Ich stehe müssig am Marke und niemand will mich dengen.* (Estoy ocioso en el mercado y nadie me quiere alquilar.) <<

[2] *Hamburgische Dramaturgie*, 1767-1770. <<

[3] *Antiquarische Briefe.* <<